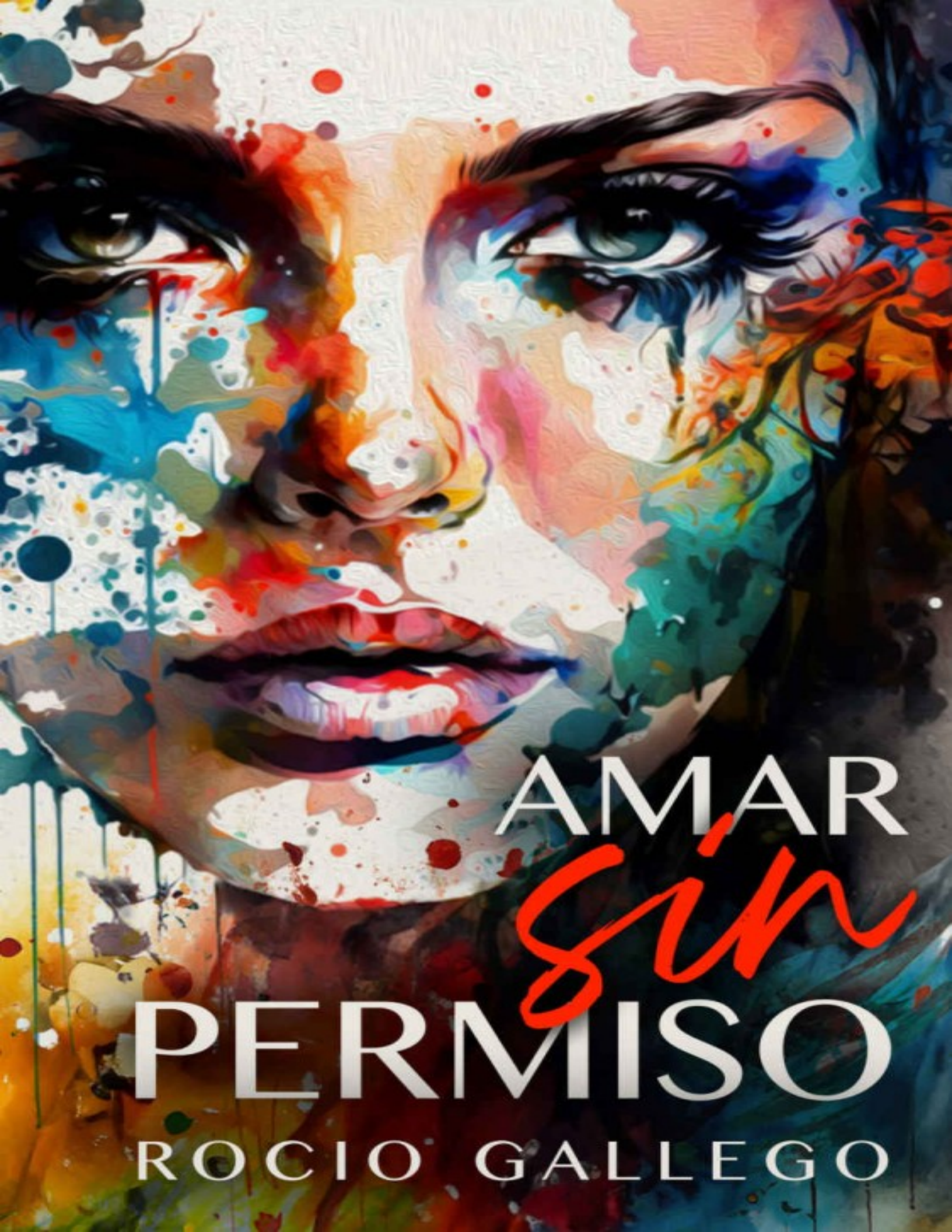
AMAR
sin
PERMISO
ROCIO GALLEGO

# AMAR *sin* PERMISO

ROCÍO GALLEGO

Depósito legal CO 1897-2025
ISBN 9798269224916
Sello: Independently published

Título: Amar sin permiso
©2025 Rocío Gallego

Maquetación: Sandra García (@correccionessandrag)
Corrección: Elisabeth Gilmore (@bell_ggcorrecciones)
Diseño de portada: Manu Rodríguez (@portadasmuyilustradas)
Imagen de portada: Shutterstock_2269136159

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*La diversidad es una fortaleza no una debilidad.*
**Anónimo**

# Prólogo

Nunca imaginé que el silencio y la indiferencia pudiera doler tanto. El silencio de mi padre cuando le dije lo que sentía mi corazón, y la indiferencia de un hombre con pensamientos tan arcaicos, tan machistas. Al principio hubo gritos, insultos y reproches, pero después… ese silencio llenó la estancia. Como si de pronto ya no fuera su hijita querida, esa que adoraba, a la que llevaba de la mano como un padre orgulloso. Como si todo lo que habíamos compartido durante más de quince años, se hubiera evaporado dando paso al vacío más absoluto.

Ese maldito silencio fue desgarrador. Pero, lo peor y más doloroso fue ver a una madre callada, con lágrimas en los ojos y palabras no dichas, con la cabeza gacha y sin entender, por qué su hija ya no sería más su hija.

Me marché de casa sin hacer ruido bajo el manto oscuro de la noche. No quería despedirme de mi madre, testigo invisible de mi dolor, así que metí lo justo en una mochila y tomé el primer tren que salía de la estación.

Asturias me recibió con lluvia, como si el cielo también quisiera llorar conmigo. Me refugié en un campo de manzanos, que ahora sé que se llama pumarada. Tenía hambre, esas manzanas le dieron el alivio a mi estómago que tanto necesitaba, pero también me dieron algo más: Un hogar.

Nick me acogió en su casa sin pedir explicaciones de mi pasado, cosa que agradecí. Por primera vez podía respirar tranquila sin esconderme, aunque con el dolor lacerante de una vida sesgada por la ignorancia de un padre que no atendía a razones.

Soy introvertida. No me gusta hablar de mí ni que me miren demasiado. No quiero volver a sufrir ni quiero que vuelvan a dañarme, por lo que, con los años, he construido una coraza a mi alrededor donde solo las personas que yo quiero pueden entrar. Aquí, entre vecinos que me saludan con un gesto amable y tardes que huelen a sidra y tierra mojada, he empezado a construir algo

parecido a una vida. He construido una familia con amigos que hacen que mi vida sea más fácil, más cómoda.

A veces, cuando paseo entre los manzanos, me detengo y cierro los ojos. Imagino una mano entrelazada con la mía, una voz que me dice «te quiero» sin miedo, y un niño corriendo por el campo con mis ojos y su sonrisa. Ese anhelo vive en mí como una semilla en una maceta. No sé si germinará, pero lo cuido con ternura en el rincón más apartado de mi corazón.

Es un sueño lejano que vivo con anhelo: *El deseo de amar sin permiso*.

No he vuelto a casa. No sé si algún día podré, pero aquí, en este rincón verde del mundo, estoy aprendiendo a quererme. A entender que mi historia no tiene que ser perfecta para ser hermosa. Aunque a veces la soledad me visite, ya no me asusta tanto, porque sé que no estoy rota, que solo estoy creciendo.

Y, con ese pensamiento, me levanto cada mañana.



# Capítulo 1

*Nekane*

—¡Nick! Estas manzanas están listas para ser recogidas. Hoy, mi jefe y yo estamos haciendo un barrido por los manzanos para ver si podemos hacer la recolección.

Observo el fruto con detenimiento, esta temporada obtendremos una magnífica cosecha. Sonrío al pensar en la sidra que elaboraremos y que degustaremos. Es un trabajo que requiere todo mi cuidado y dedicación. Debo prestar atención de que no haya

ninguna plaga que amenace la cosecha de este año, ya que cada vez es más complicado poder tener un fruto de calidad sin tener que luchar con algún que otro bicho indeseable.

Mientras observo las manzanas listas para la cosecha, mi mirada se detiene en una en particular con una pequeña marca en la piel. Sonrío con nostalgia. Aquella imperfección recuerda mi propio camino, lleno de cicatrices que han forjado mi carácter. Antes, habría visto una manzana así, como un defecto. Ahora, la veo como prueba de resiliencia.

Mi amigo se acerca a observar el árbol en el que yo estoy detenida, y me mira con curiosidad.

—¿En qué piensas para sonreír de esa manera? —Lo miro con cariño y le respondo sincera.

—En la marca de la piel de esta manzana, en su imperfección.

—No es una imperfección, es una seña de identidad. —Me guiña un ojo y sonríe. Me conoce demasiado bien como para saber que estaba pensando en eso. Son muchos años a su lado, ese hombre es como el hermano que nunca tuve.

—Ya están listas para recoger. ¿Has visto la cantidad de manzanas que tienen los árboles? Vienen cargaditos esta temporada.

—Sí. Este año tendremos mucho más trabajo que el anterior. Voy a tener que contratar a más trabajadores. —Mi amigo y jefe, me mira pensativo—. Será complicado buscar a temporeros que quieran trabajar aquí, en esta época ya están todos ganándose el jornal en los campos.

—Encontraremos una solución, siempre la encontramos y, si no, haremos horas extra. Podemos con esto y con lo que nos echen. —Le sonrío para tranquilizarlo.

Es cierto que hoy en día nadie quiere trabajar en el campo. La juventud de ahora está más interesada en las redes sociales que en lo gratificante que puede ser vivir de este oficio tan antiguo, y aún menos quieren trabajar por temporadas.

—Es complicado, Nekane. Los temporeros ya están en otras fincas y la juventud de hoy en día no quieren trabajar en el campo. —Mi amigo pone voz a mis pensamientos.

Este sector se está perdiendo y no se dan cuenta de que es de lo que vivimos, lo que sustenta el país. El sector primario está desapareciendo y, si eso sucede, la agricultura será una anécdota más que contar a nuestros nietos. Si es que algún día los tengo.

—Jamás lograré comprenderlo, trabajar al aire libre es lo mejor que se puede hacer.

—Nick, ¿alguna vez te has detenido a pensar en lo que significa realmente esta cosecha para nosotros? No es solo sidra…, es trabajo, esperanza. Es lo que nos mantiene vivos.

Nick me mira en silencio, entendiendo lo que esas palabras esconden. Él conoce mi pasado y sabe que cada día que pasa es una victoria personal.

Hace años que trabajo con Nick, un hombre generoso y justo. Mi llegada a este lugar fue impulsada por la necesidad de dejar atrás una historia que me pesaba, que aún me pesa. Vagaba por sus tierras, hambrienta y sin rumbo cuando me encontró comiendo unas manzanas. En lugar de apartarme, de pensar que era una vulgar ladrona, me abrió las puertas de su hogar y me ofreció un empleo que acepté sin pensarlo.

Desde aquel momento, no solo encontré un techo y una ocupación digna, sino también un grupo de personas que se convirtió en mi familia.

En este rincón asturiano, rodeada de montañas y silencio, hallé la serenidad que tanto anhelaba.

—Vamos, Nekane, Carlota nos espera. Hoy ha preparado una carrillada con patatas panaderas que me están llamando a gritos. —Mi amigo cambia de tema. Tenemos que dar solución al problema de los jornaleros, sin embargo, él sabe cuándo separar el trabajo del placer, y ya es la hora de la comida. No la perdona, y menos si así ve a su chica.

—Esta mujer nos quiere cebar. Como sigamos así, no vamos a caber por la puerta. —Sonrío recreando la imagen en mi mente.

Cuando llegamos a casa y el aroma de la comida nos envuelve, siento algo más que hambre. Es el sentimiento de hogar, de pertenencia, de paz. Recuerdo la primera vez que probé un plato preparado por Carlota y cómo aquella sensación me hizo bajar la

guardia, como si el calor del guiso se metiera en mi corazón. Carlota, con su carácter fuerte, siempre me ha enseñado que la vida no solo es trabajar y sobrevivir, también hay que celebrar los momentos por pequeños que sean.

Un fuerte rugido sale de mi estómago reclamando la rica comida que prepara mi amiga.

—Sí que tienes hambre. Si llego a saberlo, nos hubiéramos venido antes, no me gustaría ser un jefe que deja morir de hambre a sus empleadas. —Miro a Nick que suelta una carcajada ante mi bochorno—. Anda, vamos, Carlota ya estará esperándonos.

Descubro a mi amiga muy atareada en la cocina, y sonrío como una tonta ante la escena que se presenta ante mí. Ese lugar es su templo, pues le encanta cocinar y no deja que nadie se acerque a sus fogones.

Nick y ella se han adaptado estupendamente a la convivencia, comparten las tareas de casa y compaginan sus trabajos para poder pasar el mayor tiempo juntos. La miro embelesada, sintiendo que nunca podré tener lo que tienen ellos, y eso me crea una gran desazón.

«No lo tienes porque no te abres a nadie». Mi cabeza me traiciona, pero descarto ese pensamiento. Hace mucho que desistí de encontrar a mi alma gemela.

—Nekane, despierta. Hoy te encuentro muy dispersa. ¿Qué tienes en esa cabecita tuya? —Nick me golpea cariñosamente la frente, buscando una explicación a mi ensimismamiento. Ni siquiera me había dado cuenta de que mi amigo me estaba hablando.

En ese instante, Lola, la perrita de Nick sale disparada a saludarnos. No lo puede evitar, deja todo y se centra en su amiga perruna. Ahora que mi amigo está entretenido, es mi momento para escabullirme hacia la cocina, por lo que pillo un trozo de pan y lo mojo en la salsa de la carne. Es superior a mí, no puedo resistirme a la comida de Carlota.

—¡Eh! No metas tus manazas en el guiso, espera a que esté en la mesa. —Carlota me da un suave golpe en la mano y me riñe como a una niña pequeña, y yo no puedo más que sonreír. Esto sí es un hogar, con risas, comidas caseras hechas con mimo, y amor.

Sobre todo, amor.

Almorzamos los tres juntos mientras charlamos de manera animada. Mi amiga está bastante ocupada estos días, ya que va a sacar una nueva colección de mochilas que estoy deseando ver. Cuando se mudó aquí, a Proaza, decidió hacerse emprendedora diseñando mochilas únicas que ella misma cose, y que a veces la ayudamos a confeccionar: Sila, nuestra amiga informática, y yo.

Aunque no somos de gran ayuda, dado que somos nulas a la hora de coger una aguja o cortar patrones, pero esos ratos que pasamos juntas son los mejores.

—¿Cuándo me vas a enseñar esas nuevas creaciones que estás haciendo? Soy tu amiga y me merezco la primicia. —La miro con ojos de corderito, pero sé que no servirá de nada. Aun así, lo intento por si acaso.

—No pienso enseñarte nada. Ya las verás a su debido tiempo, no seas impaciente.

—No insistas, ni yo sé cómo son. —Su chico habla con la boca llena mientras que ella lo mira con desaprobación, aunque con una suave sonrisa en sus labios.

—Nick, tú no cuentas, eres un tío. A ti las mochilas que diseña tu chica no te interesan.

—Todo lo que haga Carlota, me interesa. —La mira con ojos de enamorado y acaba dándole un suave beso en los labios.

—Puaj, iros a la habitación. Si es que con vosotros babeando no se puede comer en paz. —Los dos se ríen ante mi sinceridad.

Noto un pequeño pinchazo en el pecho: son celos, pero no de los malos. Son celos de esos en los que deseas lo mismo que tienen ellos.

—Pues mira, te voy a dar un pequeño adelanto: Este año habrá mochilas para ellos. —Mira a su chico con un amor infinito—. Será una colección diferente. No sé si valdrá la pena, pero como dice el refrán: «El que no arriesga no gana».

—¿Podré ser yo el modelo de la nueva colección masculina? —Mi amigo comienza a pavonearse delante de nosotras haciendo el tonto.

—Tú eres mi inspiración para ello, no tengas dudas de que serás mi modelo. —Se acerca a él y lo besa con ese amor infinito.

—Seguro que serán una maravilla, como todo lo que haces. —Mi amiga ha luchado mucho para estar donde está y se merece todo lo bueno que le está pasando.

—Bueno, contadme, ¿cómo va la cosecha? ¿Ya están listas las manzanas? Decidme por favor, que pronto tendremos esa rica sidra que preparáis. Estoy deseando hacer una pequeña fiesta, solo con las chicas para celebrar la nueva cosecha. —Carlota nos mira esperando la tan ansiada respuesta.

—Y los chicos, ¿no podemos unirnos?

—En nuestras reuniones de chicas no queremos salchichas. —Lo miro de manera inocente y mi amigo acaba soltando una fuerte carcajada.

—Este año se han adelantado, tendremos que contratar a alguien para la temporada. El problema es que los temporeros ya están en otras fincas y será complicado encontrar jornaleros para esta cosecha. —Mi amiga nos mira reflexiva. Me juego una botella de sidra que ya está maquinando alguna idea.

La conozco demasiado bien y sé que tiene ya la solución a nuestro problema.

—Creo que tengo a la persona ideal para que os ayude, dadme un par de días y os digo algo. —Lo que yo digo, esta mujer es única en su especie y ya se está devanando los sesos para encontrar una solución.

—No sé en quien estarás pensando, pero, miedo me da. —Nick la observa atento. Adora a su pareja, pero sabe igual que yo, que sus ideas son un poco locas.

—¿No nos puedes decir a quien consideras llamar? ¿Una pista? Aunque sea una pequeñita. —La curiosidad me mata.

—No puedo deciros nada hasta que no hable con ella. —Sigue comiendo como si nada y yo sigo fisgoneando.

—Es una chica…, mmm…, interesante. —Nick la mira sonriendo, seguro que ya sabe en quien está pensando. Yo, sin embargo, no tengo ni idea, pero sé que mi amiga no va a soltar prenda.

—Tendré que esperar. —Nos miramos con complicidad y sonreímos.

—Te va a caer genial, ya verás, Nekane. —Ahora sí que la miro con desconfianza. No sé qué estará tramando, sin embargo, lo dejo pasar.

Por ahora.

Después de la copiosa comida y un buen café, dejo a los tortolitos a solas, no quiero ser una sujetavelas, puesto que a la hora de la siesta se ponen demasiado acaramelados.

Me marcho tras despedirme de ellos, con el corazón ligero y una sonrisa serena. Me gusta caminar sin prisa por los alrededores de Proaza, ese pequeño rincón asturiano que ahora llamo hogar. Cada paso me lleva por paisajes que parecen sacados de un cuento: montañas que se alzan majestuosas, el murmullo del río que acompaña mi andar, y el aire puro que llena mis pulmones de calma.

El sendero del Oso es el lugar en el que cada día me refugio. A veces necesito ese momento de paz que me da la naturaleza y me siento en un recodo del río a escuchar el murmullo del agua correr, el sonido del trinar de los pájaros a mi alrededor. Sentir ese aire fresco que recorre mi cuerpo me despeja la mente. Es un instante de soledad que me permito cada día.

No le pido más a la vida, lo que tengo es suficiente: un lugar donde sentirme en casa, personas que me quieren, y momentos como este que me recuerdan que la felicidad no siempre está en lo extraordinario, sino en lo sencillo.

Soy inmensamente feliz. No necesito más.



# Capítulo 2

*Cloe*

Los días en la finca pasan despacio. Ya hemos recogido la aceituna y, como cada año, el aceite resultante ha sido todo un éxito. Estos días de tranquilidad para mí son un calvario, pues soy un culo inquieto, no puedo estar sin hacer nada.

Estaba sumida en mis pensamientos cuando el sonido del teléfono me saca de mis ensoñaciones. Sonrío al ver de quien se trata.

—Carlota, querida amiga. ¿Cómo vas por Asturias? No me digas que ya te has cansado de ese paraíso y de tu dios asturiano. —Porque, todo hay que decirlo, Nick está más bueno que el pan con chocolate que comíamos de pequeñas.

—Hola, Cloe, pues con mucho trabajo, pronto sacaré mi nueva colección de mochilas. Y no, no pienso marcharme de aquí ni con agua caliente. Este es mi hogar, y Nick el amor de mi vida.

—Me alegro de que todo te vaya tan bien, te lo mereces. Y con respecto a las mochilas, ¡estoy deseando verlas! Ya sabes que me tienes que guardar una.

—Eso ni lo dudes, ya tengo una mochila que viene perfecta para tu personalidad. —Mi amiga me conoce mejor que yo, y no dudo que la mochila sea la ideal para mí.

—Bueno, cuéntame. Hace tan solo unos días que estuvimos hablando, así que esta llamada es porque me tienes que explicar algo interesante, o porque me requieres por alguna cosa en particular.

—Veo que tú también me conoces.

—¡Dime que me necesitas con urgencia y voy para allá, aunque sea en burro!

—Ya sabes que adoro hablar contigo y con las chicas, pero sí, te necesito. —El silencio se apodera del teléfono hasta que mi amiga decide seguir contándome lo que le preocupa—: Este año la cosecha se ha adelantado y Nick necesita jornaleros, el problema es que los temporeros ya están contratados en las fincas aledañas y no tiene quien le eche una mano. Pensé que…, bueno, que tú podrías ayudarle. Sé que ya habéis recogido la aceituna y que estos días estás muy aburrida. Tú no eres de estar parada sin hacer nada, así que decidí llamarte.

—Madre mía, qué alegría me das.

Sin dudarlo, acepto la invitación para viajar a Asturias y ayudar en la cosecha de manzanas. Conozco el problema que hay con los jornaleros en el campo, por desgracia, aquí también ocurre. No es solo una oportunidad para moverme y dejar atrás el letargo, sino también para reencontrarme con mi querida amiga y cambiar de ambiente. La relación que tenemos es fuerte, tejida con confianza y

cariño. Carlota sabe exactamente cómo motivarme, apelando a mi necesidad de actividad y aventura.

—Carlota, no tienes que preocuparte por nada, ya sabes que estoy aquí para lo que necesites. Además, has acertado, estoy aburridísima sin hacer nada, así que me vendrá genial un cambio de aires. Sabes que me muevo más que un garbanzo en la boca de un viejo sin dentadura y que no puedo estar parada más de dos minutos en el mismo lugar.

—Lo sé, y tú sabes que esta es tu casa y, aunque decidas no ayudarnos con la recogida, puedes venir a visitarme cuando quieras. No te sientas obligada, Cloe. —Su tono de voz es apesadumbrado.

Ella siempre ha sido así, le cuesta pedir favores. Lo que no comprende es que para mí no es un inconveniente, me encanta trabajar.

—No me lo digas dos veces, adoro Asturias y para mí no supondrá problema alguno ayudar a Nick. ¿Qué más da recoger aceitunas o manzanas? —Le doy unas vueltas en mi mente a esta improvisada escapada a casa de mi amiga.

—Pues no se diga más, Nick se alegrará de tu visita.

—¿Para cuándo me necesitas? —Mi cabeza comienza a planear el viaje con más precisión.

—Las manzanas ya están listas, así que… —Carlota hace una pausa de unos segundos antes de contestarme—, lo antes posible. Ya sé que te pido un imposible, pero es cierto que le corre prisa.

—Entiendo perfectamente por lo que estáis pasando. ¿Qué tal mañana? Preparo la maleta y tiro para allá.

Escucho la risa relajada de mi amiga a través del teléfono.

—No sabes la alegría que me das. Aquí te estaré esperando con los brazos abiertos para darte un buen achuchón.

—Iré en coche, así que llegaré por la tarde.

—No corras, ya sabes lo poco que me gusta la carretera. Descansa cada tres horas, el cansancio al volante puede llegar a ser muy traicionero. —Pongo los ojos en blanco.

—¡Sí, mama! —Resoplo—. Nena, ya sabes que yo soy muy precavida al volante. Anda, déjame hacer la maleta o no llegaré a tiempo.

—Te dejo para que prepares todo lo que necesitas. Estoy deseando verte.

—Y yo a ti, preciosa.

Nos despedimos después de ultimar todos los detalles, con esa mezcla de emoción y nerviosismo que siempre me acompaña cuando visito a alguna de mis amigas. Antes de partir, sé que debo avisar a mis padres de que estaré ausente unos días. Me dirijo hacia la casa con paso tranquilo, disfrutando del aire templado de la tarde y del murmullo suave de las hojas movidas por el viento. Este otoño será una buena época para el campo.

Al llegar, los veo en el porche, sentados en sus viejas mecedoras de madera, compartiendo una limonada casera mientras conversan con esa complicidad que solo los años y el cariño profundo pueden forjar. La luz dorada del sol baña la escena y, por un momento, me detengo a contemplarlos, como si el tiempo se hubiese ralentizado para regalarme ese instante de paz. Sonrío, conmovida por la imagen que tengo ante mí: dos personas que han sido mi refugio, mi guía, mi hogar. Dos personas que se aman con todo el corazón. Algo que yo, con suerte, tendré algún día.

Eso sí, el amor de mis padres siempre lo he tenido, lo sé. No todos pueden contar con unos tan comprensivos y dispuestos a escuchar sin juzgar, a apoyar sin condiciones. Ellos no se percatan de mi presencia hasta que estoy lo suficientemente cerca como para que el crujido de la grava bajo mis pies, los saque de su conversación. Entonces levantan la vista, y sus rostros se iluminan al verme. En ese momento, siento que todo está bien, que puedo marcharme tranquila, sabiendo que siempre tendré un lugar al que volver.

—Hola, cariño, ¿vienes de la almazara? —Mi padre me observa con una mirada tierna mientras espera una respuesta.

—Hola, padre; madre. Ya tenemos todo el aceite listo para ser distribuido, Luis se ha encargado de dejarlo todo preparado. Este año la cosecha temprana ha dado muy buen aceite.

Luis es el encargado de la finca. Lleva con nosotros toda la vida y es el mejor en su trabajo.

—Es un gran hombre, suerte que lo tenemos trabajando para nosotros —comenta mi padre con aire pensativo—. Bien, otro año

más que la producción sale adelante. Buen trabajo, pequeña.

—Gracias, padre. Quería comentaros algo: Carlota me ha llamado, dice que me necesita para la recogida de la manzana. —Los miro a los dos alternativamente, buscando algo que me haga pensar que no estarán de acuerdo con mi decisión, pero no encuentro nada. Tan solo la comprensión de unos padres que me adoran y yo a ellos.

—Aquí ya está todo el «pescao vendío», puedes hacer lo que te plazca. —Mis padres me sonríen dándome la confirmación que necesito—. Ya sabes que no necesitas nuestro permiso, confiamos plenamente en ti.

—Cloe, ¿irás en tu coche? —Como madre, se preocupa por mi bienestar.

—Sí, pero ya sabes que soy muy precavida al volante. —Al momento, sus facciones se relajan.

—Lo sé, querida. Aun así, ten mucho cuidado y llámanos cuando llegues. Sabes que no estaré tranquila hasta saber que ya estás allí. Una madre siempre se preocupa por su hija.

—Lo sé, madre. Voy a preparar la maleta, quiero salir mañana a primera hora. —Me despido de los dos con un beso en la mejilla, y diciéndoles cuanto los quiero, luego me marcho a mi habitación.

Con el equipaje aún por preparar y el viaje rondando en mi mente, el día siguiente se perfila como una jornada intensa, cargada de movimiento, pero también de ilusión. Hay algo en la anticipación de partir que me llena de vida: esa mezcla de nervios y entusiasmo que me recuerda que estoy viva, que sigo explorando, que no me he detenido.

Siempre he sido de las que se lanzan sin miedo a nuevas experiencias, con el corazón abierto y la curiosidad intacta. Esta vez no es diferente. Me preparo para dejar atrás la finca por unos días, ese lugar que tanto significa para mí y que tantas alegrías me ha dado, y así poder adentrarme en una nueva aventura entre los verdes y húmedos paisajes asturianos, donde la tierra huele a promesa y el cielo parece más cercano.

Me esperan duros días de trabajo, la expectativa de un nuevo proyecto me entusiasma.

También el reencuentro con mi amiga me llena de excitación. El reunirnos en el porche de su hogar, con una buena taza de café en las manos y las charlas banales que nos hacen reír y disfrutar de la buena compañía.

Me espera el placer de un trabajo nuevo, de formar parte de algo que deseo con ansias.

Serán días duros, la agricultura no es fácil, sin embargo, reconforta el alma. El campo es así, es vida.



# Capítulo 3

*Nekane*

Hoy he quedado con las chicas, Carlota y Sila, para pasar un día juntas. Desde que nos vimos esta mañana, la energía entre nosotras es electrizante. Nos dirigimos a la ciudad con ese entusiasmo que solo se siente cuando compartes el día con amigas que son como hermanas. Sila quiere comprar algunas cosas para su bebé, Noa, que está creciendo rápido y necesita nuevos caprichos: ropita, juguetes… Lo tenemos muy mimado.

Carlota y yo estamos encantadas de acompañarla, no solo por el plan, sino por la oportunidad de estar juntas, reírnos y ponernos al día.

En el coche, como ya es tradición, ponemos a Gloria Trevi a todo volumen. Su canción *Grande* suena como un himno que nos representa: fuerte, valiente, libre. Se ha convertido en nuestro grito de guerra, ese que nos recuerda quiénes somos y todo lo que hemos superado, un canto a la libertad que nos recuerda que juntas podemos con todo.

Cantamos a pleno pulmón, desafinando sin pudor. Cada verso nos une más, como si la música tejiera un lazo invisible entre nosotras.

El trayecto se convierte en parte del ritual: risas, confidencias, planes improvisados. No es solo una salida a la ciudad, es un pequeño viaje emocional que nos recarga. Y mientras el coche avanza por la carretera, siento que estos momentos son los que realmente cuentan. Porque no importa a dónde vayamos, mientras vayamos juntas.

Mi alma se siente más ligera cuando estoy con ellas.

—¿Dónde vamos primero? —les pregunto a las dos, puesto que aún no me han hablado de lo que pretenden hacer hoy, salvo que mi amiga necesita ropa para su pequeño.

Sila pasa una mano por su cabello, despeinándolo, en un gesto de frustración. Sus ojos chispeaban con una mezcla de alivio y emoción mientras estrechaba el volante.

—¡Necesitaba un día de chicas! —exclama, dejando escapar un suspiro que parecía haber estado atrapado en su pecho durante semanas—. Lo de comprarle ropa a Noa ha sido una burda excusa. No me lo tengas en cuenta, Nekane, es que me ahogo entre tantos pañales sucios y biberones. —Carlota y yo soltamos una sonora carcajada ante las desesperadas palabras de nuestra amiga—. No os reiríais tanto si tuvierais a un bebé tan demandante como el mío, aunque…, por otro lado, es tan adorable que me lo comería enterito. Así, con sus patatitas fritas y todo. —Nuestra amiga comienza a divagar sobre lo encantador que puede llegar a ser su pequeño granujilla, y estoy totalmente de acuerdo con ella, ese niño nos tiene embrujadas a las tres.

—¿Y dónde has dejado al pequeñajo? —pregunto intrigada, ya que mi amiga no suele dejar al niño con nadie. Aunque no lo diga, es una mujer muy protectora.

—Con su padre. Ya no hay excusas que valgan, va a tener que cambiar los pañales sí o sí.

—Pero ¡si Pepe es un padrazo!

—Sí, no lo niego. Pero todavía se le resisten los pañales con «popo». —Sila enmarca con los dedos sus palabras—. Cada vez que lo intenta acaba con arcadas, como si fuera el peor olor del mundo. Los hombres son unos blandengues, en serio. No sé por qué se le resisten tanto los pañales sucios, si luego por lo demás, es el mejor padre que podría tener mi hijo.

—Me imagino la cara del pobre, debe ser un poema. Es que, por norma general, los pañales huelen a… No sé qué comen para oler así de mal. ¿Vienen ya así de serie o es la comida que le dais?

—Ni te lo imaginas, Carlota. Pero, aunque huelan mal, él tiene que hacerse a la idea de que algún día tendrá que cambiarlo. —Sila pone los ojos en blanco al recordar a Pepe y su aversión a limpiar cacas.

—Entonces, qué, ¿no tienes que comprar nada para el pequeño? —Cambio de tema porque hablar de pañales y mierda, no es que me entusiasme mucho, la verdad.

—Oh, sí, tendré que llevar algo o mi pequeña mentirijilla se irá al garete. Pasamos por alguna tienda y compro lo que sea, y luego…, ¡a por la mejor sidra de la ciudad! —Las tres comenzamos a reír de manera escandalosa.

Al llegar, lo primero que hacemos es parar en una tienda de bebés, donde Sila compra un par de conjuntos de ropa para el pequeño Noa. La mentirijilla, como ella dice. Ya tiene una coartada plausible.

—Ya tenemos lo que necesito para mi tapadera, ahora a divertirnos. Chicas, que no decaiga la fiesta —nos apremia Sila con la idea de adentrarnos en la parte más turística de la ciudad, donde hay un bar a cada paso.

El barrio de Cimadevilla es conocido por ser uno de los barrios con más esencia de Gijón. Pasear por las recoletas calles y la plaza, ver los edificios con la huella imborrable de sus antiguos moradores:

pescadores, cigarreras, artesanos…, ahora renovados, es un placer para los sentidos del transeúnte. Este barrio acoge encuentros y reuniones en restaurantes y sidrerías de cada esquina. Un lugar perfecto para pasar un día entre amigas.

Las calles estrechas de Cimadevilla, bordeadas por casas de piedra con balcones de hierro forjado, huelen a salitre y sidra recién escanciada. El sonido de conversaciones animadas en los bares se mezclaba con el canto de las gaviotas, que sobrevolaban el puerto cercano esperando encontrar algún suculento manjar. Cada esquina parece contar una historia antigua, con fachadas desgastadas que aún guardan la esencia de pescadores y cigarreras de otros tiempos.

Paramos en una pequeña tasca, no muy conocida por los turistas y que nosotras adoramos, regentada por nuestra amiga Covadonga que, en cuanto nos ve, sale a saludarnos.

—Pero ¡quién tenemos aquí! Mis chicas de oro. Cuánto tiempo sin veros. —Nuestra amiga nos recibe con un efusivo abrazo, gesto al que no logro acostumbrarme. No me gusta mucho el contacto físico, me hace sentir incómoda. Solo a unas pocas personas les permito ese tipo de interacción tan afectuosa.

—Desde que tengo a Noa en mi vida ya no tengo tiempo para mí —cuenta una afligida Sila a nuestra mesera favorita. El dramatismo se apodera de su rostro y yo sonrío ante su descaro. Si es que esta mujer no cambia.

—No será para tanto. Si el pequeño es más bueno que el pan. —Carlota la regaña y con toda la razón del mundo.

—Sí que es verdad, mi niño es un amor. —¿Sabéis esa cara ñoña que ponen las mamás cuando hablan de sus niños? Pues esa es la cara que tiene mi amiga en estos momentos—. Aunque a esta edad son muy demandantes y a veces es agotador.

—Si yo crie a cinco niños y no morí en el intento, tú puedes con un pequeño angelito como es Noa.

Covadonga es una madre estupenda. Sila se relaja con el comentario de nuestra amiga. Todas sabemos que puede con esto y con más, es una supermamá.

Después de acomodarnos en una mesa junto a la ventana, con vistas a esa calle repleta de turistas que rodea el restaurante,

Covadonga se acerca con una sonrisa franca y nos sirve tres sidras bien frías, escanciadas con la destreza que solo da la práctica y el cariño por la tradición. El sonido del líquido al caer en el vaso, el aroma fresco que desprende la bebida, y el primer sorbo que despierta el sabor intenso en el paladar marcan el inicio perfecto de nuestra comida.

Mientras esperamos los platos, comentamos anécdotas que nos ocurren en nuestra vida, poniéndonos al día, y riéndonos de cosas que solo nosotras entendemos. Hoy hemos decidido darnos un homenaje asturiano y compartir tres platos típicos que nos hacen salivar solo con nombrarlos: unos escalopines al cabrales, intensos y cremosos, con esa salsa que te llena el alma; un bollo preñao, esponjoso y dorado, que esconde en su interior el sabor potente del chorizo asturiano, y una caldereta gijonesa de pescado y marisco, humeante y aromática, que parece traer consigo el aroma del Cantábrico.

—Carlota, ¿para cuándo la nueva colección de mochilas? Tendrías que hacer una para mamás, de esas que se enganchan en los carritos de los bebés. Yo sería tu clienta más fiel.

Carlota frunce el ceño, pensativa, mientras que su dedo índice traza círculos en la condensación de su vaso de sidra. Sila le ha dado una gran idea, una en la que poder expandir su negocio.

Si es que esta chica no para.

—Definitivamente, tengo que ampliar horizontes —murmura, más para sí misma que para las demás, mientras su mirada se pierde en la ventana del bar, donde el flujo constante de gente fluye por las calles—. En unos días tendréis un adelanto de la colección. Y no creas que no he considerado hacer unas para llevar las cosas de los más peques. Aunque este año ya tengo pensado hacer mochilas para hombres, como ya le dije el otro día a Nekane.

—Al final, te vemos montando una cadena de mochilas aquí en Proaza.

—Pues no es una mala idea, sería bueno para el pueblo. —secunda mi idea Sila—. Oye, Nekane, ¿cómo vais con la recogida de la manzana? Me he enterado de que este año va a ser complicado encontrar temporeros.

—Ya he dado yo con la solución —se adelanta Carlota, y me sorprendo ante su afirmación. Sabía que estaba pensando en alguien, pero no que la había encontrado tan rápido.

—Ah, ¿sí?

—He hablado con Cloe, mi amiga de Jaén. Os la presenté por videollamada aquel día.

—Sí, es cierto. El día que las tres acabamos con un resacón de muerte. Como para olvidarlo. —Cierro los ojos ante la imagen que me viene a la cabeza de aquel día y me río. Tiene razón, mejor no recordarlo. Hay momentos en la vida que es mejor archivarlos en un rincón recóndito de la mente.

—Mmm…, recuerdo esa videollamada, sí. ¿Cloe no es la chica que le hizo ojitos a Nekane? —Ya estamos. Esta conversación no va por buen camino y me tenso de manera imperceptible para mis amigas, no para mí, que me he puesto nerviosa al repetir aquel momento en mi cabeza. Esa mujer tenía algo en su mirada que me aceleraba el corazón.

—No. Estáis exagerando como siempre.

—¡Es verdad! Pues que sepáis que mi amiga es un amor. Y Nekane, creo que te gustaría. Ella es un alma libre, sin miedos ni complejos, enamorada de la vida y de las personas. No le gusta ponerle género al amor. Cuando un alma llega a su corazón, lo da todo sin reservas. —Pasan de mí, siguen con la verborrea y comienzo a ponerme nerviosa.

Tamborileo los dedos sobre la mesa, mi postura es rígida como si quisiera desaparecer en la madera. Intento no prestarles atención, pero es imposible, con ellas no puedo. Así no puede una tomarse la sidra tranquila.

—Paso, no intentes hacer de Celestina, que te conozco —digo con voz firme, pero con una nota de incomodidad que no pasa desapercibida por ninguna de mis amigas.

—¡¿Yo?! Jamás se me ocurriría. —Ni por un segundo voy a creer en sus palabras, puesto que sé que intentará algo, si no, no sería ella.

—Carlota, que ya sabemos de qué pie cojeas. —Me mira con ojos de corderito y sé que esta conversación no va a llegar a nada.

—Chica, un dulce no le amarga a nadie, no seas sosa —mete baza Sila, y yo empiezo a agobiarme. No me gustan nada las encerronas.

—No quiero hablar más del tema. Ya sabéis como pienso y no voy a cambiar de opinión por una cara bonita.

—¡Oooh! —Las dos ponen esa voz aguda que hace que me entren escalofríos.

Vale, he metido la pata. Las chicas me miran con ojos soñadores y yo cierro los ojos con consternación. Paso, van a hacer lo que les dé la gana igualmente.

En ese momento, llega Covadonga con nuestra comida y la incómoda conversación pasa a un segundo plano. Suspiro con alivio, aunque sé que esto aún no ha acabado.

Cuando los platos llegan a la mesa, el ambiente se transforma. Nos dejamos llevar por los sabores, por la textura de cada bocado, por el placer de compartir no solo la comida, sino las confidencias de cada una. La conversación fluye entre cucharadas y brindis, entre recuerdos y planes futuros. Hay algo mágico en comer juntas, en ese ritual que va más allá de la comida: es complicidad; es afecto; es vida.

La unión inquebrantable de tres amigas que ahora son familia.



# Capítulo 4

*Cloe*

El camino a Asturias se me ha hecho corto, demasiado. No he podido evitar disfrutar del paisaje que envuelve esta tierra. Me deleito observando como las montañas, verdes y salvajes, rodean la carretera.

Adoro Andalucía con el sol marcando cada rincón, sus características casas encaladas para dar más frescor en los calurosos días de verano, y que ahora, se ha convertido en una distinción de

los pequeños pueblos. Cada rincón de mi tierra rezuma historia, arte y cultura. Pero aquí, en Asturias, la vegetación con esos verdes tan vibrantes me deja sin palabras.

Es una belleza natural sin adornos, sin artificios.

Antes de dirigirme a casa de mi amiga, decido pasar a ver a Nick y sus tierras. Estoy deseando abrazarla con fuerza, pero la curiosidad por la cosecha me gana. Llevo el campo en las venas, no lo puedo remediar. Solo el que viva como yo, sabe lo que se siente.

Dejo el coche en la entrada y recorro un pequeño trecho hasta los manzanos. A lo lejos, entre los árboles que bordean el huerto, distingo la silueta de una chica menuda, delicada, con el pelo castaño alborotado que se escapa en mechones rebeldes bajo la luz suave de la tarde. Está agachada, recogiendo manzanas con movimientos ágiles y precisos, como si conociera cada rincón de la tierra que pisa. Me quedo petrificada, incapaz de apartar la vista de esa imagen que parece sacada de un sueño. Hay algo en ella que me desarma, como si fuera un ángel caído del cielo.

De pronto, un recuerdo me golpea. Carlota me habló de una amiga que ayuda a Nick en las tareas del campo. ¿Cómo se llamaba?... El nombre se me escapa, pero sé que no era común por mi tierra. Conforme me voy acercando, sus facciones se van revelando con más nitidez. Entonces, lo sé. La reconozco, y sonrío ante mi descubrimiento.

Fue durante aquella videollamada con Carlota, cuando ella apareció brevemente en pantalla saludando con timidez. Nunca podré olvidar ese rostro salpicado por diminutas pecas, como si el sol hubiera decidido dejarle un mapa secreto sobre la piel. Uno que no me importaría descubrir. Tampoco aquel pelo indomable, ni esos ojos color avellana.

La chica sigue sin notar mi presencia. Está tan absorta en su tarea, tan entregada al momento, que me permite observarla sin interrupciones. Hay algo hipnótico en su forma de moverse, en la manera en que recoge cada fruta con cuidado, como si cada manzana tuviera una historia que mereciera ser contada. Sin embargo, a mí, me gustaría conocer la suya.

Me detengo a unos pasos de ella, sintiendo que el tiempo se ha ralentizado. Y, entonces, decido pronunciarme. Mi voz rompe el silencio con suavidad, como quien no quiere perturbar la magia del instante.

—Hola.

—¡Ah! —Su expresión cambia a una mezcla de horror y sorpresa, y me arrepiento de no haberme anunciado antes—. ¡Joder! ¿Quién coño eres tú? ¿No sabes que estás en una zona privada?

Sonrío, divertida por su reacción. Su cara de espanto es todo un poema.

—Soy amiga de Carlota, Cloe. —Le tiendo la mano y la observa con desconfianza. Al cabo de unos segundos, me tiende la suya, aunque con algo de reticencia. Creo que me ha reconocido.

—Soy Nekane —responde con reserva aún en su mirada—. ¿Eres la que va a ayudarnos con la cosecha?

—La misma que viste y calza. —Le sonrío con descaro mientras giro sobre mis talones para que me vea bien. Noto un leve rubor en sus mejillas.

En ese preciso instante, me doy cuenta de que no le soy indiferente. Titubea, lo que encuentro encantador:

—Creo que… deberías ir a ver a Nick, te está esperando. Él te explicará lo que hacemos aquí.

—¿Puedes indicarme dónde está? O mejor aún, ¿llevarme hasta él? —Vale, soy un poco descarada, lo reconozco. Pero la que no arriesga no gana, ¿no?

Se lo piensa por unos segundos, que a mí me parecen eternos, por alguna razón mi estúpido corazón se niega a separarse de ella.

—Está en el lagar, preparándolo todo para la recogida. Si sigues por ese camino, lo encontrarás sin problema. —La desilusión asoma por mi rostro, aunque cambio rápidamente mi expresión para que no se percate.

Me hubiera gustado que me acompañara, pero habrá más días para estar junto a esa deliciosa flor.

Me despido de ella, no sin antes dedicarle una mirada apreciativa y ver, para mi satisfacción, cómo se ruboriza una vez más. Me encamino hacia donde se encuentra mi amigo y lo veo trasteando

con la prensa. Me acerco a él, no sin antes hacerme notar, no quiero volver a asustar a nadie.

—Nick, ¿te pillo en mal momento? —Mi amigo levanta la cabeza y, al reconocerme, su rostro se ilumina—. No pensé que te alegrarías tanto al verme. Tendré que venir más a menudo.

—Ni te imaginas la alegría que me da que hayas venido. —Nick se levanta y me da un fuerte abrazo—. Carlota no me ha avisado de que habías llegado al pueblo.

—He decidido venir primero aquí. Ya sabes que, si voy a verla a ella antes, no me dejará salir de casa hasta mañana.

—Eso es cierto. Te quiere como a una hermana. —Su sonrisa es taimada—. La verdad, no sé cómo darte las gracias.

—Dándome alojamiento ya me las das, esta zona es más cara que la mía.

—Es lo menos que puedo hacer, dado que me salvas de un gran apuro.

—La falta de personal en el campo no solo la tenéis en el norte, en el sur también vamos escasos, pero oye, para eso estoy yo aquí. Sé que no es lo mismo recoger aceitunas que manzanas, pero intentaré ayudarte en lo que pueda. —Su semblante cambia a uno más relajado.

—Creo que con nosotros tres y la ayuda que nos brinda Carlota, cuando su trabajo se lo permite, podremos conseguirlo. Nos vienes como agua de mayo.

Nick y yo hablamos un rato más de cómo podríamos organizarnos. Le presto toda mi atención, aunque de vez en cuando se mete en mi cabeza unos ojos avellana que me están volviendo loca.

Cuando tenemos todo más o menos organizado, me marcho a casa de mi amiga. Al entrar en la vivienda, un inconfundible olor a comida inunda mis fosas nasales. Me acerco sigilosa a la cocina y observo cómo Carlota se mueve cómoda entre fogones. Una sonrisa asoma por mi rostro al fijarme en ella. Es una mujer muy especial, lástima que ya esté pillada por Nick, su vikingo asturiano.

A mi mente vuelven otra vez esos ojos avellana e intento borrarlos con un movimiento brusco de mi cabeza. Me acerco por detrás y la abrazo con ternura.

—¡Oh! Ya estás aquí. Pensé que llegarías más tarde. —Me da un beso en la mejilla, pero no me conformo con uno solo y la beso por todo el rostro haciéndola reír a carcajadas—. Para, me voy a hacer pis encima.

—¿Pis? Te has vuelto muy finolis desde que vives aquí. Se dice mear, pequeñaja. —La vuelvo a abrazar, pero esta vez aún más fuerte—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti. —Sus ojos brillan de emoción.

—Venga, no nos pongamos sentimentales que estoy hambrienta. El camino ha sido muy largo y aquí huele de maravilla. ¡Madre mía, cómo echaba de menos tu comida! Estos días pretendo que me cebes como a un cerdo.

—Anda, ve a poner la mesa. Hoy comemos solas, me ha llamado Nick que no venía. Ahora entiendo el porqué. Ya sabía que estabas aquí, ¿verdad?

—Me he pasado a verlo. Quería ver cómo iba la cosecha.

—¡Oh, Cloe! No sabes la falta que nos hace tu ayuda.

—Para eso estamos las amigas, ¿no?

Mientras preparamos la mesa para comer, nos ponemos al día. Aunque hablamos muy a menudo por teléfono, siempre se queda algo en el tintero.

No le pregunto a mi amiga por Nekane, aunque la curiosidad me quema por dentro. Me muerdo la lengua cada vez que su nombre asoma en mi mente. Sé que, si menciono siquiera una palabra, Carlota se encenderá como una cerilla y empezará a hilar teorías, a imaginar futuros compartidos, a jugar a ser casamentera con esa pasión que la caracteriza. Y, aunque su entusiasmo siempre me ha hecho sonreír, esta vez quiero que sea distinto.

Quiero conocer a la chica de las manzanas por mí misma, sin filtros, sin expectativas ajenas. Quiero descubrir quién es, más allá de lo que otros puedan contarme. Hay algo en ella que me intriga, que me llama, como si su presencia hubiera dejado una huella invisible en mi alma. Prefiero guardar ese secreto entre mis pensamientos, como un tesoro que aún no quiero compartir.

Así, entre las charlas despreocupadas de Carlota, las risas que surgen sin esfuerzo y el vaivén tranquilo del día, dejo que el tiempo

pase. Me dejo envolver por la cotidianidad, por los gestos familiares, por la calidez de la amistad. Pero, en el fondo, en ese rincón silencioso de mi mente, Nekane sigue presente.

Como una promesa.

Como una historia que aún está por escribirse.



# Capítulo 5

*Nekane*

Estoy preparando los útiles para recoger la manzana como cada mañana, con la rutina mecánica que exige el campo. El sol apenas ha despuntado, y ya el aire huele a tierra húmeda y fruta madura que espera ser recogida. Pero mi mente, traicionera, se desliza por la tierra y se posa en otro lugar. Más concretamente, en la sonrisa de la chica más guapa que he visto en la vida. Esa sonrisa que no debería recordar, que no debería importarme, pero que se ha

instalado en mi cabeza como una melodía que no cesa. Algo que jamás me había ocurrido con otra chica y que me tiene desconcertada.

Sus ojos marrones, vivaces, me persiguen como fotogramas de una película que no quiero dejar de ver. Cada vez que cierro los ojos, ahí están, brillando con esa chispa que me desarma. Me enfado conmigo misma, con esta debilidad absurda que me invade, con esta distracción que me aleja de lo que tengo que hacer.

¿Cómo puede una mirada desestabilizarme tanto? ¿O ese pelo verde tan imposible, convertirse en el epicentro de mi universo?

Intento centrarme, aunque sé que será una tarea complicada y aprieto los dedos alrededor del cesto de mimbre con el que recojo las manzanas. Como si con ese gesto pretendiera anclarme a la tierra firme, a la realidad en la que vivo y que me da la seguridad que necesito. Pero es inútil, ella aparece de nuevo en mis pensamientos, haciendo que mi corazón se desboque como un caballo salvaje en medio de un prado.

Nick me ha comunicado que hoy comeremos aquí, quiere dejar a Carlota con su amiga para que se pongan al día. Lo agradezco en silencio, ya que no sé cómo comportarme delante de ella. Necesito tiempo para adaptarme a su presencia y a lo que me hace sentir. Debo comportarme como una mujer sensata y serena y no como una quinceañera con las hormonas revolucionadas.

Hoy, cuando se ha presentado delante de mí, me he quedado sin palabras. Mi pulso se ha acelerado como nunca lo había hecho antes. No me siento cómoda con esta sensación, estoy aterrada y, lo peor de todo es que no puedo hablarlo con mi amiga, sé que a la más mínima intentaría emparejarnos y yo no estoy lista para estar con nadie.

No, aún no.

Después de mi jornada laboral, decido visitar a Sila, seguro que ella podrá aclarar mis dudas y miedos. Al llegar a la puerta, escucho desde fuera como mi amiga regaña a Pepe. Sonrío ante la situación que me puedo encontrar, pues esos dos son como un huracán, pero se aman con la fuerza de un maremoto.

—Pepe, es solo caca. ¡La mierda de tu hijo! ¿Tan repugnante te resulta? —Se escuchan los gritos de frustración en toda la calle. Me río ante la situación. Lo de Pepe con la caca es un caso.

Llamo al timbre, intrigada por cómo saldrán a abrirme, si saldrán con las pistolas cargadas de verdad o solo serán de fogueo.

—¡Yo abro! Encárgate tú esta vez del pastelito, cariño. Para el próximo, lo vuelvo a intentar. —Escucho cómo mi amigo se vuelve a escaquear de cambiar los pañales de su niño.

Cuando abre la puerta su cara refleja cansancio y frustración.

—¿Se te siguen resistiendo los pañales? —pregunto con una sonrisa traviesa. No lo admitiré jamás, sin embargo, esta situación me divierte muchísimo.

Me mira aterrado.

—Te juro que lo intento, de verdad que sí, pero no puedo. Lo que caga ese niño no es normal.

Suelto una carcajada.

—Es tu hijo, no debería darte asco.

—Hago lo que sea menos cambiarle los pañales, es superior a mí. —La cara de angustia de Pepe me resulta entrañable.

Cuando entro, veo a mi amiga en el salón con Noa en brazos. No puedo resistirme a ese pequeñajo y lo achucho en mis brazos.

—Hola, pequeñín. Traes de cabeza a tus papis con esas caquitas con olor a pedos de unicornio.

—¡Y un cuerno! Huele a jabalí con diarreas —interrumpe Pepe. Suelto una carcajada por la ocurrencia.

—No seas exagerado, cariño, tu hijo huele a rosas.

—Sí, a rosas putrefactas… Nena, me marcho a trabajar, que ya llego tarde. Os dejo a solas con mi pequeño terremoto —dice Pepe antes de besar a su chica con ternura. A pesar de todo, se aman con locura.

—Adiós, pequeñajo. Cuida de mamá.

En cuanto Pepe sale de nuestro campo de visión, Sila se relaja dejando a Noa en el parque infantil.

—¿Una cerveza? Me muero por una bien fresquita —pregunta con picardía y con una mirada que dice más de lo que habla. Está agotada sí, pero ama su vida y a su pequeña familia.

—Que esté bien fría, por favor. Hoy la necesito más que nunca.

Sila se marcha a la cocina, mientras yo observo a su hijo embelesada. Sería bonito ser madre, aunque hace mucho que descarté esa posibilidad. Pienso en ello cada día, pero sé que para mí es un imposible.

—¿Qué rumias? —Mi amiga me sorprende sumida en mis pensamientos.

—En lo bien que se os da hacer niños. Deberías ir planeando en darle un hermanito. —Me mira con cara de espanto.

—¡Ni de coña! ¿Tú estás loca?, pero si no puedo con este, ¿cómo voy a tener otro? A Pepe le daría un infarto.

—Venga ya, Sila, pero si es adorable.

—No te digo que no, pero ¡su mierda huele a jabalí con diarreas!

—¿No era a rosas?

—Bah, intento convencer a Pepe para quitarme el marrón yo. Seamos sinceras, pero que esto no salga de aquí: mi hijo es una fábrica de cacas malolientes. Y ahora dejemos de hablar de mierda. Háblame de algo que no sea relacionado con bebés, que echo de menos mi vida social.

Debo admitirlo, mi amiga es la reina del drama.

—No exageres, adoras tu vida.

—Sí, pero a veces necesito un rato para mí. Hay vida después de ser madre, no todo va a ser cuidar del pequeño. Anda, cuéntame, ¿qué te ha traído hoy por aquí? Normalmente, estás en casa de Carlota.

—Ya tenemos quien nos ayude en la cosecha. Y hoy, no estoy con Carlota porque está ocupada con una amiga.

No le doy más información, aunque sé que me la va a sacar, sí o sí.

—¡Eso es fantástico! —Mi rostro muestra una expresión de desagrado, y ella se da cuenta—. ¿No es fantástico? Por la cara que pones, parece que es lo peor del mundo. Cuéntame qué ocurre.

—Como te he dicho antes, hoy ha venido una amiga de Carlota. Es Cloe, la que viene a ayudarnos, de la que hablamos el otro día en el bar. —Me quedo unos segundos callada esperando que mi amiga entienda la situación—. Me he sentido muy rara con ella.

—¿En qué sentido? —Me mira confusa.

—Sé que parecerá una tontería, pero…, cuando la tuve delante —paro unos segundos, pues no sé cómo decirle lo que siento—, deseaba besarla, y era la primera vez que la veía en persona.

—Ya.

—Joder, Sila, que nunca me he sentido así. ¡Me moría por besar sus labios, probar a qué sabían! Me parece una locura que, sin conocerla de nada, me haga sentir así.

Siento como todo mi cuerpo se estremece al verbalizar lo que me está ocurriendo con ella. Mi cuerpo anhela tenerla cerca. No entiendo cómo me puede estar pasando esto, si no la conozco de nada. Uf, me siento como si estuviera al borde de un precipicio a punto de ser empujada al abismo.

No quiero perder el control, sin embargo, sé con certeza, que tan solo con una mirada suya cambiaría todo mi mundo. Todo lo que he construido a mi alrededor, con solo una sonrisa se destruiría.

Y no quiero sentirme así: tan expuesta, tan vulnerable.

—¡Pero eso es fantástico, Nekane!

—No, no lo es. —Comienzo a pasear nerviosa por el salón—. No lo entiendes, no puedo querer besarla.

—Eso es una tontería, el deseo no se puede bloquear. Se desea o no se desea, es así de simple —intento protestar.

—Pero yo… —No me deja terminar.

—Pero nada, Nekane. Cariño, déjate llevar por una vez en tu vida. Eres una chica preciosa que se merece ser feliz. No le des más vueltas. Quítate esa maldita coraza que llevas y abre tu corazón a lo que pueda venir.

Pienso en lo que dice mi amiga, sin embargo, sigo sintiendo esta desazón dentro de mi cuerpo. Nunca he estado con otra mujer. ¿Y si no le gusto como ella a mí?

—De esto ni una palabra a Carlota. Ya sabes cómo se pone, le encanta el papel de casamentera y no quiero contárselo por ahora.

—Es tu amiga y deberías decírselo, pero el momento en que lo hagas es tu decisión, mis labios estarán sellados hasta entonces. Cambiando de tema, que sé que este te abruma, ¿cuándo empezáis a recoger la manzana?

—Mañana sin falta, ya vamos bastante atrasados. Nick me ha encargado que enseñe a Cloe cuales son las herramientas que usamos para la recogida.

—Entonces, pasarás mucho tiempo con ella, podréis conoceros a fondo. —Una sonrisa pícara asoma en sus labios, lo que me indica que no ha cambiado de tema, solo ha modificado las palabras.

Pongo los ojos en blanco, ha sido un error contárselo.

—Sila, por favor, no me pongas más nerviosa de lo que estoy. No sé cómo voy a ser capaz de estar delante de ella y no quedarme en blanco. Mis neuronas se van de paseo cuando estoy cerca de esa mujer.

—Está bien, ya paro. Lo que sí quiero que me prometas es que, si tienes alguna duda o algún problema, cuentes conmigo. Las amigas estamos para ayudarnos.

—Te lo agradezco, pero de momento no pienso hacer nada. Que el tiempo decida por mí.

—Anda, vamos, le tengo que dar de merendar al pequeño. Y cambia esa cara, que parece que estés en un funeral.

—Ya.

—¡Te gusta una chica! No me lo puedo creer, mi niña se hace mayor. Uy, yo sé de uno que se va a llevar un chasco muy grande. Ya sabes que Mike bebe los vientos por ti. Cuando venga de visita y te vea con una chica…

—Mike sabe que no me gustan los hombres.

—Eso a él le da igual. Te dirá que le has partido el corazón.

—Le durará dos minutos e irá a por otra para que se lo cure. Ya sabes como es.

—Tú céntrate en conquistarla, y luego ya veremos qué pasa en un futuro.

No hago caso de las insinuaciones de mi amiga y me adentro con ella en la cocina, como tantas veces antes.

Tengo suerte de tenerla en mi vida. No solo por su compañía, sino por la forma en que me sostiene sin pedir nada a cambio. Su presencia es como una manta en invierno, como ese silencio cómodo que no necesita palabras. Cuando todo se tambalea, cuando

mi mente se dispersa y mi corazón se agita, ella está ahí, firme, con una sonrisa que me ancla y una mirada que me recuerda quién soy.

Una pregunta sale disparada de mi cabeza: «¿Saben mis amigas lo que ellas significan para mí?».

No suelo ser muy expresiva ni hablar de sentimientos, sin embargo, los demuestro cada día con pequeños gestos cotidianos. O eso creo.

Deben saber que las dos son mi ancla, las que me mantienen firme cuando un temporal se avecina.

—Gracias, Sila —susurro con timidez.

Me sonríe con esa ternura que siempre le caracteriza. Sí, ellas son la familia que necesitaba en mi vida.



# Capítulo 6

*Cloe*

Me levanto temprano. Demasiado temprano para cualquier mortal. El cielo aún conserva ese tono gris azulado que precede al amanecer, y la casa está envuelta en un silencio casi reverencial. El aroma del café humeante se alza en el aire haciéndome despertar con tan solo el olor de este delicioso elixir negro, pero mi mente no está en la cocina. Vaga lejos, se escapa y se instala en unos ojos que me tienen hechizada: Nekane. Su nombre resuena en mi interior como

un eco suave, persistente, imposible de ignorar. O que no quiero rechazar.

No sé qué tiene su mirada que me desarma. Cada vez que pienso en ella mi mundo se vuelve del revés. Sonrío sin motivos al recordar cómo la encontré, recogiendo manzanas, tan ensimismada en la tarea que no percibía nada más. Me altera de manera que jamás pensé, y eso me aterra y me gusta al mismo tiempo.

Carlota sigue dormida, por supuesto, es imposible que madrugue tanto. Desde el pasillo, escucho los pasos de Nick bajando las escaleras. Su andar es reconocible, firme pero despreocupado.

Me apresuro a recomponerme, a fingir que estoy simplemente disfrutando del café, como si no acabara de perderme en el recuerdo de unos ojos que no deberían tener tanto poder sobre mí.

—Buenos días, Nick.

—Mmm, ¿eso que huelo es café? Dime que sí, porque lo necesito como respirar.

—Te pongo una taza ahora mismo. ¿Solo, y sin azúcar?

—Sí, por favor.

Se deja caer en una de las sillas de la cocina. Parece agotado. Me fijo en las sombras bajo sus ojos mientras él me mira con una sonrisa cansada.

—¿Estás lista para un duro día de trabajo? —sondea, y le respondo con una sonrisa cómplice.

—Sabes que sí. Estoy deseando adentrarme en el mundo de la sidra. —Me quedo en silencio unos segundos antes de continuar—. Sé que es totalmente diferente a la recogida de la aceituna, aun así, estoy impaciente por empezar.

—Esa es la actitud.

Nos tomamos el café en un silencio reconfortante, y después de preparar unos bocadillos, nos ponemos en marcha.

Al llegar, veo a Nekane esperándonos en la entrada de la finca. La observo con detenimiento, como si cada gesto suyo tuviera el poder de hacerme caer rendida a sus pies. Su belleza tiene algo hipnótico. Pero no es solo su rostro lo que me atrapa, es la forma en que se mueve, la delicadeza con la que aparta un mechón de su pelo, la forma que tiene de mirar o reír. Hay algo en ella que me desarma,

que me obliga a bajar todas las defensas y rendirme ante su presencia.

Se nos acerca con una sonrisa tímida, y me doy cuenta de que no le soy indiferente. Mi corazón comienza a galopar a toda prisa, como si quisiera adelantarse a lo que está por venir, pues sabe que algo está a punto de cambiar y lo acepta de buen grado. No entiendo cómo una chica que tan solo he visto un par de veces me hace sentir de esta forma. Es un sentimiento que no puedo esconder, que sale por cada poro de mi piel.

Es irracional, lo sé. Pero hay emociones que no piden permiso, que se instalan sin previo aviso y que, aunque intentemos ignorarlas, nos transforman. Y ella, con su sonrisa tímida y su mirada que parece querer atravesarme, ya ha empezado a hacerlo.

—Buenos días, Nick; Cloe. —Su saludo es breve, pero el rubor de sus mejillas lo dice todo.

—Hoy has madrugado. Buenos días, Nekane —la saluda mi amigo con una sonrisa amistosa.

—Buenos días. Me alegro de volver a verte. —La miro insinuante, ella baja los ojos al suelo avergonzada. Va a ser realmente reconfortante conquistarla.

—Nekane, hoy te voy a dejar al cargo de todo. Tengo que reunirme con unos promotores de sidra y estaré toda la mañana fuera. Debes explicarle a Cloe el método de recogida y los utensilios que usamos. —Observo en silencio a mi amigo. Estoy deseando aprender algo nuevo y, si es de la mano de esta chica, mejor—. Estaré aquí a mediodía, o eso espero. Mientras tanto, Cloe —Nick se gira hacia mí—, te dejo en buenas manos.

—Descuida, puedes irte tranquilo. Soy una alumna muy aplicada, y aprendo rápido.

—Bueno, pues os dejo con la tarea.

Nick asiente con aprobación y se marcha. Quedamos a solas. El silencio tiene un tinte incómodo, como si ambas estuviéramos esperando que la otra dijera algo, cualquier cosa, para aliviar la tensión. Decido romper el hielo. No quiero que se incomode ante mi presencia, ni que sienta que está atrapada en una escena que no

pidió. Quiero que esté cómoda conmigo, que sepa que puede ser ella misma sin reservas ni máscaras.

—¿Comenzamos?

Nekane parpadea confusa, intentando unir los pensamientos que dan vueltas en su cabeza.

—Eh, sí. Claro. —Se queda pensativa unos segundos, supongo que sopesando por donde empezar a explicarme—. Creo que deberíamos comenzar por lo básico. ¿Qué sabes de la recogida de manzana?

—Pues que la fruta está en el árbol y que tenemos que cogerla, ¿no? —Me mira con incredulidad y sorpresa—. Vale, ha sido una respuesta muy obvia por mi parte. En mi defensa, tengo que decir que lo mío son los olivos —intento justificarme inútilmente.

De repente, una sonora carcajada sale de sus labios. La miro asombrada. ¿Se está riendo de mí? Bueno, da lo mismo, ver esa sonrisa vale su peso en oro. Es luminosa, genuina y sincera, es una de las cosas que más me atrae de ella. Hay algo en la forma en que sus ojos se achinan, en cómo su cuerpo se relaja al reír que me desarma por completo.

Esa carcajada, lejos de herirme, me reconcilia con el momento. Me recuerda que a veces, lo inesperado es lo más hermoso.

Me descubro sonriendo también, contagiada por su alegría, por esa espontaneidad que parece tan natural en ella. Y, aunque no sé qué significa exactamente esa risa, ni si hay un mensaje oculto en ella, decido quedarme con lo que me hace sentir: una mezcla de vértigo y ternura. Hasta diría que el mundo parece haberse vuelto un poco más brillante.

—Lo siento, me ha sorprendido tu respuesta. No me esperaba que fueras tan sincera. —Se para un segundo para recomponerse—. La manzana se recoge de manera manual. —Abro los ojos de manera exagerada.

—¿¡Tendremos que recoger las manzanas a mano!?

—Tranquila, tenemos algunas herramientas para ayudarnos. —Me enseña una vara larga y flexible y la observo con detenimiento—. Esto es un *llimir*. Con él tiraremos la manzana del árbol, para más tarde recogerla del suelo con la *kizkia*, una vara de medio metro con un gancho punzante en su extremo. ¿Lo vas entendiendo?

—Creo que sí.

—Bien, sigamos. El *pumaral* de Nick no tiene tanto trabajo como parece…

—Espera espera —la interrumpo—. ¿Qué es un *pumaral*?

—Es una finca con manzanos.

—¿Y por qué no lo llamáis simplemente finca con manzanos? ¿No es más sencillo? —Una sonrisa asoma en sus labios y mi pulso comienza a acelerarse de manera descontrolada. Por unos segundos, me quedo embobada mirándola.

—Aquí siempre se ha llamado así, nunca me cuestioné el porqué.

—Para el resto del mundo, finca con manzanos puede ser más sencillo —intento poner algo de lógica a mi comentario.

—¿Cómo se le llama a la finca de olivos?

—Olivar —digo sin pensar, y a los pocos segundos recapacito—. Vale, lo entiendo.

—Sigamos: las manzanas debemos recogerlas con cuidado. La manzana estará lista para su recolección cuando el rabillo de esta se desprenda del árbol fácilmente.

—Entendido. ¿Y la sidra?, ¿cómo la elaboramos?

—No corras. Eres un poco impaciente, aún debemos recoger las manzanas. Eso te lo explicaré más adelante.

—Estoy deseándolo. —La miro de manera provocativa y se ruboriza de inmediato.

Ya me lo imagino, ella y yo, la sidra derramándose por nuestros cuerpos…Uf, cuando llegue a casa voy a tener que darme una ducha de agua muy fría. Estos pensamientos invasivos me están haciendo sudar.

—No perdamos más tiempo, tenemos mucho trabajo por delante. Yo iré tirando las manzanas al suelo mientras tú las vas metiendo en los sacos. Después, debemos clasificarlas: las que están picadas, las metes en un saco aparte, que Carlota hace compota y mermelada con ellas, y las que no tengan picaduras serán para hacer sidra.

Después de la explicación que me da Nekane, nos ponemos con la faena. No hablamos, permanecemos en un silencio cómodo que nos permite trabajar sin problema.

Estoy agachada en el suelo clasificando las manzanas, y no puedo evitar alzar la vista hacia esa pequeña diosa que me tiene loca. Doy un respingo al escuchar la voz de Nick detrás de mí.

—¿Cómo va tu primer día? —Al ver a mi amigo, una sonrisa aflora en mis labios.

—Bien. Es totalmente diferente a la recogida de la aceituna, pero igual de gratificante. Ya sabes que el campo me da la vida.

—Me alegro de que todo haya ido bien. Se acerca la hora de comer, Carlota ya nos está esperando. Avisaré a Nekane y nos marchamos.

—Me parece bien. —Mi estómago ruge en respuesta, estaba tan concentrada que no me había dado cuenta de la hora que era.

Observo cómo Nick se acerca a su amiga para avisarla de que la jornada ha terminado, y luego miro a mi alrededor: el día ha sido productivo.

Nos marchamos a casa los tres. El aire del mediodía acaricia nuestras mejillas, aquí el sol sale poco en esta época del año. Nick no para de hacer bromas por el camino con esa energía contagiosa que siempre logra arrancarnos alguna carcajada, incluso cuando no tiene gracia. Su voz resuena entre los árboles, ligera, despreocupada, como si la vida fuera un juego que él domina sin esfuerzo.

Yo, en cambio, camino en silencio, atrapada en una batalla interna que no sé cómo ganar. Miro a Nekane con disimulo fingiendo interés en cualquier otra cosa, pero mis ojos se resisten a dejar de mirarla. Su sonrisa brilla más que el sol de Andalucía, y no exagero. Hay algo en ella que ilumina todo a su alrededor, que convierte lo cotidiano en extraordinario. Esa mezcla de dulzura y misterio me tiene completamente cautiva.

Esta chica realmente me gusta, y no me refiero a ese sentido superficial que se desvanece con el tiempo. Me gusta de verdad, con esa intensidad que asusta, que remueve, que transforma. Me gusta su forma de mirar el mundo, su risa inesperada, la manera en que parece estar presente y ausente al mismo tiempo. Me gusta sin saber por qué, y quizás por eso me gusta aún más.

Camino junto a ella deseando que el trayecto no termine, que este momento se alargue un poco más. Que estos pequeños instantes pueda disfrutarlos más veces.

En silencio, cavilo cuál será mi próximo movimiento para colarme en su mente, y quién sabe si en su corazón.



# Capítulo 7

*Nekane*

Hemos acabado la jornada por hoy, y los tres nos dirigimos a casa de mi amiga agotados.

Al final, la mañana no ha sido tan mala con Cloe a mi lado. Se ha mostrado aplicada, atenta a mis explicaciones y con una curiosidad contagiosa.

La he estado observando en la distancia mientras trabajábamos. Es una mujer muy atractiva, sí, pero lo que realmente me cautiva es

su forma de ser. Siempre tiene una sonrisa dibujada en los labios. Y ese cabello tan… verde. Algún día reuniré el valor para preguntarle por qué lo lleva así.

Me intriga conocer si ese verde tiene un significado especial para ella. ¿Será una declaración de libertad, una forma de rebelión, o simplemente un capricho estético?

—Nekane, ¿dónde tienes la cabeza? ¿Estás aquí o viajando a otro mundo? —La voz de Nick me arranca de mi ensimismamiento.

—Ah, perdona. Estaba distraída.

—Ya. Me lo imagino… —Me mira con intriga—. Hemos llegado a casa y ni te has enterado. Eso no es propio de ti, *neñina*. ¿A qué le da vueltas esa cabecita tuya?

Nick es perspicaz, quizá demasiado. Nota cualquier cambio en mí por muy pequeño que sea, pero esta vez no pienso dejarle husmear en mis pensamientos. En estos momentos no tengo nada claro mis sentimientos y no quiero que nadie interfiera en ellos.

—Nada, solo estoy cansada. Venga, ¿entramos? Me muero de hambre.

Cambio de tema y, por suerte, Carlota nos recibe al entrar con su entusiasmo habitual.

—¡Ya era hora! —saluda con una sonrisa—. ¿Y bien, Cloe? ¿Qué tal tu primer día?

—Muy bien, gracias a Nekane he aprendido muchísimo —responde ella, lanzándome una mirada significativa que me ruboriza hasta las orejas. No sé qué tiene la manera de mirarme que me hace sonrojar como una niña de quince años.

—Mmm, interesante… —¡No! Conozco esa mirada de Carlota. Seguro que su mente ya está fabricando teorías disparatadas.

—¿Comemos o qué? —intento desviar la conversación antes de que empiece a elucubrar en voz alta.

—Sí, será lo mejor. —Nick me hecha un capote, pues conoce demasiado bien a su chica.

Entre los cuatro ponemos la mesa. Hoy, Carlota ha preparado fabada, el aroma es intenso y reconfortante. Me encanta ese plato, pese a que llena bastante. Aun así, disfruto mucho con la comida de mi amiga. Está claro que mi paseo diario, tendrá que ser más largo.

Nunca me interesé por la cocina, aunque veo cómo ella disfruta y me pica el gusanillo.

—Carlota, esto está de muerte. Al final, voy a tener que aprender a cocinar para alimentarme como Dios manda

—Cuando quieras, ya sabes. Estoy a tu disposición —me dice con un guiño, cómplice de mi comentario.

—Está riquísimo. Y después del día que hemos tenido, esto sienta como el cielo —añade Cloe, que no deja ni una alubia.

—Cloe también cocina de maravilla. Podrías aprender mucho de ella —dice Carlota, sacando a relucir su faceta de Celestina. Era cuestión de tiempo, si es que aprovecha cualquier ocasión para meter baza.

—Podría enseñarte algunos platos típicos de mi tierra. La pipirrana, por ejemplo: está para chuparse los dedos.

—¿Pipirrana? —La miro con curiosidad. Jamás había oído ese plato.

—Es una ensalada refrescante que se elabora con ingredientes de la huerta, atún y huevo.

—Yo quiero probarla. —Nick se adelanta a mi respuesta.

—Yo también tengo curiosidad por ese plato con un nombre tan peculiar.

—Estaré encantada de prepararla. Es una receta veraniega, pero yo la cocino todo el año.

La conversación gira en torno a la gastronomía de nuestras ciudades, y se alarga hasta que llega la hora del café. Cada uno comparte recuerdos, sabores y platos que nos definen. Hay risas cuando alguien menciona alguna receta fallida y las anécdotas que se sucedieron después.

El aroma a café recién hecho se mezcla con el calor de la fabada aún en el aire. Entonces, decido salir a dar mi habitual paseo vespertino, ese momento del día en que me gusta caminar sin rumbo, y dejar que el aire fresco me despeje las ideas. Pero, Carlota me intercepta.

—Nekane… —Me detengo esperando que suelte alguna de las suyas.

—¿Sí?

—Cloe aún no conoce bien el pueblo. ¿Te importaría hacerle de guía? Me harías un favor enorme. Ya sabes que estoy hasta arriba ultimando la colección de mochilas, y no quiero que mi amiga se sienta sola.

Me mira con cara de corderito y, a pesar de conocerla lo bastante como para saber que es una excusa, me ablanda. En el fondo, quiere que pase más tiempo con ella. Y lo cierto es que hay algo en Cloe, una energía magnética que me impide mantenerme alejada. No entiendo cómo en tan poco tiempo, me siento tan atraída por esa mujer.

Vuelvo al salón y me acerco a ella.

—Eh…, Cloe, voy a dar un paseo por el sendero del oso. Esto… ¿quieres venir? —titubeo.

Me siento como una adolescente frente a su *crush*, con el corazón tamborileando en el pecho y las palabras atrapadas en la garganta. Ella me sostiene la mirada, y ese segundo se estira como una eternidad en el inframundo esperando el juicio final. No hay ruido, no hay mundo, solo sus ojos clavados en los míos, como si pudiera leer cada pensamiento que intento esconder.

Mi respiración se vuelve torpe, como si el aire se hubiera vuelto más denso. Quiero decir algo, cualquier cosa, pero la lengua se me enreda en mi garganta o en mi propia timidez. Entonces, ella sonríe. No es una sonrisa cualquiera. Es una curva traviesa, una chispa de picardía que ilumina su rostro y me desarma por completo. Esa sonrisa tiene no tiene burla, tiene intención y es felicidad. Aunque me hace sentirme descubierta ante ella y eso me desconcierta de una manera que no logro entender.

Y yo, atrapada entre el deseo de huir y el impulso de quedarme, solo puedo devolverle una sonrisa torpe, como quien se rinde sin condiciones a lo que pueda pasar.

—Me encantaría acompañarte y descubrir los rincones más ocultos de ese sendero del oso. —¿Ha sido una insinuación o me lo he imaginado?

«Espabila, Nekane. Esta chica te está provocando». Mi cabeza me recrimina lo pánfila que soy respecto a las chicas. Bueno, en

realidad, respecto al amor en general, pues nunca me he enamorado.

—¡Fantástico, chicas! Cloe, te va a encantar. Allí, junto al río, Nick me dio mi primer beso. Fue tan romántico… —dice Carlota con los ojos ensoñadores fijos en el techo.

Yo los revuelvo. Qué romántica empedernida está hecha mi amiga.

Nos marchamos bajo su mirada entusiasta, tan luminosa que por un momento parece contagiar el aire. Hay algo en sus ojos que brilla con una esperanza casi infantil, como si cada paso que damos fuera el preludio de una historia que ya ha empezado a imaginar o que se está creando sin darnos cuenta. Probablemente refleja más ilusión de la cuenta, más certezas que las que yo misma tengo.

No quiero que se haga ilusiones sobre algo que quizá nunca suceda. No porque no lo desee, sino porque no sé si soy capaz de abrirme a esa emoción. Hay decisiones que aún no he tomado jamás, miedos que no he enfrentado por mis complejos, y un futuro incierto que me aterra. Desde que ha llegado al pueblo, Cloe me ha desestabilizado. Ha ido derrumbando todas y cada una de mis defensas, y ahora, me siento intimidada. Aun así, en un rincón de mi corazón, albergo la esperanza de ser lo suficientemente fuerte para enfrentarme a estos sentimientos que me asaltan a cada segundo.

Soy pura contradicción, lo sé.



# Capítulo 8

*Cloe*

Me sorprendió la propuesta de Nekane, pero no me lo pensé dos veces y me marché con ella. Quiero conocerla a fondo: saber sus gustos, de dónde proviene, qué inquietudes la rondan. Lo cierto es que quiero saberlo todo.

Con ese propósito firme, me encuentro caminando por un sendero rodeado de vegetación, junto a un río, acompañada por una chica que acelera mi corazón con solo estar a su lado. Es raro que en tan

poco tiempo tenga sentimientos tan fuertes hacia una persona. Sin embargo, no pienso cuestionarme al respecto por ello. Voy a seguir mis instintos y ver dónde me lleva esta sensación.

La miro y la veo frotarse las manos con nerviosismo. Su timidez se refleja en sus mejillas sonrosadas y su mirada esquiva.

—Me gusta el lugar. El paisaje es espectacular —menciono intentando entablar una conversación banal con ella.

—Sí. Suelo pasear por aquí siempre que puedo, me da paz. —Posa su mirada en el río, pensativa.

Algo en su mirada de anhelo al decirlo me hace recapacitar y me viene a la cabeza una idea. ¿Por qué se esconde detrás de una coraza invisible para no dejar pasar a nadie? Tengo que descubrirlo. Decido indagar un poco más sobre ella.

—¿Naciste aquí? —Se pone rígida al momento, mi pregunta le incomoda, pero, para mi sorpresa, me responde con un halo de timidez en su voz.

—No, soy del País Vasco. De una ciudad pesquera llamada Hondarribia, en Gipuzkoa.

—Mmm…, no conozco el País Vasco.

—Pues deberías. —Sus ojos se iluminan al hablarme de su tierra —. En donde yo vivía existen lugares especiales, mágicos. Como aquí, en Asturias.

—Podrías enseñármelos algún día. —Observo cómo todo su cuerpo se tensa—. ¿He dicho algo que te incomode?

—Eh…, no. Pero hace muchos años que no voy. ¿Y tú? ¿Cómo es tu tierra?

Ha cambiado de tema bruscamente, como quien cierra una puerta sin mirar atrás. Lo ha hecho con una naturalidad ensayada, como si no quisiera volver a un pasado que la atormenta. Hay algo que esconde que le causa mucho dolor, lo veo en su mirada esquiva y, aunque me queda claro que algo se ha removido por dentro, no seré yo quien insista en que me lo diga.

No quiero invadir un terreno que aún no está listo para ser compartido.

Hay silencios que hablan más que las palabras, y el suyo ha dejado una estela de preguntas sin respuesta, pero no estoy en

posición de exigirlas. Si le incomoda, si aún no encuentra la forma o el valor para enfrentar ese tema, entonces, esperaré. Porque la confianza no se fuerza, se cultiva. Y si algún día decide sincerarse, si en algún momento siente que puede abrir esa puerta sin miedo, estaré aquí. No para juzgarla, ni para pedir explicaciones, sino simplemente para escucharla.

—Yo vivo en un pueblo de Jaén llamado Alcalá la Real, junto con mis padres en un cortijo. Es una herencia familiar en la que nos dedicamos, como ya sabes, al comercio de aceite de oliva. Nuestros olivos son centenarios, viejos espectadores del tiempo, por lo que es una maravilla adentrarse entre los árboles y disfrutar del silencio del campo.

—Nunca he estado en Andalucía.

—Pues yo te puedo hacer de guía. —Le guiño un ojo con picardía y una suave sonrisa aflora en sus labios.

—¿Aceite de oliva? ¿De qué tipo? —Veo que le interesa el tema, eso me gusta.

—Nosotros recogemos la aceituna en octubre, es una aceituna temprana. El aceite resultante se llama AOVE. Este tipo de aceite se caracteriza por su color verde intenso, aromas frescos y un sabor más complejo y potente, con notas de frutas verdes y hierbas.

—Tiene que estar bueno.

—No te puedes hacer una idea. Con una buena tostada de pan de pueblo y con tan solo un buen chorreón de aceite… Uf. Se puede decir que es nuestro oro líquido. Algún día te invitaré a probarlo en mi tierra. —La miro con una promesa velada. Quiero que venga conmigo, que conozca mis raíces, que me conozca a mí.

Seguimos paseando en un silencio cómodo hasta que llegamos a un recodo del río. El paisaje se abre como una página nueva. El agua serpentea con calma, reflejando el cielo en tonos de azul y gris, salpicado por las hojas que caen lentamente como si el tiempo se hubiera detenido en ellas.

—Si no te enseño este lugar, Carlota me mata. Aquí es donde se dio su primer beso con Nick. Adora este sitio y, sin duda, te contará una y otra vez como fue aquel beso. —Sonríe. Tiene la sonrisa más

bonita que he visto en mi vida—. A veces es muy pesada con eso del amor.

—Yo pienso que es muy romántico. Es bonito tener un lugar así para recordarte lo bueno que tienes en la vida.

—Sí, pero lo ha contado demasiadas veces para mi paz mental. —Pone los ojos en blanco y yo estallo en carcajadas.

Nekane me mira embobada. En ese instante, me doy cuenta de que quiero que me mire siempre de esa manera. Me quedo con ese pensamiento y la firme convicción de que voy a llegar a su corazón, aunque tenga que usar el pico y la pala para destruir esa coraza que se empeña en ponerse.

Me acerco despacio temiendo que se aleje, pero no lo hace. Acaricio su rostro, la miro a los ojos intentando transmitir todo lo que siento y suspiro. Ya no hay vuelta atrás, voy a besarla. Estoy deseando probar esos labios que me vuelven loca de un modo que no sé explicar. La miro pidiendo permiso para acercarme más a ella y no se aleja. Con ese gesto me confirma que quiere lo mismo que yo, por eso me armo de valor y doy el paso que tanto temía. Mis labios se funden con los suyos en un beso dulce y tierno.

Sujeto su rostro con delicadeza, como si temiera que se desvaneciera entre mis manos. Acaricio su mejilla con mis dedos notando la suavidad de su piel. Profundizo más en el beso, acercándola más a mí. Cierro los ojos un instante disfrutando del momento y la piel se me eriza al sentir que ella desea lo mismo que yo.

Me responde con una entrega silenciosa, elevando los brazos y enredando sus dedos en mi corto cabello. Su tacto es firme, casi urgente, como si necesitara asegurarse de que estoy realmente ahí, de que esto no es un sueño fugaz. Su cuerpo se aferra al mío como si todo alrededor desapareciera y solo quedáramos las dos.

El beso ya no es lento ni suave. La pasión y el deseo han dado paso a uno ardiente, de esos que incendian el alma y derriten el corazón.

Desde que llegué aquí, no he pensado en otra cosa que en tenerla en mis brazos, y ahora que la tengo, es mejor de lo que imaginaba mi mente.

Con reticencia, me separo de la chica que me está alterando como nada lo había hecho antes. Miro sus ojos buscando algún atisbo de arrepentimiento, sin embargo, no lo hay. Una dulce sonrisa aflora en sus labios.

Decido ser directa con ella. Nunca me ha gustado andarme con rodeos y no voy a empezar ahora.

—Me gustas, Nekane. —Me observa unos segundos que a mí me parecen mortalmente eternos.

Sin decir nada, sonríe. Es la confirmación que me da para volver a atrapar sus jugosos labios. Como siga así, voy a hacerme adicta a ellos.

—Creo que deberíamos volver. Se hace tarde y no querrás estar por aquí cuando los osos bajen al río. —Abro los ojos como platos.

—¡¿Hay osos?! ¿Y qué coño hacemos aquí? ¡Podrían devorarnos!

Nekane suelta una sonora carcajada mientras que la miro horrorizada. Tiene que estar de broma, ¿no? Ya no me gusta tanto este lugar.

—Ellos no te harían nada, nos temen más a nosotros. Además, desde que vivo aquí jamás he visto uno. No creo que ahora vengan a saludarte. —Me guiña un ojo y, sonriente, se encamina hacia el sendero. Me quedo unos segundos pasmada ante la actitud tan relajada que tiene.

—Vaya vaya. —Por fin salgo de mi ensimismamiento y salgo corriendo detrás suyo—. Si sabes bromear.

—Sé hacer muchas cosas, *laztana*. —Me mira indolente y a mí se me caen las bragas de la impresión. No sé qué significa la palabra *laztana*, pero en estos momentos no me importa, ya lo descubriré más adelante.

Creo que será toda una sorpresa conocer a la chica que me trae loca. Hay algo en ella que me descoloca, que me sacude por dentro como una melodía inesperada. Cada gesto suyo, cada palabra, parece tener el poder de arrancarme una sonrisa. Y, aunque aún no sé cómo explicarlo, siento que su presencia me transforma, me vuelve más ligera. Me siento más viva a su lado.

Con una sensación placentera recorriéndome el cuerpo, nos marchamos a casa. El camino se llena de bromas tontas, de

comentarios sin importancia que, sin embargo, nos hacen reír como si fueran secretos compartidos. Las conversaciones triviales se convierten en un refugio, una forma de alargar el momento, de evitar que termine demasiado pronto.

Ella camina a mi lado con esa energía que parece envolverlo todo. Y yo, sin decirlo en voz alta, me doy cuenta de que no quiero que este paseo acabe. Que quizá, solo quizá, estoy empezando a imaginar un futuro donde su risa sea parte de mis días.



# Capítulo 9

*Nekane*

Quiero conocer más a Cloe. No solo sus gestos, sus palabras o la forma en que se ríe cuando algo la sorprende. También quiero saber lo que hay detrás de sus silencios, lo que sueña cuando nadie la ve, o lo que piensa cuando se queda mirándome. Porque sé que me observa cuando cree que no la veo.

He decidido lanzarme sin paracaídas, sin red, sin manual de instrucciones. Porque ya es hora de desempolvar mi corazón, de

sacarlo del rincón donde lo guardé por miedo, por inseguridad, por no saber cómo se ama cuando nunca te han enseñado a hacerlo.

No voy a negar que estoy aterrada. Es un vértigo apacible, pero vértigo, al fin y al cabo. Jamás he estado con nadie, salvo por algún que otro beso fugaz con una chica en mi juventud, momentos que desaparecieron antes de que pudiera entender lo que significaban.

No sé cómo comportarme ni lo que espera de mí. Tampoco si sabré estar a la altura de lo que este sentimiento conlleva, porque después de ese beso habrán más, y luego…, ¿qué? ¿Una relación? ¿Una aventura?

Pero hay algo en Cloe…, algo que me da paz. Que me grita: inténtalo. La chica de cabello verde, con tan solo su mirada hace que cada capa que he puesto a lo largo de los años se vaya cayendo. Que la desconfianza que siempre hubo en mí desaparezca.

Sé con certeza que ella sabrá guiarme. Que tendrá paciencia y podremos crear algo juntas, algo hermoso que aún no puedo definir o que me asusta concretar. Quiero intentarlo. Por una vez en mi vida me veo con fuerzas de comenzar algo nuevo. Y, aunque tenga miedo, el deseo de conocerla es más fuerte que esa incertidumbre por lo que pueda pasar en un futuro. Quiero que Cloe me conozca, sin máscaras, sin artificios.

No dejo de pensar en el beso que nos dimos el otro día. Bueno, beso… más bien morreo en toda regla.

Nos hemos visto más veces después en el trabajo, las miradas se suceden entre manzana y manzana. Sin embargo, sé que me está dando mi espacio. Sabe que necesito tiempo para asimilar nuestro momento. En realidad, es como si me conociera de toda la vida.

Camino hacia el trabajo cuando la veo en medio de la calle. La mujer que ocupa todos mis pensamientos me sonríe con una luz radiante. Lleva dos cafés en la mano y una sonrisa en la boca. Un cosquilleo repentino recorre mi cuerpo. Al acercarme, me planta un beso suave en los labios que me deja las piernas temblando y las bragas colgando. ¿Cómo puede con tan solo un beso hacerme sentir de esta forma?

—Buenos días, preciosa, ¿café?

—Eh… sí, gracias —me responde con una sonrisa dulce mientras me ofrece el elixir negro.

—¿Hoy trabajaremos solas o vendrá Nick? No lo vi esta mañana en casa de Carlota; supuse que había salido temprano.

—Me llamó esta mañana. Ya está en el lagar preparando la prensa para las manzanas, pero luego vendrá a ayudarnos con la recogida.

—Pues manos a la obra.

Nos marchamos juntas hacia la finca. Entre sonrisas cómplices y miradas mal disimuladas, llegamos a nuestro destino. Me siento cómoda con ella, como si la conociera de toda la vida. Es una sensación placentera que jamás había sentido con nadie.

La mañana pasa rápido. Entre los tres le damos un buen tirón al trabajo Y, al final, Nick nos agradece el esfuerzo que estamos haciendo.

A la hora de despedirnos, Cloe se acerca a mí.

—¿Nos vemos luego? —Me acaricia discretamente la palma con sus dedos y un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Por supuesto. —Una sonrisa perezosa aparece en sus labios.

—Te recojo a las cinco. —Me guiña un ojo y se marcha dejándome desconcertada.

Intento calmarme, aunque es inútil. Esta chica me desestabiliza por completo. Sin pensarlo, me marcho a casa de Sila para contarle lo que está pasando. Necesito urgentemente un chute de seguridad y el consejo de una buena amiga. Sé que Carlota se enfadará por no contar con ella, pero ya cruzaré ese puente cuando llegue el momento.

Al llegar a casa de mi amiga, me abre un ojeroso Pepe.

—¿Una mala noche?

—No lo sabes tu bien. —Me abre la puerta más para que me adentre en la vivienda—. Tu querida amiga está en el salón con Noa. Os dejo solas, tengo que ir a trabajar. Con un poco de suerte, podré echarme una siesta en la barra del bar.

Lo miro con preocupación. Jamás había visto a mi amigo de esa forma. Me adentro en el salón y la imagen que me encuentro es desconcertante. Sila abraza a su hijo dormido, mientras a ella se le van cerrando los ojos.

—¿Sila? —Al momento abre los ojos asustada, pero se relaja al ver que soy yo.

—¡Qué bien que estás aquí! —Se levanta del sofá y se acerca con rapidez hacia mí. Sin embargo, se para al instante con cara de asco —. Joder, tía, hueles a choto. ¿Has estado toda la mañana rodeada de cabras?

—He venido directa de la finca. Siento si huelo un poco mal, hoy ha sido un día duro de trabajo. Además, no podía esperar, tenía que verte.

—Bueno, no importa. —La miro confusa—. Coge a Noa, necesito descansar unos minutos. Ha pasado toda la noche llorando porque le están saliendo los dientes.

Veo como mi amiga se marcha del salón dejándome con el pequeño Noa en brazos. En un principio, no me muevo del sitio, pero, después de la inicial confusión, salgo disparada tras ella.

—¡Sila! Necesito tu consejo. —Sin mirar atrás, se adentra en el dormitorio y se tira en la cama.

—Habla.

—¿Eh?

—¿Qué necesitas? —Cierra los ojos mientras mueve las manos para que le explique qué me ocurre.

Con el pequeño Noa en brazos, comienzo a caminar con nerviosismo por la habitación. No sé por dónde comenzar sin sentirme ridícula, por lo que decido ir al grano.

—He quedado con ella esta tarde.

—¿Con quién? Sé más explícita, Nekane, hoy estoy muy espesa. Mis neuronas no quieren trabajar, se han puesto en huelga por agotamiento.

—¡¿Con quién va a ser?! Con Cloe, la amiga de Carlota.

—Ah, ella. ¿Y qué problema hay? A ti te gusta, ¿no?

—Sí, claro. Me gusta y mucho, pero…

—Pero nada. Chica, por fin comienzas a salir de tu burbuja. No tengas miedo a lo que pueda surgir entre vosotras y disfruta al máximo de lo que te ofrezca.

—¿Cómo no voy a tener miedo? —La miro asustada. Ella levanta su rostro y me observa durante unos segundos.

—A ver, Nekane, eres una mujer maravillosa. Cualquier chica mataría por estar contigo. Tal vez un poco testaruda, eso sí, pero nada que no se pueda arreglar con un poco de tacto. Sin embargo, eres la mujer más fiel que conozco. Jamás dejarías a una amiga tirada, y eso dice mucho de una persona.

—Yo… Yo nunca he estado con nadie más allá de unos besos cuando tan solo era una adolescente. No sé cómo reaccionará cuando lo sepa. ¿Y si se ríe de mí?

—Pues si eso sucede, es que esa mujer no es para ti. Pero si no te arriesgas, nunca lo sabrás. ¿Y serías capaz de quedarte con la duda? Porque yo no. En la vida hay que tomar muchas decisiones, y ahora, es el momento de que tomes una. Sé valiente por una vez y échale ovarios.

La miro pensativa: «¿Y si tiene razón? Yo jamás fui una cobarde, no voy a serlo ahora».

—Es verdad. Tengo que hablar con ella.

—Sí sí, pero más tarde, ahora déjame descansar un rato. La comida de Noa la tienes en el frigorífico. Estás en tu casa, ya lo sabes.

—Duerme, dentro de una hora te llamo.

Me marcho de la habitación con el pequeño en brazos. Miro el reloj y me doy cuenta de que ya es la hora de comer. Prepararé algo de picar y le daré de comer al pequeño. Más tarde iré a casa a prepararme, no puedo ir oliendo a choto en mi primera cita.

Un revuelo de mariposas se instala en mi estómago al pensar en lo que pueda decir Cloe cuando le cuente que nunca he tenido una relación con nadie. La inseguridad me invade por unos instantes, pero decido desecharla. Creo que ya es hora de pensar en mi futuro.



# Capítulo 10

*Cloe*

Estoy nerviosa. Yo, la que nunca tiembla ni tiene dudas cuando quiere algo. Imaginaros cómo estoy para confesarlo.

Es un sentimiento nuevo en mí, como si alguien hubiera girado un interruptor que llevaba años sin funcionar. Jamás sentí esa anticipación por una cita, esa mezcla de ilusión y pánico que parece haberse instalado en cada rincón de mi cuerpo. Nunca pensé que las malditas mariposas de las que todo el mundo habla fueran reales.

Siempre creí que era una metáfora cursi, una exageración romántica. Pero ahora…, ahora siento que no son mariposas, que son elefantes. Elefantes desbocados pisoteando todos mis órganos vitales, haciendo tambalear mi respiración, mi equilibrio y mi capacidad para pensar con claridad.

No creo que sea normal. Me miro al espejo y no reconozco a la persona que me devuelve la mirada: tiene los ojos más brillantes, las mejillas encendidas y una expresión que oscila entre el entusiasmo y el terror.

¿Esto es lo que llaman enamorarse? ¿O simplemente estoy perdiendo el control?

Porque eso es lo que siento: que he perdido el control de mi cuerpo, de mis emociones, de mi lógica. Y, aunque parte de mí quiere salir corriendo, otra parte —una más fuerte y decidida— quiere quedarse. Quiere vivir esto, saber qué pasa cuando te lanzas al agua sin saber nadar.

Y  si esto es el preludio de lo que viene con Nekane, entonces, que vengan los elefantes y arrasen con todo.



Me dirijo a casa de Nekane. Antes de salir, mi amiga Carlota me ha lanzado una mirada pícara. No puedo esconderle nada. Sabe cuánto me gusta esa chica, se lo he tenido que confesar bajo amenaza de no preparar más sus deliciosas comidas. Pero me ha advertido que, si le hago daño, no habrá campo donde pueda esconderme.

Ella me conoce desde que éramos niñas, sabe que jamás la lastimaría; no está en mi naturaleza ser una rompecorazones. Aun

así, su advertencia me ha dejado inquieta. No sé qué oculta, pero estoy segura de que hay algo, aunque no voy a presionarla.

Espero que pueda sincerarse cuando se sienta preparada.

Al llegar, la veo esperándome en la puerta. Está ahí, quieta, como si el tiempo la hubiera detenido justo para mí. Mi corazón se salta un latido al verla tan bonita, tan inesperadamente perfecta en su simplicidad. Lleva unos vaqueros sencillos, ajustados justo lo necesario para insinuar sin alardear. Las botas marrones de caña alta le dan un aire de firmeza, de alguien que pisa con seguridad, aunque su cuerpo diminuto parezca desafiar esa fuerza.

La blusa verde militar, demasiado ancha para su figura, cae sobre ella como una caricia, como si la ropa también supiera que no debe robarle protagonismo. Esa sencilla forma de vestir que tiene es lo que la hace irresistible a mis ojos. Sin una gota de maquillaje. Solo ella y su sonrisa. Es preciosa al natural, no necesita adornos porque ya lleva consigo todo lo que importa.

Me quedo unos segundos sin moverme, atrapada en la imagen. Me busca con la mirada y su sonrisa tímida hace que todo lo demás desaparezca. Y pienso que nunca antes había sentido algo tan puro, tan visceral. Como si el universo hubiera decidido regalarme este instante, sin previo aviso.

—Hola, preciosa —le digo acercándome para darle un suave beso en los labios que me sabe a gloria.

—Hola —responde con un leve rubor en las mejillas.

—Bueno, ¿qué? ¿Dónde podemos ir a tomarnos algo?

—Pues no lo había pensado todavía, pero creo que el bar de Pepe podría gustarte. Eso sí, no te prometo que los amigos de Nick no te acribillen a preguntas o te tiren los tejos. Se reúnen allí para ensayar, y por la hora que es, seguro que están ya preparados.

—Pues no se hable más. ¡Vamos al bar de Pepe!

La agarro de la mano y una corriente eléctrica recorre mi cuerpo. La miro sorprendida y noto que ella también lo ha sentido.

Al llegar al bar, me sorprende la decoración. Es un típico bar roquero con reminiscencias andaluzas. Frente a mí hay una barra forrada con pósteres de grupos de *rock* alternativo. La iluminación es tenue, y sobre la barra cuelgan lámparas rojas ovaladas, como las

de las salas de billar. Detrás, un espejo gigante cubre toda la pared, con estanterías de cristal repletas de cervezas artesanas de la región. Reconozco botellines de Cruzcampo, Alhambra y La Victoria. Al verlas, recuerdo mi tierra: Andalucía.

Las mesas están repartidas por todo el local, redondas y de madera oscura, con sillas a juego. Todo está cuidado al detalle. En las paredes hay fotos de gente que supongo, ha pasado por aquí. Al fondo, un escenario donde unos chicos ensayan las primeras notas de una canción junto a mi amigo Nick.

Al vernos, detienen la música.

—¡Cloe! Qué alegría verte aquí —dice Nick bajando del escenario para abrazarme, mientras los demás me miran curiosos.

—¿Quién es esta mujer tan guapa? —Un chico bastante atractivo, y con una sonrisa pícara se acerca a mí.

—Aparta tus manazas de ella, Enol. —Mi chica interviene ante el inminente acercamiento del joven—. Ella no es para ti.

—No seas aguafiestas, Nekane. —Alarga su mano para presentarse—. Soy Enol, el mejor partido que puedas encontrar por estos lares.

—Encantada, soy Cloe, amiga de Carlota y… novia de Nekane. —La miro esperando su reacción. No hemos hablado de ello, pero quiero dar ese paso. O por lo menos, intentarlo.

Pasan unos segundos eternos hasta que se acerca con una sonrisa y me besa en los labios, confirmando lo que he dicho.

—¡No jodas, Nekane! Llega una chica guapa al pueblo y no me das ni una oportunidad.

—Nunca tuviste ninguna, Cloe tiene las ideas muy claras —interviene Nick, y se lo agradezco.

—Te acaban de herir el orgullo, macho —dice otro chico, acercándose también—. Hola, soy Asur. Me alegra que nuestra amiga haya encontrado a una mujer tan guapa. —Me guiña un ojo y se dirige a la barra—. ¿Alguien quiere una cerveza?

—Eso no se pregunta. ¡Claro que sí! —Nekane se une a él para ayudar con las bebidas.

Pasamos la tarde en buena compañía. Los chicos son geniales y no me he sentido desplazada en ningún momento.

Enol es un chico carismático, de esos que parecen tener un imán natural para atraer miradas y provocar sonrisas. Tiene una energía contagiosa, una forma de hablar que convierte cualquier anécdota en una historia hilarante. Sus bromas me hacen reír a carcajadas, no solo por lo que dice, sino por cómo lo dice: con esa chispa en los ojos, ese tono pícaro que parece estar siempre al borde de la travesura. Con él, todo se vuelve más ligero, más divertido. Es imposible estar a su lado y no sentir que el mundo es un poco menos serio.

Asur, en cambio, es más reservado. Habla poco, pero cuando lo hace sus palabras tienen peso. Tiene una mirada profunda, como si siempre estuviera observando más allá de lo evidente. Es un hombre serio que escucha con atención antes de dar su opinión y, por lo que he observado de él, presta atención a todo lo que hay a su alrededor. Te observa en silencio.

Y luego está Pepe: Un hombre que atrae con su forma de ser, sin necesidad de alardes ni poses. Tiene ese encanto natural que parece innato en los gaditanos: una mezcla de desparpajo, humor y calidez que te envuelve sin que te des cuenta. Habla con las manos, con el cuerpo y con el alma. Su risa es algo escandalosa pero reconfortante. Se podría decir que hay algo especial en él. Quizás es la sangre gaditana que corre por sus venas, porque a su lado, sientes que estás en una playa de Cádiz en un día de verano.

Después de pasar un buen rato en buena compañía, acompaño a Nekane hasta su casa. La noche es fresca, mucho más que en Jaén, pero me siento tan a gusto con ella que no me importa.

Caminamos en silencio. Sé que algo la inquieta, pero no quiero presionarla.

—Se escuchan los engranajes de tu cabecita desde aquí. ¿En qué estás pensando?

Le sonrío para que se sienta segura y pueda confiar en mí. No es una sonrisa cualquiera, sino una que nace desde lo más hondo, tejida con paciencia y ternura. Quiero que sepa que estoy aquí, que no hay prisa, que puede bajar la guardia sin miedo. El problema es que cuando me mira, hay una sombra de duda en sus ojos. No sé si es desconfianza o es más bien una herida antigua, una cicatriz que

aún no se ha curado. Tal vez sea esa inseguridad que te da el miedo a que te abandonen, a que no te quieran lo suficiente.

La agarro de la mano con suavidad, pero con firmeza, para infundirle el valor que necesita en estos momentos. Con este gesto quiero transmitirle la confianza que necesita para que pueda contarme lo que le inquieta. La aprieto con delicadeza y la miro a los ojos para que sepa que puede confiar en mí. Me observa con detenimiento. No suelta nuestras manos, eso es buena señal.

En ese instante, el silencio entre nosotras se vuelve cómplice. No hace falta hablar, pues el gesto lo dice todo: estoy contigo, y no tienes que enfrentarlo sola.

—Yo… —titubea—. He de confesarte algo.

—Y no sabes cómo.

—Algo así. —Se cruje los dedos, nerviosa.

—Empieza por el principio. Te escucho, preciosa, no voy a salir corriendo.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra. —Sonrío para calmarla.

—Está bien. Ahí va: nunca he estado con nadie… de esa forma. No sé si, porque nadie me ha gustado lo suficiente o porque tampoco lo he intentado.

Se pasa la mano por el cabello, nerviosa. Respira hondo, como si se quitara un peso de encima al confesarlo.

¿Así que eso era lo que la distanciaba de mí?

La miro directamente a los ojos, quiero que entienda bien lo que voy a decirle.

—¿Eso es lo que te preocupa cuando estás conmigo? —Agacha la cabeza, avergonzada. Le levanto la barbilla con los dedos para que me mire—. Estoy aquí, Nekane. No voy a irme a ningún sitio, a no ser que me eches. Y si tengo que esperar a que estés preparada, esperaré.

Me acerco con el corazón latiendo a un ritmo que no conozco. He de reconocer que me aterra equivocarme, o lanzarme demasiado rápido y que ella salga huyendo. Cuando finalmente estoy lo suficientemente cerca, le doy un beso suave en los labios, apenas un roce, pero suficiente para encenderme por dentro. Es un gesto

delicado, casi tímido, pero me calienta el alma como si hubiera encendido una hoguera en medio del pecho. He de ir despacio con ella. Aunque mi cuerpo me pide que la bese con desesperación, no puedo hacerlo así.

Ella no se aparta. No duda. Me mira con decisión, con una firmeza que contrasta con la dulzura del momento. Sus ojos no se esconden y eso me da la fuerza necesaria para seguir y dar un paso más, aunque siempre observando sus gestos. No hay palabras, pero su mirada lo dice todo: está aquí, está presente, y está dispuesta.

¿A qué? Estoy deseando descubrirlo.

Se hace el silencio entre nosotras, sin embargo, no es incómodo. Acaricio su mejilla sin dejar de mirarla, esperando esa confirmación que nos dé paso a algo más. Aún con el sabor de sus labios en los míos, soy consciente de que algo ha cambiado, que ya no hay marcha atrás.

—No quiero esperar, Cloe. Eso es lo que me pasa realmente, que ya no quiero esperar más, que lo quiero todo contigo.

No me había dado cuenta de que ya habíamos llegado a su casa. Entrelaza sus dedos con los míos y, con firmeza, nos adentramos juntas en su hogar.



# Capítulo 11

*Nekane*

Hoy decido ser valiente. Escucho el grito de guerra que tenemos mis amigas y yo: la canción *Grande* de Gloria Trevi, y siento que esas barreras que siempre había tenido se caen, para dejar paso a un amor que ha llegado de manera inesperada y que está arrasando con mi cordura, pero que, a pesar de todo, estoy deseando explorar.

Cojo la mano de mi chica con firmeza y muy segura de mí misma. Ella me tranquiliza sin palabras. Sus ojos me gritan: «Estoy contigo».

Juntas cruzamos el umbral de mi casa. Ese espacio que hasta ahora ha sido refugio, pero también frontera. Cada rincón guarda pedazos de mí que nadie ha visto, y ahora ella está aquí, a punto de descubrirlos. Estoy nerviosa, expectante. El corazón me golpea el pecho con fuerza, como si quisiera escapar.

Esta noche podría cambiarlo todo.

Mentira. No podría, lo hará.

Cloe me mira de reojo, con esa mezcla de curiosidad y ternura que me desarma. No dice nada, pero su presencia lo llena todo. Y yo, por primera vez en mucho tiempo, no quiero esconderme. Quiero que me vea, que sepa quién soy. Sin filtros. Sin miedo. Porque si hay una noche para dejar que el amor —o lo que sea que está naciendo entre nosotras— tome forma, sin duda es esta.

Al llegar al salón, la invito a sentarse mientras voy a buscar dos copas de vino. Necesito calmar los nervios que me recorren las venas como la electricidad por una instalación eléctrica.

Cuando regreso, la encuentro observando una fotografía en la que aparecemos Sila, Carlota y yo.

—Esa foto la tomamos en uno de nuestros tantos paseos por Gijón —le digo, acercándome para ofrecerle la copa. Nuestros dedos se rozan, y ese contacto intencionado me sacude por dentro. Tengo que concentrarme o voy a perder el control antes de tiempo.

—Se os ve felices —comenta.

—Ellas me hacen feliz. Somos como una pequeña familia, hermanas del alma.

—Es bueno tener amigas así —dice, girándose para mirarme directamente—. ¿Y tu familia real, la de sangre?

La pregunta me tensa. No me gusta hablar de ellos, pero si quiero que esto funcione, debo ser honesta.

—Solo están mis padres, pero no tenemos una buena relación. Digamos que no aceptan que su hija sea…, diferente a lo que ellos creen normal.

Bajo la mirada, incómoda. Me cuesta hablar de su rechazo y Cloe lo nota.

—Mírame —dice con suavidad—. Tú no tienes la culpa de que tengan unas ideas retrógradas. Si no te aceptan, no merecen estar

en tu vida. Y, por lo que he visto hoy, tienes amigos que son más que una familia, ¿no?

Levanto la vista y encuentro sinceridad en su rostro. No hay máscaras ni dudas, solo una transparencia que me deja trastocada. Ese tipo de mirada que no se esquiva, que se sostiene con firmeza, como si me estuviera diciendo sin palabras: «Estoy aquí, contigo, no soy un espejismo». Mi corazón se acelera al ver ese brillo inconfundible en sus ojos, una mezcla de ternura y deseo que me atraviesa como una corriente eléctrica. Es todo lo que he temido, pero a la vez todo lo que he deseado durante mucho tiempo sin saberlo, y ahora se estuviera concentrando en este instante.

Alza la mano con una lentitud casi reverente, con temor a romper el hechizo o lo que sea que nos esté ocurriendo. Sus dedos rozan mi mejilla con una delicadeza que me estremece, dibujando mi contorno, memorizando mi piel. El calor de su mano me enciende, un fuego abrasador recorre mi cuerpo. Sin apartar la mirada, sin romper ese hilo invisible que nos une, acerca sus labios a los míos.

El beso llega como una ola que lo arrasa todo. Es profundo, arrollador, lleno de una intensidad que me deja sin aliento. No hay titubeos, no hay espacio para el miedo. Mis manos inexpertas y temblorosas buscan su rostro, su cuello, cualquier parte de ella que me confirme que esto es real. Y mientras sus labios se funden con los míos, siento que el mundo se desvanece, que solo existimos nosotras y ese deseo que nos recorre el cuerpo.

—¿Dónde está tu habitación? —susurra. Siento las mejillas ardiendo, mi corazón galopando como un purasangre en medio de un bosque, y mi alma suspirando por la mujer que tengo delante.

—Al fondo, a la derecha.

No decimos nada más. Caminamos cogidas de la mano, sin pensar en lo que vendrá después. Al llegar, me besa de nuevo. Esta vez con dulzura, con una ternura que me derrite. Sus manos acarician mis mejillas mientras yo enredo los dedos en su cabello.

Sus labios bajan por mi cuello, dejando un rastro de besos húmedos que me estremecen como si cada uno encendiera una chispa bajo la piel. Cada roce de su lengua me hace temblar de

anticipación por lo que está por llegar. Me entrego al deseo sin reservas y me dejo guiar por ella.

Se detiene un instante y me mira. Sus ojos, oscuros y brillantes, me preguntan sin palabras, pidiéndome permiso para quitarme el chaleco. No hay urgencia en su gesto, solo respeto y una ternura que me atraviesa. Asiento con un leve movimiento de cabeza, incapaz de hablar, pero segura de lo que quiero. Estoy completamente a su merced, y lejos de sentirme vulnerable, me siento viva.

Por fin alguien me ve, me toca y no me aparto. Al contrario, me gusta. Me gusta mucho.

Quiero dar este paso. No por impulso, sino porque algo en ella me invita a confiar, a soltar la inseguridad que me ha acompañado tanto tiempo. El recelo es mi compañero, pero una parte de mí desea que esto ocurra. La miro a los ojos y veo deseo, pasión y algo más que no podría definir. Mi cuerpo me grita que siga adelante que cruce la barrera de mis pensamientos. Me aferro a ella, la invito a que juntas descubramos nuestros cuerpos.

Me acaricia con delicadeza sin dejar de mirarme. Sus dedos rozan mi cuerpo esperando esa invitación silenciosa para seguir. Sin palabras le doy la confirmación que necesita y despacio me acaricia mientras que me quita la ropa. Sus ojos se oscurecen al verme desnuda.

Me siento expuesta y vulnerable delante de ella, aun así, no quiero detenerme, quiero sentir el placer que me prometen sus ojos.

Es una sensación nueva, desconcertante, pero profundamente turbadora. Y justo cuando el pudor me sacude, cuando el instinto de protegerme me empuja a cubrirme, ella me detiene.

Lo hace suavemente, para que me sienta segura junto a ella. Me agarra las manos para impedir que me tape, las aparta con cuidado diciéndome con la mirada: «No tienes que esconderte de mí». Y con ese simple gesto me siento segura.

Es hora de entregarme sin reservas, sin miedos.

—Eres demasiado hermosa para esconderte. No lo hagas. No delante de mí.

Sus caricias me envuelven como una brisa cálida que recorre cada rincón de mi piel. No hay urgencia en sus movimientos, pero sí una intensidad que me consume poco a poco. Sus besos me encienden, me despiertan, me hacen olvidar todo lo que no sea este instante. Cada roce de sus labios sobre mi cuerpo es una invitación a perderme en el placer que me ofrece, a rendirme sin miedo. Y eso hago.

Me acaricia con delicadeza y veneración. Sus dedos bajan despacio por mi cuerpo haciéndome sentir un escalofrío. Le clavo las uñas en la espalda al notar que ha llegado a mi zona íntima y por unos segundos me tenso. Sin embargo, al notar su dedo índice en mi clítoris, siento un placer que jamás había sentido y jadeo. Me acaricia suavemente en círculos y me lleva a la locura más absoluta.

Cierro los ojos y me dejo llevar por el placer. Su dedo corazón se desliza dentro de mí, provocándome un estremecimiento que me atraviesa como un relámpago. Busco su boca con desesperación para torturarla igual que ella hace conmigo. Nos besamos con hambre, con necesidad, con esa urgencia que nace del más puro deseo. Es un lenguaje sin palabras, solo suspiros, jadeos y miradas incendiarias.

Nos besamos durante largo rato con ansias, con ganas. Cada músculo de mi cuerpo se tensa anticipándose a lo que está por llegar. Ella lo sabe y sus caricias se vuelven más intensas. Y entonces, un brutal orgasmo me recorre el cuerpo como una ola imparable, arrastrando todo a su paso.

Cierro los ojos, una sonrisa se dibuja en mis labios. La miro de reojo y ella también sonríe.

—Eso ha sido… ¡Guau!  No tengo palabras.

—Y eso que apenas estamos empezando —responde con una mirada traviesa.

Me siento libre, relajada. La miro y veo en sus ojos determinación.

—Y yo estoy deseando continuar. Quiero que me enseñes todo, Cloe.

—Preciosa, tenemos toda la noche.

Y con esa promesa silenciosa, pasamos la noche entre las sábanas descubriendo nuestros cuerpos sin pudor. Amándonos como dos

almas libres. Sin miedo. Sin máscaras. Solo nosotras.



# Capítulo 12

*Cloe*

Despierto con el aroma embriagador del café recién hecho, ese aroma cálido que se cuela por la puerta y me siento como si estuviera en mi hogar. Me estiro entre las sábanas revueltas, aún tibias y con su olor en la cama. Mi chica está preparando el desayuno. Sí, lo habéis leído bien: mi chica. Me sorprendo al pensarlo, al saborearlo en silencio. Hay algo dentro de mí que me

confirma que es ella, la mujer que me estaba esperando. El amor que llega sin previo aviso para quedarse.

Noto que estoy sola en la cama, pero no me invade la soledad. Al contrario, hay una paz nueva en mi cuerpo, una calma que no conocía. Los recuerdos de la noche anterior desfilan por mi mente como fotogramas: sus manos, sus labios, su risa entre susurros. Por fin la tuve entre mis brazos, no como una fantasía, sino como la realidad de que por fin hemos dado ese paso que tanto he deseado estos días.

No creo que jamás me canse de ella. De su forma de mirarme como si fuera la única persona en el mundo. De cómo me toca, como si mi cuerpo fuera un mapa que quiere recorrer sin prisa. Sus caricias se han quedado tatuadas en mi piel, y sus besos recorriendo cada rincón de mi anatomía. Todavía me estremezco al recordar cómo iba descubriendo poco a poco ese deseo que nacía entre nosotras, el fuego que nos abrasaba cada vez que llegábamos al clímax. Porque sí, la noche fue larga y nos dio para mucho.

Y mientras me incorporo lentamente, envuelta en esa mezcla de ternura y apetito por ella, sé que este es solo el comienzo.

Me levanto y me dirijo a la cocina guiada por el olor del elixir negro que tanto necesito en estos momentos. Al entrar, la veo ataviada con tan solo una sudadera que le llega por encima de las rodillas. «Joder, ¡qué guapa es!». Mi cuerpo y mi mente me traicionan ardiendo otra vez por esa mujer que me tiene loca.

Me acerco a ella y le doy un beso en el cuello. Noto su estremecimiento.

—Buenos días, preciosa. ¿Hay café para mí?

—Buenos días, *laztana.* —Se gira hacia mí y me da un beso en los labios que me sabe a gloria. Tengo que averiguar qué significa la palabra *laztana*.

—Mmm…, esto es mejor que el café recién hecho. —Le agarro el trasero con deseo y la acerco más a mí. No me canso de su dulce inocencia.

—He preparado el desayuno.

—Ya veo, pero… ¿No eras tú mi desayuno?

Sonríe. Esa sonrisa que eclipsa hasta al mismo sol, que parece iluminar todo a su alrededor con una luz propia, cálida y serena. No es una sonrisa ensayada ni superficial; es genuina, nacida desde lo más profundo. Y yo me quedo embobada mirándola, atrapada en la curva de sus labios, en el brillo que se enciende en sus ojos cuando se ríe sin contenerse.

El tiempo parece detenerse para que yo pueda contemplarla. Todo lo demás se vuelve borroso: el ruido, las preocupaciones, incluso mis propios pensamientos. Solo existe ella, y esa expresión que me desarma, que me hace olvidar que alguna vez dudé, de si arriesgarme a sentir o seguir viviendo escondida.

Me siento afortunada por haberme lanzado a la aventura, como si hubiera descubierto un tesoro oculto.

Y mientras la observo, sin poder apartar la mirada, siento cómo algo dentro de mí se acomoda, se enraíza. Ahora, al vernos en esta escena tan cotidiana, me doy cuenta de que quiero esto todos los días.

—Anda, vamos que se enfrían las tostadas.

Nos sentamos frente a frente en la mesa de la cocina. La observo con detenimiento: lleva el pelo recogido en un moño desordenado, y su mirada intensa me atraviesa el alma. Mientras saboreo una tostada con mermelada, me descubro observando las pequeñas pecas salpicadas en su rostro. No son muchas, pero la hacen aún más irresistible.

—¿Qué quieres hacer hoy? —Salgo de mi ensimismamiento y le presto atención—. Es nuestro día libre.

—Mmm… —Engullo la tostada mientras la miro con picardía—. Podríamos quedarnos retozando en la cama.

Sonríe. Le gusta la idea, y a mí también.

De repente, el sonido de una puerta abrirse nos saca de nuestra pequeña burbuja.

—¡Nekane, Cloe! —Carlota entra como un vendaval en la cocina rompiendo nuestro momento de paz.

—¿Qué haces aquí? —Nekane se levanta de su asiento visiblemente nerviosa.

—He venido a hablar contigo, ya que tú pareces reacia a hacerlo. —Nos señala a las dos con una sonrisa dibujada en los labios, pues no está enfadada—. ¿Cuándo pensabas contármelo?

—Eh… ¿Hoy? —Comienzo a reír a carcajadas ante la respuesta de Nekane. Me mira y rompe a reír también. Al final las tres estamos riendo a lágrima viva.

—Bueno, ya. —Carlota intenta serenarse y nosotras la seguimos—. Necesito un café.

—Sírvete tú misma, ya sabes dónde está todo.

Carlota se sirve un café y se sienta junto a nosotras. Nos mira con aire soñador esperando que hablemos.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? Nekane, ¿estáis juntas? Bueno, es obvio. Cloe no ha dormido en casa… —Carlota habla atropelladamente—, y os veo aquí, desayunando acarameladas.

Nekane la interrumpe algo alterada:

—¡¿Ves?! Por eso no quería contarte nada, te pones muy intensa. Sila no ha sido tan efusiva…

—¿¡Se lo has contado a ella y a mí no!? —Ahora sí que se va a liar…

—Necesitaba hablarlo con alguien y tú eres amiga de Cloe. No quería que ella supiera lo que sentía, porque no lo sabía ni yo.

—¿Tienes sentimientos por mí? —Me acerco a ella con una sonrisa sincera.

—Por supuesto, *laztana*. ¿Qué crees, que me acuesto con cualquiera?

Su confesión me deja sin palabras. Es una mujer con las ideas claras, sin miedo a mostrar lo que siente. Sonrío. Quiero abrazarla y demostrarle la influencia que ella tiene en mí.

Me levanto y me acerco a ella.

—¿Qué significa *laztana*?

—Cariño en euskera.

La miro en silencio, con ternura.

—¡Oh, es precioso! —interrumpe Carlota, rompiendo el cómodo silencio. Ya había olvidado que estaba allí, y la miro con desaprobación—. Vale, ya me marcho. —Levanta las manos en son

de paz—. Pero que sepáis, que me debéis unas cervezas y unas tapas en el bar de Pepe. Esta relación ha sido gracias a mí, así que merezco una compensación.

Cuando por fin estamos solas, la beso. Es un beso dulce y a la vez apasionado, uno que le dice que cada latido de mi corazón es por ella.

Sé que es pronto, pero no puedo ni quiero frenar lo que siento.

—Así que… cariño.

—Me gustas mucho, Cloe. No soy de ir de flor en flor como habrás podido comprobar y tampoco de enamorarme fácilmente, pero cuando alguien me atrae, me entrego por completo.

—Tú también me gustas mucho y me encantaría seguir conociéndote.

Con esa promesa, terminamos de desayunar entre besos y tostadas con mermelada. Hoy es nuestro día libre y pienso aprovecharlo al máximo, en todos los sentidos.



# Capítulo 13

*Nekane*

Los días transcurren con una calma engañosa, como si el sol siguiera saliendo por inercia, o el tiempo se empeñara en fingir que nada está cambiando. Pero yo lo siento. Lo noto en el aire, en los silencios que se alargan entre nosotras, en las miradas que se cruzan con una mezcla de ternura y temor. La temporada de recogida de manzanas se acerca a su fin, y con ella, temo que también lo haga lo mío con

Cloe. Es inevitable que arrastre la duda de que pasará entre nosotras.

Aunque estamos bien juntas —más que bien, diría yo— hay una sombra de duda que se cuela entre nosotras. No es falta de amor, ni de deseo, ni siquiera de complicidad. Es la conciencia de que esto, tal como lo estamos viviendo, tiene los días contados. Ella tiene su vida en Jaén, sus raíces, sus compromisos y rutinas. Y yo… Bueno, yo tengo la mía aquí, con todo lo que eso implica. Somos dos mundos que se han tocado por un instante, pero que podrían volver a separarse si no hacemos algo por evitarlo.

Tengo que hablar con Cloe. No desde el miedo, sino desde el amor. Desde la convicción de que, si lo hacemos juntas, si nos atrevemos a imaginar un futuro compartido, encontraremos una forma de no separarnos. Porque lo que tenemos no merece apagarse por la distancia. Porque hay amores que valen la pena, incluso si hay que mover cielo y tierra para sostenerlos. Y lo que siento por ella es tan fuerte que no me importa arriesgarme y lanzarme a la piscina si está a mi lado.

Tan absorta estoy en mis pensamientos que no noto que Nick se acerca.

—Renacuaja, ¿en qué andas pensando? Llevas toda la mañana en silencio, y eso no es propio de ti.

—En que pronto acabaremos la cosecha —respondo, y no miento del todo. Nick me observa con atención. No se cree ni una palabra.

—Si no quieres contarme lo que te pasa, lo entiendo. Pero no me engañes. Ante todo, somos amigos, ¿no?

—Lo siento, Nick. Últimamente tengo la cabeza en otro sitio. Pero estoy bien, de verdad. —Le regalo una sonrisa tranquilizadora, intentando cerrar el tema.

Seguimos con la tarea, bajo el sol que empieza a perder fuerza y entre las ramas que ya no ofrecen tantas manzanas como antes. El trabajo avanza más rápido de lo que desearía, pero hoy todo se siente distinto. Cloe no ha venido a ayudarnos; tenía una reunión por videollamada que no podía posponer, y aunque entiendo sus compromisos, no puedo evitar sentir su ausencia.

La echo de menos. Apenas llevamos unas horas separadas, pero para mí se sienten eternas. Me he acostumbrado a tenerla cerca. Desde la primera noche que pasamos juntas, no se ha marchado de casa. Con ella allí, siento que por fin mi casa se ha convertido en un hogar.

Cada noche nos amamos como si fuera la última vez que nos viéramos, como una despedida silenciosa. Aunque, cuando me abraza siento que podría protegerme de mis temores, de mis ausencias y mi soledad, esa que un día apareció al dejar atrás mi vida en Hondarribia. Ya no hay corazas que nos separen, no las necesito si ella está junto a mí.

Me sorprendo de lo rápido que mi vida se ha acostumbrado a tenerla cerca. Y no solo en la cama, en mi día a día. En mis costumbres, mis rutinas y mis amigos, que la han acogido como a una más en el grupo. Es una mujer que se ha adaptado a la vida sencilla de este lugar como si perteneciera él desde siempre. A veces me asusto con el hilo de mis pensamientos, sin embargo, sé que con ella puedo llegar a tener un futuro. Y esa es una conversación que tenemos pendiente y que no debemos demorar en tenerla.

Tan concentrada estoy en la faena que no noto cuando me rodean por detrás. Su aroma me envuelve, y al instante me relajo.

—Hola, recolectora de manzanas. ¿Me has echado de menos?

Me giro y me encuentro con su sonrisa radiante, esa que me tiene hechizada y que me enamora un poquito más si cabe.

—*Laztana*… Hoy no ha sido lo mismo sin ti. Claro que te he echado de menos. —Me acerco y la beso. Un beso que me estremece como una hoja en otoño.

Con desgana, separo mis labios de los suyos. La miro a los ojos y en ellos veo un destello de deseo…, y algo más. «Es amor, idiota», me susurra mi mente.

No, no puede ser. ¿O sí?

Terminamos la jornada y nos despedimos de Nick. Hoy no almorzamos con ellos. Quiero llevar a mi chica a un restaurante en el pueblo vecino.

El trayecto lo hacemos en un silencio cómodo, de esos que no pesan, que hablan sin necesidad de palabras. Observo por la

ventana el paisaje pasar, con una calma que me llena. De vez en cuando la observo de reojo, es preciosa. El recuerdo de lo que anoche hicimos pasa por mi mente y me estremezco al sentir el calor recorriendo mi cuerpo. Con ella he descubierto un mundo nuevo, una manera de amar que no tiene límites.

Llevo mi mano a la suya que la tiene en la palanca de cambios. Ese simple roce me hace estremecer. Me mira por un segundo, antes de volver a poner atención a la carretera, y en ese instante que me observa, veo esa chispa que desprende su mirada. Una pícara sonrisa sale de mis labios, orgullosa de saber que la estoy tentando. Acaricio con mis dedos el dorso de su mano con movimientos lentos, luego cierro los ojos centrándome en ellos, relajándome. No hace falta hablar entre nosotras, el silencio puede llegar a decir mucho más de lo que podamos imaginar.

Me gusta lo que tenemos, esa forma de estar juntas sin artificios, sin pretensiones. Cómo me hace sentir segura, ligera como una pluma. Y mientras el camino se extiende frente a nosotras, pienso que, si esto es el principio, no quiero que tenga final.

Al llegar, Cloe se queda asombrada. Y no es para menos, el lugar es espectacular.

Es un restaurante familiar, una casona asturiana centenaria con muros de piedra que han resistido el paso del tiempo y un tejado de pizarra que cruje suavemente cuando llueve. Al cruzar el umbral, nos recibe el aroma reconfortante de guisos caseros, madera envejecida y chimenea encendida. Un hogar convertido en un restaurante con encanto.

Cloe contempla ensimismada las vigas de madera y los suelos de barro cocido. La casona ha sido restaurada con mimo. Los ventanales lucen cortinas bordadas por donde se cuela la luz suave del norte. Se detiene ante una pared decorada con fotos antiguas en blanco y negro que retratan un pasado donde el pueblo era una gran familia.

Nos sentamos en una mesa con mantel de cuadros y un pequeño jarrón de flores silvestres que invita a quedarse horas. Una señora mayor, de sonrisa amable, nos atiende y nos recomienda el plato del día: fabada con almejas. No lo dudamos.

—Este lugar es maravilloso, Nekane.

—Me alegra que te guste. —Me agarra la mano por encima de la mesa y un escalofrío me recorre entera.

—Este lugar no solo alimenta el cuerpo, sino el alma. Es el tipo de lugares donde el tiempo se detiene.

—Es uno de mis restaurantes favoritos. Quería traerte aquí para que conocieras un poco más mis gustos.

Ella me mira y me sonríe agradecida. Sabe lo que me cuesta abrirme a las personas.

Nos traen el plato de fabada con almejas y Cloe no se resiste a probarlo. Sus ojos se iluminan al ver el vapor que se eleva, cargado de aromas intensos, salinos y especiados. Se inclina ligeramente sobre la mesa, como si el guiso la llamara por su nombre, y toma la cuchara con esa curiosidad que tanto me gusta.

—¡Esto está de muerte! —Observo como se relame los labios con gula y me muevo incómoda en mi asiento. En estos momentos solo pienso en besarla y lamer esa boca tan jugosa suya. «¿Desde cuándo tengo estos pensamientos tan lascivos?».

Vuelvo a centrarme en la comida.

—Es un plato típico de aquí. Normalmente ponen la fabada con compango: chorizo, morcilla y panceta. A mí, particularmente, me gusta con almejas. Será por mis raíces. Hondarribia es un pueblo pesquero, mi dieta prácticamente, consistía en pescado y marisco.

Quiero que me conozca, que descubra lo que puede encontrar en mí.

—Yo vivo lejos del mar, sin embargo, soy más de pescado que de carne. —No sé si lo dice con segundas, pero me sonrojo ante el comentario—. Este plato pasa a ser uno de mis favoritos desde hoy mismo. —Me guiña un ojo con picardía y no puedo más que sonreír ante la ocurrencia.

Seguimos comiendo y conversando de manera animada. Las palabras fluyen con naturalidad, entre risas, anécdotas y pequeñas confesiones que se deslizan sin esfuerzo. Hay algo en la forma en que hablamos que me hace sentir que estamos construyendo algo, ladrillo a ladrillo, sin darnos cuenta.

De vez en cuando nuestros dedos se rozan intencionadamente en la mesa. No es casualidad. Es un juego silencioso, una forma de decir «Estoy aquí» sin interrumpir la conversación. A veces es ella quien lo inicia, con una caricia fugaz que me eriza la piel. Otras veces soy yo quien busca su mano, como si necesitara confirmar que esto es real, que no estoy soñando. Cada roce es una chispa, una promesa, una complicidad que se cuece a fuego lento entre cucharadas y miradas.

La gente a nuestro alrededor sigue con sus vidas, ajena a lo que ocurre entre nosotras. Pero yo lo siento todo. La conexión, el deseo contenido, la ternura que se filtra en cada gesto. Y mientras el plato se vacía y la sobremesa se alarga, pienso que no hay lugar en el mundo donde preferiría estar que aquí, con ella, compartiendo este instante que parece insignificante, pero que lo cambia todo.

El postre que nos traen es un arroz con leche casero que sabe a gloria.

—Uf, creo que voy a reventar. Jamás comí tanto como hoy. Deberíamos de dar un paseo para bajar las calorías que nos hemos metido entre pecho y espalda. —Cloe se frota la barriga mientras sonríe.

—Y eso que hoy no has probado los tortos. —Me mira con los ojos como platos.

—Lo dejaremos para otro día. No te quepa duda de que vendremos más veces.

Pagamos la cuenta y nos marchamos a pasear por las callejuelas de este hermoso pueblo.

Estoy nerviosa, quiero ser sincera con ella, pero el miedo a perderla es superior a mí. Un nudo se me forma en la boca del estómago impidiéndome hablar. Cloe se percata de mi nerviosismo y acude en mi ayuda.

—Ey, preciosa. ¿Qué ocurre? Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad?

La miro y lo veo claro: es la mujer de mi vida, solo que no sé cómo decírselo.

Decido ser sincera, así que cojo aire y me armo de valor. Es mejor decirlo del tirón, como cuando te quitas una tirita.

—¿Qué va a pasar con nosotros cuando tengas que marcharte? —Guardo silencio esperando su respuesta.

Una sonrisa se dibuja en sus labios, lo que me pone aún más nerviosa.

—Cruzaremos ese puente cuando llegue el momento, ¿no te parece?

Su respuesta ambigua me deja con más dudas, pero creo que es mejor dejarlo pasar. Quiero disfrutar cada instante con ella, sin pensar en lo que vendrá.

Me acerco y la beso con intensidad, queriendo mostrarle todo lo que siento. Mi chica, el faro que ilumina mi oscuridad.

Regresamos a casa cogidas de la mano, con promesas silenciosas brillando en nuestras miradas.



# Capítulo 14

*Cloe*

Ya quedan pocos días para que terminemos de recoger la manzana. El aire huele a despedida, aunque nadie lo diga en voz alta. Las cajas se llenan más despacio queriendo alargar el momento. Y, mientras tanto, yo no dejo de pensar en Nekane. Sé que está preocupada por lo que puede pasar con nuestra relación a partir de ahora. Lo noto en sus gestos, en sus silencios más largos, en la forma en que me abraza como si quisiera retenerme un poco más.

Pero yo lo tengo claro: no pienso dejarla. Quiero que ella sea mi presente y mi futuro. No como una idea romántica pasajera, sino como una decisión firme, pues ese deseo se ha ido asentando en mí con cada día que hemos compartido.

Aún no se lo he dicho. No con todas las letras, ya que me cuesta describir con palabras lo que pienso. No por falta de certeza, sino por miedo. Temo que salga huyendo. Temo que sus heridas, esas que aún no ha terminado de cerrar, le hagan creer que esto también es una amenaza. Con ella voy con pies de plomo. Aunque estos días se ha abierto a mí de una forma que jamás pensé que haría.

Por su pasado sé que he de ir con mucho tacto, que no puedo empujarla ni exigirle respuestas rápidas. Nekane necesita tiempo, espacio, pero, sobre todo seguridad. Y yo estoy dispuesta a dárselo todo. Porque lo nuestro merece cuidado, merece paciencia. El final de la recogida de la manzana se acerca, pero nuestra relación apenas comienza y eso es lo que quiero demostrarle.

El día que ella esté dispuesta a lanzarse sin paracaídas en esta relación, le diré todo lo que mi corazón lleva guardando tantos días. En ese momento, nuestra aventura pasará a otro nivel, estoy segura de ello.

Hoy tenemos el día libre y estamos las dos remoloneando en la cama. Me quedaría aquí toda la vida, junto a ella. Me he acostumbrado a dormir abrazada a su cuerpo, a sentir su calor en mi piel.

Me mira con una sonrisa en sus carnosos labios y me derrito ante esa cara tan bonita. Me pierdo en la curva de su sonrisa, en la dulzura de su mirada, y en ese instante, todo lo demás deja de importar.

—Buenos días, preciosa.

—Mmm… —Estira su cuerpo y el pijama se le levanta mostrándome su nívea piel.

Acaricio su barriga con suavidad, como si mis dedos quisieran memorizar cada centímetro de su piel. Suben poco a poco, trazando caminos invisibles que solo ella y yo conocemos. Se estremece con mi contacto, y ese leve temblor me confirma que está sintiendo lo

mismo que yo: esa mezcla de ternura y deseo que nos envuelve cuando estamos juntas.

No me sacio de ella. No podría.

Nos fundimos en un beso delicado, uno que empieza como una caricia y pronto se vuelve ansioso, urgente, lleno de esa necesidad. Su boca es mi respuesta, mi consuelo, mi adicción. Nos separamos por unos segundos, y ahora es ella la que me besa, un beso con decisión, lento. Un roce suave que acarician mis labios. Me mira a los ojos esperando la confirmación que le doy con una sonrisa. Entonces la beso yo a ella, con más intensidad, confirmándole lo que mi corazón siente. Un beso abrasador que nos arrastra al abismo del placer.

Me pregunto si alguna vez pasará esta necesidad de tenerla junto a mí, de respirar su aroma frutal, de besar sus labios hasta que el mundo se desvanezca. Pero algo en mí sabe que no. Que hay amores que no se agotan, que se reinventan cada día y se aferran a tu piel como si fueran parte de ella.

Y, si esto es deseo, también es devoción. Porque cada vez que la toco y la beso, siento que me acerco un poco más a lo que significa amar sin permiso.

Salimos de la cama con reticencia, dado que tenemos que reponer fuerzas.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —pregunto, aunque yo me quedaría a pasar el día entero en casa.

Se queda pensativa unos segundos mientras que me observa con atención.

—¿Qué te parece sofá, peli y palomitas? Hace mucho que no disfruto de mi casa, y contigo aquí…

No la dejo terminar, la vuelvo a besar con todas mis ganas.

—Me parece perfecto.

—Pero nada de pelis románticas, ya de eso tengo demasiado con Sila y Carlota. —Pone los ojos en blanco y sonrío ante su gesto.

—¿Prefieres acción o terror?

—Sin duda terror. Pero nada gore, ni de serie B.

En ese momento suena la puerta y nos extrañamos, no esperamos a nadie y Carlota tiene llaves.

Nekane abre la puerta y ante nosotras aparece una señora mayor, impecablemente vestida, con un abrigo de lana gris perla y un bolso pequeño que cuelga de su brazo con elegancia. Pero su rostro, a pesar del cuidado en su apariencia, está marcado por una expresión compungida, como si llevara días arrastrando una pena que no ha sabido dónde dejar. Sus ojos, grandes y húmedos, se clavan en Nekane con una mezcla de esperanza y temor.

Instintivamente, la miro. Busco en su cara alguna señal, alguna reacción que me diga si la conoce. Y lo que veo me deja helada. Nekane se ha quedado paralizada. Su rostro, normalmente cálido y expresivo, se ha vuelto pálido, casi ceniciento. Sus labios se entreabren, pero no dice nada. Solo la mirada fija clavada en la mujer, como si estuviera viendo un fantasma.

La señora da un paso hacia adelante, con cautela, como si temiera romper algo frágil. «Nekane…», dice con una voz temblorosa, cargada de emoción contenida. Entonces, lo entiendo. No es una visita cualquiera, hay una larga historia entre ellas. Una historia que aún no me ha contado, que, por la forma en que Nekane aprieta los puños y contiene la respiración, parece doler.

Yo me mantengo en silencio a su lado, sin tocarla, pero lista para sostenerla si se quiebra. Porque algo me dice que esta puerta que se acaba de abrir no solo conecta dos habitaciones, sino dos pasados que están a punto de chocar.

—¿¡Mamá!?

Me paralizo ante la revelación, pues no era lo que me esperaba. No sé cómo actuar. Miro a una y a otra alternativamente, esperando que digan algo más. Pero al ver que mi chica no es capaz de hilar palabra, decido coger el toro por los cuernos.

—Buenos días, señora. Soy Cloe, amiga de Nekane. ¿Quiere pasar? —Le ofrezco una sonrisa amable.

Nekane por fin sale de su aturdimiento.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? —Una furia inusitada sale de mi chica.

—Hija… —Veo dolor en los ojos de la mujer.

—Nekane, hablemos dentro. —La miro a los ojos suplicante. Ella lo piensa por unos segundos y, al final, cede.

—Está bien, pasa.

Acomodamos a la madre de mi chica en el sofá del salón mientras que vamos a la cocina a por una infusión. Parece que la señora está bastante alterada, así que decido interceder por ella.

—Cariño, vamos a escuchar qué tiene que decir, ¿vale? Puede que te interese la explicación. —Veo la duda en sus ojos. La agarro de las manos para que se relaje y confíe en mí—. No pienso dejarte sola en ningún momento —susurro en su oído.

Una lágrima solitaria recorre el rostro del amor de mi vida. Sí, lo he dicho. Es ella y no pienso dejarla. La recojo con los dedos y la abrazo.

—Gracias. —Su mirada agradecida me rompe por dentro e intento recomponerme.

Vamos al salón con la firme convicción de escuchar lo que tiene que decir. El ambiente está cargado de una tensión suave, la sensación de que lo que esta mujer viene a contarnos va a trastocar la vida de Nekane de una manera que no imaginamos. La mujer se sienta en el borde del sofá con las manos entrelazadas sobre el regazo, se nota que está incómoda, que la conversación que vendrá a continuación no es agradable. Nekane se acomoda a mi lado, mucho más relajada que hace unos minutos, aunque su mirada aún guarda una sombra de inquietud.

Yo, en cambio, intento que no se note que ardo en deseos de protegerla de todo lo que pudiera hacerle daño. Cada gesto suyo me despierta una necesidad feroz de interponerme entre ella y cualquier palabra que pueda herirla. Pero me contengo. Este momento no es mío, es suyo y de su madre, y sé que necesita enfrentarlo a su manera, con su tiempo y su voz.

La señora la observa con una mezcla de nostalgia y culpa. Hay algo en su mirada que me resulta familiar: ese arrepentimiento que llega tarde, pero que aún quiere redimirse. Nekane respira hondo, como si estuviera preparándose para abrir una puerta que lleva años cerrada. Yo le tomo la mano, sin apretar, solo para que sepa que estoy aquí, que no está sola.

El silencio se alarga unos segundos más, hasta que la mujer finalmente habla. Y, aunque no sé lo que va a decir, sé que este

instante marcará un antes y un después. Porque hay verdades que duelen, pero también liberan, y ella necesita cerrar ese capítulo de su pasado. Lo que tengo claro es que yo estoy lista para sostener a Nekane si se rompe, pero también para celebrar con ella lo que haga falta cuando se reconstruya.

—Mi niña…, tu padre… Tu padre… —La mujer, que ahora sé que se llama Maite, se rompe en un llanto desconsolador que no le deja decir más palabras.

Nekane va hacia ella y la abraza.

—*Ama*, ¿qué ocurre? No me asustes.

—Ha muerto. —Nekane la mira horrorizada y la abraza aún más fuerte.

Siento que en estos momentos sobro, pero le prometí que no la dejaría sola y eso hago, pese a que me mantengo en un segundo plano.

Los minutos pasan y mi chica no suelta a su madre. La abraza, la reconforta.

—*Ama*, siento no haber estado ahí contigo. —La melancolía en la mirada de Nekane es palpable. Se me parte el corazón verla así.

—No, cariño. Tú no podías hacer nada. Tu padre llevaba enfermo mucho tiempo.

—¿Por qué no me llamaste? Habría ido sin dudarlo. —No hay rencor en su pregunta. Sí dolor y decepción.

—Sabes cómo era él. No podía perdonarte por ser…, como eres. —Su madre es otra víctima de un hombre anclado en el pasado. Un machista que piensa que la mujer debe obedecerle a toda costa. Lo veo en la mirada de Maite, ese dolor lacerante recorre su rostro. Ha estado alejada de su hija por culpa de un misógino sin escrúpulos y eso hace que me hierva la sangre—. Yo, quise llamarte tantas veces… —Se rompe otra vez en un llanto desgarrador.

—*Ama*…

Soy testigo silencioso de un amor roto. Un amor que no se extinguió por falta de afecto, más bien por unas decisiones precipitadas y mal tomadas. Una relación rota por culpa de algo o alguien que era ajeno a ellas. El amor de una madre que ha sido silenciada durante muchos años.

Esa pobre mujer habla sin reproches, sino con una tristeza que se ha vuelto parte de su voz, una voz temblorosa. Cada gesto suyo, cada pausa en su relato revela años de ausencia y de noches en vela. Nekane, sentada a mi lado, escucha con los ojos húmedos, con el cuerpo tenso todo lo que cuenta su progenitora.

Mira a su hija con ternura, pero también con arrepentimiento. Hoy han dado un pequeño paso hacia un futuro en el que el pasado queda atrás y para que el dolor se convierta en amor.

Porque hay heridas que solo el amor puede cerrar. Y esta, aunque profunda, aún late con fuerza.

—Mi pequeña, nunca debí dejarte marchar.

—Ahora estás aquí y eso es lo que importa.

Decido dejarlas solas y que se pongan al día. Necesitan hablar, pues llevan muchos años de retraso y no quiero entrometerme en esa conversación. Me acerco a Nekane para decirle que me marcho, pero ella, al ver mis intenciones, se levanta hacia mí con decisión. Me agarra la mano y mira a su madre. Mi corazón se salta un latido con ese gesto.

—*Ama*, ella es Cloe. Mi novia y la mujer de mi vida. —Hala, en plan kamikaze.

Esta mujer me va a matar de un infarto. ¡Dios, cómo puedo quererla tanto en tan poco tiempo! Cruzamos nuestra mirada y nos decimos todo lo que necesitamos en silencio.

Nos observa las manos unidas sin decir nada, como si ese gesto hablara más que cualquier palabra que pudiera pronunciarse. Su mirada se detiene en nuestros dedos entrelazados, en la forma en que se buscan, se aferran o se sostienen. Hay algo en su expresión que no logro descifrar del todo: una mezcla de sorpresa, reconocimiento y algo más profundo, como si ese simple contacto le removiera sentimientos que aún no ha compartido.

Nos observa despacio, procesando todo lo que está ocurriendo. Cuando me mira, me siento desnuda ante ella. Contengo la respiración esperando una aprobación que tarda en llegar. Siento los fuertes latidos de mi corazón acelerado, las manos me sudan y no sé dónde colocarlas. No sé qué esperar de este momento.

Pero entonces una sonrisa sincera asoma de sus labios. Vuelvo a respirar con normalidad y mi corazón se acompasa. La miro expectante, aunque ya mucho más relajada y satisfecha por mostrarme esa sonrisa.

Nekane aprieta mi mano con suavidad, como si supiera lo que estoy sintiendo en estos instantes. Ese gesto me da las fuerzas que necesito para enfrentarme a esta singular situación. El aire en el salón ha cambiado, ya no parece tan cargado.

Se levanta sin dejar de mirarme y me abraza. Un abrazo cálido que me hace temblar las piernas.

—Bienvenida a la familia, Cloe. —Y con esas sencillas palabras, mi suegra se gana mi corazón y mi alma.



# Capítulo 15

*Nekane*

Que mi madre acepte mi relación con Cloe representa un avance inmenso, casi impensable, ya que esa barrera invisible que nos separaba se ha desvanecido. La soledad, ese peso que no sabía que llevaba en mi corazón, va desapareciendo poco a poco. En parte, por Cloe, pero también por estar más cerca de ella.

Le hemos preparado la habitación de invitados con todo el cuidado posible, intentando que se sienta acogida, segura. Esta noche la

pasará con nosotras y, aunque no lo ha dicho con palabras, su cuerpo habla por ella: está exhausta. Del viaje, sí, pero también por todo a lo que ha tenido que enfrentarse ella sola, en silencio, sin nadie que le sostuviera la mano. Siento que tenía que haber hecho algo más por la mujer que me dio la vida. Quizá, haberme dado cuenta de que ella también padecía los desvaríos de un esposo egoísta, misógino y machista.

Mientras la observo desde la puerta, acomodándose lentamente en la cama, una punzada de culpa atraviesa mi alma. Ha sufrido demasiado y, lo peor de todo, es que no sé desde cuándo.

Ahora está aquí, y aunque el pasado no puede deshacerse, quiero que sienta que no está sola. Que esta casa, esta noche, y nosotras somos un refugio. Que el amor puede reconstruirse, incluso desde el dolor. Aunque para eso tendremos que trabajar mucho.

Ha venido a avisarme de que tengo que ir a Hondarribia para el testamento de mi padre, aunque sé que hay algo más detrás. No lo dudo, no pienso dejarla sola en estos momentos tan difíciles para ella.

Dejo a mi madre que se acomode en la habitación y que se asee. Me marcho al salón para hablar con Cloe. Voy a ausentarme unos días y no quiero que nuestra relación se enfríe.

La veo sentada en el sofá, relajada, con un libro en la mano. Sonrío ante la imagen. «Quiero esto cada día», me digo a mí misma.

Me acerco a ella y se percata de mi presencia.

—Y tu madre, ¿ya se ha instalado en la habitación?

—Está duchándose, le he dicho que descanse un rato. Han sido muchas emociones para un solo día. —La abrazo y me siento junto a ella—. Cloe, debemos hablar.

—Dime. —En su mirada siento todo el cariño que sé que me quiere transmitir en estos duros momentos.

—Voy a marcharme unos días con mi madre. Debemos arreglar mucho papeleo referente al testamento de mi padre. Sus negocios se han quedado en pausa y debo solucionarlo, pero no sé cuándo volveré y temo que…, cuando lo haga tú ya no estés aquí. No quiero perderte, *laztana*. —Le abro mi corazón, ya no tiene sentido esconder lo que siento.

—No vas a perderme, preciosa, porque pienso ir contigo. Ahora mismo no me necesitan en Jaén, y he hablado con Nick, dice que puede encargarse él solo de terminar de recoger las manzanas que quedan, Carlota va a ayudarlo. —La miro con un amor infinito. No puedo creer la suerte que tengo de tener una mujer como ella junto a mí.

—Gracias.

Nos abrazamos y no puedo evitar que mis lágrimas se derramen por mis mejillas, cálidas y silenciosas, como testigo de una historia que está por comenzar.



Estamos de camino a mi ciudad natal. Cloe conduce risueña mientras que yo la observo embobada. Mi madre descansa en los asientos traseros, pues ha pasado una mala noche, sigue culpándose por no haber estado estos años conmigo. Tendremos que trabajar más en nuestra relación madre e hija, pero no le guardo rencor alguno.

Cuando veo que ya estamos entrando en la ciudad, llamo a mi madre cuidadosamente.

—*Ama*, despierta. Estamos llegando.

—*Alaba*…, ya estamos en casa. —Su mirada es borrosa, aún le duele que haya estado tanto tiempo fuera de mi hogar. Intentaré que borre esa melancolía de su rostro.

Llegamos a casa de mis padres y, apenas cruzamos el jardín, un inesperado terror se instala en mi pecho como una sombra que se niega a disiparse. No me doy cuenta, pero me tenso ante ese pensamiento. El aire parece más denso, cargado de recuerdos que

aún no sé si quiero enfrentar. Hace años que no entro ahí. Años de distancia, de silencios acumulados, de heridas que nunca se cerraron del todo. Cada paso hacia la puerta es como caminar sobre cristales del pasado, frágiles y punzantes.

No sé qué me voy a encontrar. ¿Será todo igual, como si el tiempo se hubiera detenido? ¿O me recibirán los ecos de lo que ya no está? La incertidumbre me paraliza por un instante, y justo cuando siento que el miedo podría vencerme, Cloe agarra mi mano. No dice nada, pero su gesto lo dice todo. Su mirada firme y su presencia cálida me infunden el valor que necesito. Es como si me recordara que no estoy sola, que puedo enfrentar lo que venga, porque ella está conmigo.

La vivienda es una villa a las afueras de Hondarribia. Es un chalé moderno, pero con el concepto de hogar costero, aunque yo nunca lo sentí así. Para mí no era un hogar, era una cárcel de lujo que mi padre se empeñó en comprar para aparentar el estatus que teníamos. La fachada hecha de piedra local y madera tratada nos da la bienvenida. Los grandes ventanales hacen que la casa tenga una elegancia arquitectónica que yo jamás aprecié. El interior es diáfano, haciendo que la luz del Cantábrico bañe la estancia.

Mi madre nos enseña los cambios que ha hecho desde que no estoy aquí. No han sido muchos, aunque la escucho con atención.

No suelto la mano de Cloe en todo momento.

—*Ama*, voy a enseñarle a Cloe donde vamos a dormir —interrumpo el *tour* por la casa porque necesito asearme y descansar un rato. Ha sido un viaje largo.

—Ah sí, claro. Yo estaré por aquí. ¿Queréis que prepare algo de comer? —Está nerviosa, lo noto porque no para de frotarse las manos.

—*Ama*, tranquila. Vamos a acomodarnos y ahora veremos qué hacemos, ¿vale? —intento tranquilizarla con una sonrisa sincera, pero sé que será una tarea complicada.

—Tu habitación está tal y como la dejaste. La cama es bastante grande para las dos. —Su sonrisa es cálida. Ella me acepta tal y como soy, lo veo, lo siento en mi corazón.

He estado todos estos años viviendo una mentira. Ahora me doy cuenta de todo el daño que nos hizo mi padre. Por llamarlo de alguna manera, ya que nunca se comportó como tal.

—Gracias, *ama*.

El camino a mi habitación es silencioso. Cloe me ha estado dando ese espacio que tanto necesito, aun así, he sentido su apoyo en cada paso que daba.

Al entrar, los recuerdos me abruman como una ola que no avisa. El aire parece detenido en el tiempo, cargado de memorias que se agitan con cada paso que doy. Todo está tal cual lo dejé, como si la habitación hubiera estado esperando mi regreso en silencio. Seguro que ha sido obra de mi madre. Mis libros siguen en las estanterías, alineados con la misma precisión, aguardando pacientemente a que los vuelva a abrir, a que les devuelva la voz que una vez les di.

Los pósteres de mi grupo favorito aún cuelgan en las paredes, algo descoloridos por los años. Me detengo frente a uno, y una sonrisa tímida se dibuja en mi rostro, *Fito y Fitipaldis* me dan la bienvenida a un pasado con algunos momentos felices. Recuerdo las tardes en las que cantaba a todo pulmón, creyendo que la música podía salvarme de cualquier tristeza.

—¿Eres fan de Fito? —Miro a Cloe y una carcajada sale de mis labios.

—Es mi cantante favorito.

—Tienes muchas cosas que contarme, preciosa. —Se acerca más a mí y me da un beso delicado que me calienta el alma.

Después de comer, dejamos que mi madre descanse un rato mientras que nosotras salimos a pasear. Quiero enseñarle a Cloe donde crecí.

La llevo al barrio de la Marina. Sé que le va a gustar ver las casas de colores vivos y balcones llenos de flores. Mientras caminamos por sus calles empedradas, los colores vivos de las casas nos envuelven como un abrazo. Fachadas en tonos coral, azul cielo… cada una con su propia personalidad, con balcones rebosantes de flores que parecen saludar a los transeúntes. Geranios, petunias, jazmines: una explosión de vida que contrasta con la quietud del mar cercano.

Caminar por estas calles con ella a mi lado es como reconciliarme con mi pasado. Y por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy exactamente donde debo estar.

La miro encantada de ver cómo disfruta de lo que hay a nuestro alrededor.

—Este es el barrio de la Marina. Es el lugar más turístico de Fuenterrabía. —Me mira con extrañeza.

—¿No era Hondarribia? Me he perdido.

—Nosotros la llamamos Fuenterrabía. —Al momento lo entiende y sigo con mi explicación—. Mira, esta es la calle Mayor. ¿Ves esas casas con balcones de madera y flores? Son típicas del casco viejo. Me encanta cómo huele a mar y piedra antigua. Antes vivíamos aquí, en la casa de mi *aitona*… —No me deja terminar.

—¿*Aitona*?

—Mi abuelo. Perdona, a veces cuelo palabras en euskera. Como te he dicho, aquí vivíamos antes. Mi familia siempre se dedicó a la pesca hasta que ya no daba beneficios suficientes para mantener la casa. Los pescadores se redujeron a la mitad y mi padre tuvo que reinventarse. Reacondicionó los barcos para que fueran de pasajeros y los llevaba a la otra orilla, a Hendaya, en Francia.

—Eso dice mucho de él.

—Si miras al frente verás la ciudad de Hendaya. Está muy cerca, en unos diez minutos llegas allí. Mi padre supo organizarse bien, y su empresa, en la actualidad, posee una flota de barcos de recreo que van desde llevar a pasajeros a Hendaya, hasta hacer rutas turísticas para ver delfines.

—Si que tenía visión de futuro.

—Era un hombre con una ambición desmesurada. Jamás se conformó con tener suficiente para mantener a su familia, decía que no pensar a lo grande era de mediocres —digo con resentimiento. Cloe lo nota y me da un suave apretón en las manos.

—¿Podemos ir a Francia? Nunca he estado. —Me mira con ilusión y yo no puedo negarle nada.

Sé que ha cambiado de tema para que no piense en un pasado que me hace tanto daño, y se lo agradezco con una sonrisa.

Nos acercamos al puerto donde veo uno de los barcos de mi padre. Al llegar, el capitán me reconoce al instante.

Es un hombre que tiene más años que secretos, una barriga que parece abrazarte antes que él, y una risa contagiosa que se cuela por cada rincón. Es de esos que siempre tienen una historia graciosa que contar y un consejo inesperado.

Se acerca a mí y me da un abrazo de oso que casi me deja en el sitio. ¡Cuánto lo echaba de menos!

—Pequeña, ¡cuánto has crecido! Qué alegría verte, aunque sea en estas circunstancias. Siento mucho lo de tu padre.

—Aitor, me alegro de verte. Espero que estéis todos bien en casa. Y tu mujer, ¿sigue cocinando igual? Aunque por tu pronunciada barriga, creo que no te trata nada mal con la comida, ¿no?

—Alaia está cada día más bella. Es mi faro en la noche más oscura.

Aitor y Alaia se conocieron cuando tan solo eran unos niños. Desde el primer día, algo los unió de forma natural, como si sus almas se reconocieran antes de que ellos entendieran su significado. Comenzaron con una bonita amistad, que acabó convirtiéndose en un amor de esos que jamás se rompe.

—Aitor, te presento a mi chica, Cloe. Ella quiere visitar Hendaya y no quiero desilusionarla. —En su rostro asoma una sonrisa cálida.

Siempre me apoyó cuando nadie lo hacía. Su mujer y él se dieron cuenta de que a mí me gustaban las chicas, antes incluso de que yo me atreviera a verbalizarlo.

—Pues no se hable más. Suban a bordo, señoritas, el barco del amor está a punto de zarpar.



# Capítulo 16

*Cloe*

Aitor es un hombre muy carismático, de esos que iluminan cualquier espacio con tan solo entrar. Tiene una forma de hablar que atrapa, una sonrisa fácil y una energía que contagia.

El corto trayecto hasta Hendaya lo hacemos entre risas y bromas. Disfruto de esos minutos junto a mi chica y el hombre que me ha cautivado con su sonrisa y su mirada tierna, se ve que adora a Nekane. Hendaya nos espera al otro lado con sus casas estilo vasco,

aunque significativamente más lujosas por lo que he podido atisbar desde lejos. Pero lo más importante de todo el viaje es que ella está junto a mí, y que me mira con el mismo cariño que yo a ella, que juntas vamos a disfrutar de algo tan simple como un paseo agarradas de la mano como cualquier pareja, sin miedo a ser rechazada por su condición sexual. Algo que jamás pensé que llegaría a ocurrir.

Está tranquila, desinhibida. Lo veo en su mirada y en cómo me abraza mientras las olas chocan con el pequeño barco que nos lleva a nuestro destino.

Nekane no me ha soltado de la mano en ningún momento. Nuestras miradas se cruzan una y otra vez, y mi entusiasmo crece como el deseo por ella.

Al llegar a Hendaya, me sorprendo por las casas que hay allí. Como pude atisbar desde el barco, son todos chalés de lujo, algunos muy coloridos siguiendo la estética de Hondarribia. Y, aunque siguen ese estilo, esta ciudad es totalmente diferente, algo así como una urbanización de alto *standing.*

—Es bonito, ¿verdad?

—Decir que es bonito me parece poco, las casas son inmensas y la playa grandísima.

—Son tres kilómetros de playa de arena fina. Como ves, hay muchas familias y muchas actividades para los niños. Está todo pensado para que disfruten de un día especial.

—¡Si tienen hasta una piscina en la playa!

—Ya, y hay actividades acuáticas todos los días.

Lo miro todo entusiasmada, con los ojos bien abiertos y el corazón latiendo al ritmo de la brisa marina. Es un lugar con mucha vida. En el paseo marítimo hay un mercado de productos locales que me fascina, con un olor a pan recién horneado que me vuelve loca. Absorbo cada aroma cerrando los ojos con placer: el olor de los quesos típicos de la zona, las verduras y hortalizas, los dulces que acaparan las estanterías de algunos puestos y el aroma del café recién hecho.

Nekane sonríe al ver mi cara de asombro.

—¿Te cuento un dato curioso? —Asiento—. En 1940, en plena segunda guerra mundial, Franco y Hitler se reunieron aquí.

—No lo sabía. A ver, sí que conocía el dato de que se reunieron, pero no tenía ni idea de que fue aquí. Pero vamos, lo entiendo, el lugar es mágico. No me hubiera reunido en otro sitio.

—Pues sí. Aunque eso de reunirme con ellos dos…, creo que jamás lo hubiera hecho. —Nos reímos ante la ocurrencia.

Seguimos recorriendo el paseo marítimo con calma. Observo todo con detenimiento. Hay muchas personas de diferentes lugares del mundo, me doy cuenta de ello por los diferentes idiomas que se mezclan entre sí. No podría describir con palabras lo que siento en este lugar, sin embargo, una paz me recorre el cuerpo entero. Noto que en este preciso instante, todo está bien, que por fin estoy donde quiero estar. Junto a ella.

—¿A qué hora vuelve a pasar el barco? —No quiero marcharme aún, sin embargo, no quiero quedarme aquí por la noche, debe de ser carísimo dormir en un lugar como este.

—Tranquila, pasan cada quince minutos. Además, Aitor no nos dejará en tierra.

Me vuelvo loca en el mercado local comprando algunos productos para agradecer a Maite que me acogiera en su casa.

—No tenías que haber comprado tantas cosas.

—¡¿Pero has visto el tamaño de estos tomates?! Tenía que comprarlos. Y el pan con masa madre… Mmm…, huele que alimenta. Uf, y el queso es que ya no podía resistirme. Aunque también te digo, aquí falta un poco de mi aceite.

Mi chica me sonríe con esa expresión que solo ella tiene, una mezcla de ternura, complicidad y algo que me desarma por completo. Con esa sonrisa y esa mirada, no necesita palabras para expresar lo que siente por mí. Un repentino calor inunda mi pecho. La miro extasiada. Me acerco a ella y uno mis labios con los suyos. Con ese beso, quiero demostrarle mi amor por ella, que oiga esa promesa silenciosa que le hago. Ese amor que arrasa con todo y que viene para quedarse.

Con este viaje, Nekane se ha reencontrado con su pasado y comienza a reconciliarse con él. Ahora está mucho más relajada. Es

un paso que tenía que dar tarde o temprano y yo estoy aquí para sujetarla, para apoyarla en cada decisión que tome.

—Se hace tarde, deberíamos marcharnos. —Cortamos el beso con reticencia y nos encaminamos hacia el barco donde nos espera un sonriente Aitor.

Al llegar al puerto, decidimos seguir paseando. Por el camino, nos abrazamos, reímos y nos besamos como dos quinceañeras en su primera cita. Pero al momento siento como Nekane se tensa. Se queda parada y veo como palidece. Miro en la dirección en la que ella está mirando y veo a un chico no muy alto, delgaducho y con tez morena, que se acerca con una sonrisa sardónica en sus labios. No suelto a mi chica para infundirle el valor que necesita, aunque sé que ella es una mujer valiente que puede con todo. No sé quién es este tío, pero si ha perturbado de esta manera a mi recolectora de manzanas, es que no es trigo limpio.

—Nekane… cuánto tiempo sin verte. Ya pensé que no volverías por aquí. —Se acerca más a nosotras y observa nuestras manos entrelazadas. Su mirada lacerada me indica que no le gusta lo que ve. Y a mí tampoco me gusta su cara, pero decido callar. Prefiero esperar a ver qué ocurre.

—Unai. —Lo mira con desconfianza. No sé qué está pasando aquí, pero no pienso separarme de ella—. Si no te importa, tenemos prisa.

Intenta que nos marchemos, sin embargo, el chico nos vuelve a hablar.

—¿No vas a presentarme a tu novia? —Él se gira en mi dirección y alza la mano para presentarse—. Unai, amigo de la infancia de Nekane y eterno prometido. ¿Has venido a cumplir con lo que tu padre dejó escrito?

Creo que voy entendiendo por dónde van los tiros, y lo que insinúa empieza a revolverme el estómago. Sus palabras, aunque medidas, llevan una carga de maldad que no puedo ignorar. Hay algo en su tono, en la forma en que me mira que me hace sentir incómoda. Puede que intente manipularme con sutileza, algo que no va a lograr.

Cuando extiende la mano hacia mí, lo hace con una sonrisa que no llega a los ojos. Es un gesto calculado, casi teatral, esperando a

que yo responda por inercia o cortesía. Pero no lo hago. No le doy la mano. Me quedo quieta, firme, con la mirada clavada en la suya dejando que el silencio hable por mí. Dándole a entender con mi gesto que si intenta algo con Nekane voy a presentar batalla. No voy a quedarme quieta y dejar que le haga daño. No, es mi chica y la protegeré contra viento y marea.

Al cabo de unos segundos, su expresión cambia. La seguridad que mostraba se resquebraja, apenas lo suficiente para que note que ha entendido mi postura. Baja la mano lentamente, como quien acepta una derrota silenciosa, aunque sé que es impostada. No me fío de ese chico.

No necesito decir nada, mi gesto ha sido claro. Aunque el ambiente se vuelve más denso, más tenso.

—¿Nos vamos, Nekane? Maite nos estará esperando para la cena. —Me sonríe, agradecida por la intervención.

Dejamos al indeseable atrás, aunque sé que nos está mirando, pues siento cómo nos observa mientras nos marchamos. Nekane se va relajando, lo noto en el agarre de su mano, así que aprovecho para preguntar.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero ¿quién diablos es ese chico? —En un principio se queda callada, supongo que intentando buscar las palabras adecuadas.

—Unai y yo nos conocemos desde pequeños, éramos uña y carne, una amistad infantil que él confundió con algo más. Nuestras familias siempre se han dedicado a lo mismo: la pesca. Hasta que mi padre decidió emprender un nuevo negocio como te conté, ya que la pesca no pasaba por sus mejores momentos. El padre de Unai no quiso cambiar su forma de vida, siempre dijo que moriría en el mar como pescador y, así fue. —Se para unos segundos para reorganizar las ideas. Es duro para ella recordar esa época, se ve en su semblante—. Mi padre acogió bajo su ala a Unai. Siempre pensó que acabaríamos juntos, pero yo… Bueno, ya sabes mi historia. —Me mira y me sonríe tímidamente.

—¿Tu padre quería obligarte a casarte con él? —La rabia me sube por el cuerpo como la lava de un volcán a punto de explotar. Eso sí que no me lo habría imaginado en la vida. Que la rechace…, por

desgracia sigue sucediendo en muchas familias, pero que la obligue a casarse…

—Quería que Unai se hiciera cargo de la empresa y que yo me quedara en casa cuidando los hijos, que se supone que tendríamos. Una mentalidad arcaica que yo no pensaba acatar.

—Te negaste. —No es una pregunta, es una afirmación.

—Me sinceré con él. Le conté que no me gustaban los chicos y se enfadó muchísimo. Me llamó degenerada del demonio, que era un engendro de Satanás y me repudió. Me dijo que me marchara de casa y que no volviera. Ese día, mi padre murió para mí.

Veo tristeza en sus ojos. No entiendo cómo ha podido pasar por todo esto sola, cómo ha cargado con tanto sin romperse, sin pedir ayuda y, lo más importante, sin rendirse. La abrazo y la beso con veneración. Ahora entiendo muchas cosas.

—Lo siento mucho, preciosa. Debiste pasarlo muy mal tan sola… No puedo imaginar todo lo que sufriste a manos de ese… —No tengo palabras para describirlo, se me revuelven las entrañas solo de pensarlo.

—Aquello pasó hace mucho y, cuando hui tuve la suerte de encontrar a una familia en Proaza. Nick me acogió en su casa sin preguntar y, bueno, ya sabes la relación que me une a Sila y Carlota. Los vecinos del pueblo me acogieron como a una más sin conocerme, y ahora siento que esa es mi casa, mi hogar.

—Tienes buenos amigos, de eso no hay duda. Además, me tienes a mí.

—Eres lo mejor que me ha pasado en años. Que sepas que no vas a librarte de mí.

—No pienso hacerlo. No me van a mover de tu lado, preciosa.

Le doy una sonrisa tranquilizadora y ella me responde con otra. Seguimos paseando hasta llegar a su casa. No me gusta nada ese hombre, me da muy mala espina, pero no pienso dejar que enturbie nuestra estancia en Hondarribia. Mientras estemos aquí, haré todo lo posible por que mi chica se sienta segura y feliz. Quiero que ella y su madre vuelvan a retomar la relación que un día perdieron por culpa de un desgraciado sin escrúpulos.



# Capítulo 17

*Nekane*

Llevamos aquí un par de días y son como un sueño para mí. Cloe no se separa de mi lado, y mi madre…, está triste por todo lo que ha pasado, pero poco a poco volvemos a tener la relación que teníamos antes de que ese desgraciado nos separara.

No me arrepiento de haber venido y me alegro de que Cloe me acompañara, está siendo un gran apoyo moral.

El día que me reencontré con Unai, deseé con todas mis fuerzas volver a Asturias, como si la distancia pudiera protegerme de lo que estaba sintiendo. Fue un encuentro incómodo desde el primer segundo, cargado de silencios tensos y miradas que evitaban decir lo que todos sabíamos. No me gustó nada la manera en la que se comportó: arrogante, condescendiente, como si creyera tener algún tipo de derecho sobre mi vida, cosa que jamás ha sido así. Nunca le di falsas esperanzas. Él solito junto a mi padre, urdieron un plan macabro para sus intereses sin pensar en lo que yo sentía.

Jamás acepté ese pacto entre él y mi padre. Me pareció una traición, una decisión tomada a mis espaldas que ignoraba por completo quién soy y lo que siento. Unai sabía perfectamente que me gustaban las chicas, lo sabía desde siempre. Aun así, se prestó a ese juego absurdo, en un burdo intento de convencerme de algo que nunca estuvo en duda para mí.

No sé qué pretendía presentándose así a Cloe, pero no me gustó nada su actitud de eterno pretendiente. «¡Ja! Eterno pretendiente… Eterno iluso más bien».

Intento dejar el pasado atrás, y para eso tengo que ir a hablar con el abogado de mi padre, para poder así dejar zanjado mi pasado de una vez por todas. Quiero comenzar un futuro con mi chica y nada ni nadie me lo va a impedir.

Estoy en la cocina con un café recién hecho y unas tostadas con mermelada, cuando veo a una Cloe somnolienta bajar por las escaleras.

—¿Es café lo que huelo? —Se acerca a mí y me da un suave beso en los labios. Ese pequeño gesto que antes me incomodaba por temor a ser rechazada, ahora es para mí un acto cotidiano en mi día a día—. Mmm… café. Está más delicioso en tus labios.

—Te preparo uno.

—Si haces eso por mí, me tendrás comiendo de tu mano de por vida.

—No seas exagerada y siéntate. ¿Quieres unas tostadas? —Me giro para mirarla y la veo observándome con mucha atención.

—¿Te he dicho ya que te quiero?

—Sí, pero no me importaría que me lo dijeras otra vez.

—A ver cómo están esas tostadas y ese café, y me lo pienso. —Sonrío. Soy feliz junto a ella.

Desayunamos en la barra de la cocina en silencio, cada una sumida en sus pensamientos, dejando que el aroma del café y el crujido del pan tostado llenen el espacio de palabras no dichas. Las dos disfrutamos de esta calma en esta nueva rutina.

Hoy, mi madre se ha marchado temprano con las amigas, van a desayunar juntas y dar un paseo por el pueblo. Ahora que por fin es libre, está volviendo a retomar sus antiguas amistades, esas que quedaron en pausa demasiado tiempo. Con mi taza en las manos, comienzo a entender lo mucho que ha callado, todo lo que ha sacrificado en ese matrimonio.

Despejo mi mente de un pasado que no merece la pena recordar, puesto que ya es hora de comenzar algo nuevo.

—Cloe, hoy tengo que ir a hablar con el abogado de mi padre.

—Vale. ¿A qué hora?

—En cuanto termine de desayunar. No quiero ir muy tarde, pretendo acabar con todo esto de una vez por todas.

—Deja que me prepare y te acompaño.

—No, esto prefiero hacerlo sola. Necesito hacerlo sola.

Me mira unos segundos, preguntándose si debería dejarme ir. Sé que está intranquila desde el día que nos encontramos con Unai, pero no puede protegerme siempre. Además, él no es peligroso. Como bien dice el refrán: «Perro ladrador, poco mordedor».

—Está bien. Me quedaré en casa. Además, tengo un par de reuniones que no puedo demorar más con el capataz de la finca y mi padre. Estaré pegada al ordenador toda la mañana, así que ve tranquila, no me moveré de aquí.

Me sonríe dándome la tranquilidad que en estos momentos necesito.

Me marcho de casa y la dejo trabajando. No nos habíamos separado desde que habíamos llegado aquí, pero no podemos estar pegadas como siamesas todo el día.

Cojo el coche de Cloe, ya que la oficina del abogado está bastante lejos. No me gusta mucho conducir, pero en estos casos no tengo más remedio. Al llegar al edificio, me paro en la entrada intentado

infundirme el valor y enfrentarme a lo que mi padre haya dispuesto para mí. No quiero nada de él, pues hace mucho que no lo siento como mi familia, pero esta puerta del pasado tengo que cerrarla.

Al entrar, una mujer muy guapa me recibe.

—Buenos días, señorita. Tengo una cita programada con Carlos García.

—¿Me dice su nombre, por favor?

—Nekane Echeverría.

—Buenos días, señorita Echeverría. Si me da unos segundos, aviso de su llegada. Puede sentarse mientras en la sala de espera.

—Muchas gracias.

No pasa mucho tiempo cuando la puerta del despacho del abogado se abre y aparece ante mí un hombre de unos cincuenta años, alto y bien parecido. Se acerca con una sonrisa taimada en sus labios.

—Nekane, no te veía desde que aún usabas pañales. —Alza la mano para que se la estreche y le correspondo—. Me alegra volver a verte, aunque sean en estas circunstancias tan desagradables. Siento mucho lo de tu padre, debió ser un trago amargo para ti. Estabas tan lejos…

—Gracias. —No le digo nada más porque no siento que fuera un trago amargo. Es cruel, pero lo siento así.

—Entra, tenemos muchas cosas de las que hablar. Tu padre dispuso en el testamento una cláusula que deberás revisar.

Me siento frente a él con la espalda recta, pero el corazón desbocado. El despacho está en silencio, salvo por el crujido de la silla de cuero cuando me acomodo. Él comienza a sacar la documentación con movimientos pausados, meticulosos. Yo lo observo intentando descifrar algo en su rostro, pero su expresión es neutra, profesional, casi impenetrable.

Estoy bastante nerviosa. Siento cómo la ansiedad se instala en mi pecho como una presión que no cede. Me sudan las manos, y las restriego contra el pantalón vaquero en un intento inútil de secar la humedad, como si ese gesto pudiera devolverme el control. Pero no lo hace. El tejido absorbe el sudor, sí, pero no la inquietud que me recorre.

Él levanta la vista por fin, y me mira con una mezcla de cortesía y gravedad. El momento ha llegado y, aunque mi cuerpo tiembla por dentro, decido no apartar la mirada. Estoy aquí y voy a enfrentar lo que venga.

—Vamos a ver… —Rebusca entre los muchos papeles que tiene sobre la mesa, lo que hace que me ponga más nerviosa de lo que estoy—. Sí, aquí está. Este es el testamento que dispuso tu padre. —Comienza a pasar las páginas deprisa, como si quisiera llegar a un punto específico—. ¡Aquí está! La cláusula que dejó escrita un mes antes de fallecer.

—Me está poniendo de los nervios. ¿Qué es tan importante? —Ya no puedo callarme más, o como siga así me va a dar un infarto.

—Aquí, su padre dispuso que el dinero que tenían en la cuenta en común pasara a ser de su esposa, así como de la vivienda que tenían en común.

—Eso lo suponía. No iba a ser tan desalmado como para dejarla en la calle.

—Claro, claro… Pero lo que nos interesa a nosotros es lo que dispuso para usted. —Este tío da la información a cuentagotas y ya estoy perdiendo la paciencia—. Todos los activos empresariales pasan a ser propiedad de su hija, Nekane, con la condición de que, en un plazo máximo de treinta días naturales a mi fallecimiento, mi hija se case con Unai. Si esto no sucediera así, la empresa pasará a disolverse.

—¡NO!

—¿No qué? ¿Reniega de la herencia o se casa con el susodicho? —El abogado parece desconcertado por mi escueta respuesta.

—No pienso casarme con ese imbécil y no quiero nada que provenga de ese degenerado. Hasta aquí su abuso de poder, ya no puede dañarme. —Me levanto del asiento y comienzo a pasear por la oficina. Estoy muy cabreada, hasta en su lecho de muerte tiene que joderme la vida. Pero no lo pienso tolerar.

—Pero, señorita… —Intenta acercarse a mí y me alejo más.

—Lo siento, no puedo. Haga lo que tenga que hacer para disolver la empresa. Avíseme en cuanto esté todo preparado y firmaré todos los documentos que sean necesarios.

Me marcho del edificio como alma que lleva el diablo. Necesito llegar a casa lo antes posible para abrazar a mi chica. Es mi lugar seguro, mi hogar.

Estoy tan ofuscada que no percibo nada más allá de mis propios pensamientos. Camino con la mirada fija en el suelo, el corazón acelerado, la mente atrapada en una espiral de rabia y confusión. No noto las pisadas detrás de mí, ni esa presencia que se acerca con sigilo. Cuando me doy cuenta, ya es demasiado tarde.

Un hombre corpulento me agarra con una fuerza brutal. No tengo tiempo de reaccionar ni de gritar, mucho menos de defenderme. Me arrastra hacia una furgoneta aparcada en la esquina, oscura, sin distintivos, como si hubiera estado esperando justo ese momento. El portón trasero se abre con violencia, y antes de que pueda entender lo que está pasando ya estoy dentro.

Intento girarme, desesperada por verle la cara, por entender quién es y por qué está haciendo esto. Pero no me da tiempo y me asesta un puñetazo seco, directo, que me sacude por completo. El dolor es fulminante, y lo último que veo antes de que todo se vuelva negro es su silueta borrosa, su rostro oculto en las sombras, y el sonido de la puerta cerrándose tras de mí.

El mundo desaparece. Todo se vuelve oscuro…



# Capítulo 18

*Cloe*

Paso la mañana entre reuniones de trabajo hasta que me doy cuenta de que ha llegado la hora de comer. Maite entra por la puerta de casa con una sonrisa en los labios, se ve que ha disfrutado la mañana con las amigas.

Me extraña que Nekane no haya llegado aún, pero supongo que los trámites se han alargado.

Maite se acerca con esa dulzura que la caracteriza, y me saluda dándome un beso en la mejilla, cálido y sincero. Su mirada brilla con una ternura que desarma a cualquiera. Es una mujer muy cariñosa, de esas que te hacen sentir en casa con solo estar cerca, que saben escuchar sin juzgar y abrazar sin pedir nada a cambio.

Y, sin embargo, no puedo evitar preguntarme cómo ha podido pasar tantos años a la sombra de un hombre tan horrible. Me cuesta imaginarla sometida, silenciada, anulada por alguien que nunca supo ver la luz que ella lleva dentro. Me duele pensar en todo lo que habrá callado, en las veces que habrá escondido sus lágrimas detrás de una sonrisa, en los sueños que quizás tuvo que guardar en un cajón por miedo o por lealtad mal entendida. Y, lo peor, los años que ha perdido lejos de su hija.

—Hola, guapa. ¿Y mi hija?

—Ha ido a la oficina del abogado. Ya debería de haber llegado, pero supongo que tendrán mucho papeleo que arreglar.

—¡Qué extraño! Hace unos quince minutos que he hablado con Carlos y me ha dicho que Nekane se había marchado hacía rato. Pensé que estaba aquí contigo. —Un súbito escalofrío recorre mi cuerpo y me tenso al instante. Tenía que haber ido con ella. Algo no anda bien y, si mi intuición no me falla, mis sospechas tienen un nombre: Unai.

—Voy a llamarla.

Me levanto como un resorte del sofá y cojo el teléfono con las manos temblando.

Un tono, dos tonos…, y seguido el buzón de voz. Vuelvo a intentarlo varias veces sin éxito. Camino por el salón, me siento como un león enjaulado. Mi chica no me responde y eso solo puede significar una cosa, le ha pasado algo.

Miro a su madre, por su rostro cruza el pánico más absoluto. Piensa lo mismo que yo, que algo ha ocurrido.

El ambiente se vuelve denso, como si el aire se hubiera llenado de malos presagios. Todo lo que hasta hace unos segundos parecía normal ahora se tiñe de inquietud. El silencio que nos rodea es asfixiante. Contengo el aliento mirando a Maite, su cara me lo dice todo, está asustada igual que yo.

—Voy a llamar a la policía. —La detengo.

—No harán nada hasta que pasen las veinticuatro horas de rigor.

—¡Pero podría haberle pasado algo malo! —Por su rostro comienzan a surcar las lágrimas, que yo intento retener para infundirle el ánimo que la pobre mujer necesita.

—Voy a llamar a una amiga. Ella sabrá qué hacer.

Me lo pienso mejor y enciendo el ordenador. Hago una videollamada a Sila, pues ella es *hacker* y trabaja para la policía. Además, no dudará en ayudarme cuando se entere de lo que ha pasado. Es su amiga y haría cualquier cosa por ella.

Sila aparece en la pantalla con una sonrisa en sus labios y sosteniendo al pequeño Noa en sus brazos.

—¡Cloe! ¿Cómo va esa luna de miel anticipada? ¿Os estáis divirtiendo por las tierras vascas? —Al momento se percata de la seriedad de mi rostro y cambia su tono—. ¿Ha pasado algo? ¿Dónde está Nekane? ¿Por qué no está junto a ti?

Millones de preguntas por las que en estos momentos no tengo respuesta alguna. Cada una abre una puerta, una duda o una posibilidad que no sé si podré enfrentar. Decido ser directa con mi amiga y contarle lo que ha ocurrido.

—Nekane ha desaparecido.

—Espera, ¿qué? Pepe, coje al niño. —Sila deja al niño con su padre para prestarme más atención. Pepe se queda a un lado de su mujer, en silencio—. Ahora sí, cuéntamelo todo desde el principio. Cuantos más detalles me des, más posibilidades tendremos de encontrarla.

La veo que trastea en el teclado del ordenador mientras habla conmigo, ya está en modo operativo.

—Se marchó esta mañana para arreglar los papeles de la empresa de su padre con el abogado.

—Espera, estoy llamando a… ¿Mike? —La pantalla se divide y aparece un hombre bastante atractivo con una sonrisa socarrona en sus labios.

—¿Ya me echas de menos, pequeñaja?

—Mike, necesito tu ayuda. —El tal Mike espera a que Sila termine de teclear en el ordenador. Esta mujer es multitarea.

De nuevo aparece otro rostro en la pantalla, ahora somos cuatro.

—Chicas; Mike… ¿Reunión de pastores?

—Ya estamos todos —Sila lo interrumpe con apremio—. Enol; Mike: Nuestra amiga Nekane a desaparecido en Hondarribia y necesito de toda la ayuda posible. Cloe nos va a detallar todo lo que ha ocurrido desde que se marchó esta mañana. Mientras tanto, estoy intentando localizar su móvil, a ver si puedo encontrarla. Mike, no conoces a Cloe, ella es la novia de Nekane. Cloe, Mike es mi jefe y amigo de confianza. Él podrá ayudarnos a encontrar a nuestra amiga.

Después de las debidas presentaciones, los tres se ponen en modo trabajo.

Enol, mientras nos escucha con aparente calma, trastea también en el ordenador. Sus dedos se mueven con agilidad sobre el teclado, como si fueran parte de la máquina misma. No interrumpe, no opina, pero está completamente presente absorbiendo cada palabra, cada gesto, mientras su mirada salta entre la pantalla y nosotros con precisión quirúrgica.

Es uno de los mejores *hackers* de la ciudad junto con Sila. Uno de los días que salimos de cervezas con el grupo de amigos por el pueblo, salió la conversación de que rivalizaban por ser los mejores en su campo. Ahora me alegro de saberlo, pues tal vez gracias a eso demos con mi novia antes.

—Tengo localizado su smartwatch. Está en el puerto, no puedo dar más información por el momento, pero en unos minutos tendré la localización exacta. —Me sorprende la eficacia de Enol. Jamás pensé que la pudiera encontrar tan rápido.

—Bien hecho. El móvil aparece apagado o fuera de cobertura. Seguro que se han desecho de él. —Sila trabaja y habla con nosotros, es una máquina.

—No han sido muy espabilados cuando solo se han deshecho del móvil, ya que con el reloj también se pueden ubicar a las personas si sabes tocar las teclas adecuadas. —Enol habla mientras trabaja sin cesar.

—¿Cómo puedes estar segura de que se han desecho del móvil? A lo mejor lo ha perdido y tan solo está dando un paseo por el pueblo.

—Mike intenta poner un poco de cordura como buen policía que es, no obstante, yo sé que ella no se iría sin avisar.

—Me habría avisado. Ella salió bien temprano hacia las oficinas del abogado para arreglar la documentación referente a la empresa de su padre. El abogado dice que se marchó de allí hace horas, y ella me aseguró antes de irse que en cuanto terminara vendría directa hacia aquí. Además, hay algo o alguien… —No sé si contar mis sospechas sobre su ex o lo que quiera que sea. No me dio buena espina ese día y sospecho que él tiene algo que ver—. El otro día…, conocí a un antiguo amigo de Nekane. Se llama Unai y…

Sila no me deja terminar. Sus ojos chispean de furia.

—¡Esa rata rastrera!

—¿Lo conoces? —Me sorprendo, ya que Nekane no habla mucho sobre su pasado. Aunque Sila y Carlota son muy amigas de mi chica, es lógico que sepan lo que ocurrió.

—Nekane nos contó lo que su padre pretendía hacer con ella. —Sila me confirma que ellas lo saben.

—Me estoy perdiendo chicas, que nosotros no conocemos la historia —nos interrumpe Enol.

Decido contarles lo que ha ocurrido, aunque rompa la confianza de Nekane. Ahora está en peligro y pienso hacer todo lo que esté en mi mano para recuperarla.

—El padre de Nekane había organizado una boda con ese capullo y ella se negó. Por lo que vi en la cara de ese indeseable, aún está resentido por lo ocurrido y temo que haya hecho algo para vengarse.

—He buscado información de ese tío. —La leche, este chico me tiene sorprendida. Su eficacia es extraordinaria—. Por lo visto, está en números rojos.

—Ahora todo cuadra, quiere quedarse con el negocio familiar de Nekane. No sé cómo lo hará, pero lo descubriremos. —Mike verbaliza lo que todos pensamos—. Voy a hablar con un amigo que tengo cerca de allí, puesto que a nosotros no nos dará tiempo a llegar. Pero no te preocupes, intentaré estar ahí lo antes posible.

Me relajo un poco. El que me estén ayudando, aunque sea desde la distancia hace que tenga las fuerzas necesarias para encontrar a mi chica.

—Estamos a cuatro horas de allí, prepararé todo lo más rápido posible para estar contigo mientras la encuentran. —Enol se levanta con el portátil en la mano y se dirige a su habitación, y veo como prepara una mochila con lo indispensable.

—Voy contigo. —Sila se incorpora, pero esta vez Pepe sale en escena.

—No, no pienso dejar que arriesgues tu vida otra vez. Noa y yo te necesitamos sana y salva. Deja que esta vez se encarguen Mike y Enol.

—Le acabo de mandar un mensaje a Asur, viene de camino. Sila, esta vez me toca a mí ser el héroe. No pretenderás ser siempre tú la protagonista, ¿no? —Pepe le da una mirada de agradecimiento a su amigo Enol.

—Desde Madrid, también estoy a cuatro horas, así que nos encontraremos allí. Cloe, necesito tu dirección para que mi amigo se reúna contigo. Él te ayudará mientras nosotros llegamos. —Mike ya está organizando el operativo—. Gorka es uno de los mejores en su campo, siempre encuentra a quien no quiere ser encontrado.

—Está bien, voy a confiar por una vez en vosotros. Avisaré a Carlota y Nick de lo que está pasando. —Nuestra amiga sé que no se va a quedar quieta, no está en su naturaleza, pero por ahora me tranquiliza saber que se queda en Proaza. El operativo puede resultar peligroso, pues no sabemos lo loco que puede estar ese indeseable y ella es madre de un precioso bebé, tiene que pensar en él más que en nosotras—. Mike, te cortaré las pelotas si no consigues traer a mi amiga sana y salva.

—Esa es mi chica. Bien: Cloe estate pendiente del móvil, Gorka se pondrá en contacto contigo. Y tranquila, la vamos a averiguar dónde se encuentra.

Nos despedimos con la esperanza de descubrir dónde está al amor de mi vida.

«Voy a encontrarte, preciosa. No te rindas, por favor».



# Capítulo 19

*Nekane*

Siento un fuerte dolor de cabeza, como si me hubieran clavado una aguja ardiendo en el centro de mi cara. Abro los ojos despacio y una luz cegadora me deslumbra. Intento incorporarme, pero mi cuerpo no me responde. En ese momento, me doy cuenta de que estoy atada de pies y manos.

Intento adaptarme al maldito foco y me fijo en que estoy en una habitación vacía con tan solo una luz enfocándome a la cara. Me

esfuerzo en reubicarme. No hay muebles ni sonidos, solo esa luz, el incómodo silencio y yo.

No sé dónde estoy ni cómo llegué aquí. Lo que sí sé con absoluta certeza, es que un gilipollas me dio un golpe y me dejó fuera de combate. Recuerdo su puño, su rostro difuso, y el instante en que todo se volvió negro.

No sé cuánto tiempo llevo en este lugar, podrían haber pasado minutos, horas o días. Mi cuerpo está entumecido, mi mente desorientada, pero hay algo que permanece intacto: mi voluntad. Pienso averiguarlo. Pienso entender qué está pasando, quién está detrás de esto y por qué. Y cuando lo haga, no tengo intención de quedarme quieta.

Huelo el salitre del mar, el hedor inconfundible a pescado y humedad que hay en el ambiente. Estoy en el puerto, reconocería esos olores en cualquier parte, pues me crie entre ellos. El tufo a sal rancia y óxido impregna cada rincón. Las paredes metálicas, corroídas por años de humedad marina están cubiertas de escamas, de pintura descascarada que cuelgan como piel muerta. La lámpara colgante, de luz amarillenta y parpadeante lanza sombras temblorosas sobre el suelo de tablones agrietados. Desde luego, es un lugar ideal para mantenerme secuestrada y que nadie me encuentre.

Comienzo a atar cabos, y apostaría una mano a que el único que se encuentra detrás de esto es Unai. Recuerdo esta sala, haber venido con él hace años y, aunque ahora está abandonada, podría jurar que es de su familia.

«Hay que ser tonto para secuestrarme y meterme en su propia nave, pero nunca tuvo muchas luces el pobre». Aunque esto me da cierta ventaja.

Está lloviendo y las gotas golpean con fuerza la única ventana que hay. Los relámpagos rasgan la oscuridad con destellos breves y violentos, cada gota golpea la chapa del techo con un tintineo seco y resonante. Veo una gotera en la esquina de la habitación y me centro en ella. No quiero volverme loca en este lugar, debo encontrar la manera de salir de aquí.

Un pensamiento fugaz atraviesa mi mente.

«¿Cómo estará Cloe? ¿Y mi madre? ¿Se habrán dado cuenta de que he desaparecido?».

Un razonamiento lógico ante esta situación hace que un miedo aterrador recorra mi cuerpo. ¿Estarán ellas también en peligro?

Mis pensamientos vuelan como un cuervo acechando en la oscuridad de la noche cuando la puerta se abre. Como sospechaba, es él. Unai se acerca con pasos firmes y medidos hasta mí y una furia me recorre el cuerpo.

¿Qué coño quiere el gilipollas este? ¿Es que no entiende que no quiero nada con él? Está claro que hay hombres que no aceptan un no por respuesta.

—Querida, ¿estás a gusto en tu nueva estancia? —Su sonrisa sardónica me estremece. ¿Cómo ha podido cambiar tanto? Éramos inseparables de niños, y ahora su codicia lo ha corrompido. Porque sí, estoy segura de que es codicia y poder lo que le mueve a hacer este acto tan deleznable.

—¿Qué coño hago aquí, Unai? —La furia recorre mis venas. Quiero hacer tiempo para pensar en cómo salir de este agujero.

—¿No es evidente, querida? Serás mi esposa y viviremos felices para siempre.

—Esto no es un cuento, y no me llames querida. No soy nada tuyo.

Este tío cada vez me desespera más. Se acerca más a mí, con esa falsa seguridad que siempre ha usado para camuflar sus complejos y miedos, lo conozco demasiado bien. Me entran ganas de vomitar, y el estómago se me revuelve al ver la expresión de su rostro.

Pero qué ciega he estado. Acaricia mi mejilla con su dedo pulgar, como si ese gesto tuviera algún tipo de ternura. Pero no la tiene. Es invasivo, frío y calculador. Me dan arcadas cada vez que me roza. No por el contacto físico, sino por lo que representa: el intento de manipulación, el desprecio disfrazado de afecto, la condescendencia que siempre ha usado como arma.

Intento apartar mi rostro con firmeza, con asco, con una rabia que empieza a brotar desde lo más profundo.

—Vas a ser mi esposa, lo quieras o no. —La rabia que veo en su mirada me da escalofríos, pero no me achanto, si cree que me va a

doblegar, es que no me conoce lo suficiente.

—Pero i¿qué te crees, que estamos en la antigua Inglaterra?, ¿que puedes raptarme para llevarme hasta Gretna Green y casarme obligada?! Maldito mono amaestrado, eres más estúpido de lo que pensaba.

Me propina un fuerte guantazo en la cara. Vale, eso no me lo esperaba. Aun así, no me amilano ante un mierda como él. Me agarra del pelo y se acerca más a mí, su aliento huele a anchoas podridas. Como siga acercándose de esa manera, acabaré vomitándole encima. Y pensándolo bien, no me desagrada la idea.

—Será más sencillo que eso, querida —pronuncia el «querida» con retintín—. Soy capitán de barco, ¿recuerdas? Ya deberías saber que puedo casarnos en alta mar. Solo espero que el temporal amaine un poco para poder zarpar.

Comienzo a reír de manera histérica. Él me mira incrédulo y yo sigo negando con la cabeza. No puedo creer que de verdad sea tan idiota. ¿No sabe que no sería legal ese matrimonio? Decido omitir ese dato en mi beneficio y lo miro con los ojos de desquiciada.

«No vas a conseguir nada de mí, maldito gilipollas».

Abren la puerta y aparece el gorila gordo y apestoso que me raptó, ahora lo recuerdo con más nitidez. No quiero pasar un minuto más junto a estos degenerados. Están locos y pienso escaparme como sea.

—Jefe, la lluvia no parece arreciar. Tendremos que esperar a mañana hasta que escampe.

—¡Maldito tiempo del norte! Vale, la dejaremos aquí hasta mañana. —Se gira hacia mí y me mira con esa repugnancia que le sale por cada poro de su piel—. Querida, tendremos que posponer nuestra noche de bodas. Sé que lo estás deseando, pero ya sabes que soy muy tradicional. —Se acerca a mi oído y siento su pestilente aliento encima de mí—. Estoy deseando probar ese coñito tuyo.

Giro mi rostro asqueada, jamás pensé encontrarme en esta situación.

—Jefe, deberíamos de darle algo de comer a la chica. No querrá que se desmaye cuando la toque en su noche de bodas. —Miro al

gordo bobalicón que está a mi derecha. No pienso comer ni beber nada que traigan estos dos imbéciles.

—No, aguantará hasta mañana. ¿Verdad, querida? —Y dale con el «querida», se repite más que el ajo.

Vuelve a acercarse otra vez a mi cara. Al final le vomito encima, tiene todas las papeletas para llevarse mi bilis de recuerdo. Me acerca su pegajosa y asquerosa lengua viperina y me lame la cara.

«¡Joder, qué asco!».

Cierro los ojos y me giro al contrario de donde está él. No quiero mirarlo a la cara, me repugna.

Observo al gordo seboso que lo acompaña y veo en su rostro…, ¿arrepentimiento? No puede ser. ¡Tiene remordimientos! Este capullo puede ser mi pase de salida del infierno en el que estoy.

Le sonrío y gira el rostro, avergonzado.

—Podría quedarme con ella y vigilar que no se escape.

—Buena idea. Pero no te encariñes con mi futura esposa, no es un perrito al que puedas salvar. Ella es la clave para que todos nuestros problemas se resuelvan.

«Así que es eso, no tiene un duro». «Está desesperado, y un hombre desesperado comete errores», me río mentalmente ante mi descubrimiento.

El capullo de Unai se marcha dejándome a solas con mi billete a la libertad. «Bien, que comience la función», exclamo en mi interior.

Dejo pasar un rato para verificar que el imbécil se ha marchado, cuando decido hablar:

—Oye, ¿me puedes aflojar un poco las cuerdas? Estos nudos me están matando, y no aguanto más el dolor. —Me observa con desconfianza.

—¡Cállate! No estás aquí de vacaciones. —Está nervioso, ya que le tiembla la barbilla al hablar.

—Vale vale, tranquilo. —Intento cambiar de táctica—. ¿Cómo conociste a Unai?

Quiero entablar conversación con él, que se sienta seguro y que confié en mí. Seguro que su jefe tiene algo contra el hombre, y por eso no lo traiciona.

Está en silencio, sopesando si contármelo o no. Sin embargo, tengo paciencia y mucho tiempo disponible.

—Él es mi jefe, ¿sabes? Así que guarda silencio o tendré que volver a golpearte.

Me va a costar que se abra a mí, pero lo conseguiré. Cierro los ojos unos segundos, estoy agotada. No sé cuántas horas llevo aquí, pero mi cuerpo comienza a resentirse.

Tengo que mantenerme fuerte, por Cloe y por mi madre. Ahora que he vuelto a retomar mi relación con ella, no quiero perderla. Con ese pensamiento, intento volver a retomar la conversación con el grandullón, pero estoy tan cansada que se me cierran los ojos sin poder evitarlo y vuelvo a la oscuridad más absoluta.



# Capítulo 20

*Cloe*

Van pasando las horas y sigo sin saber nada de Nekane. Cada minuto que transcurre pesa como una losa, tanto para su madre como para mí. Gorka, el amigo de Mike, se ha puesto en contacto conmigo y viene de camino; su voz al teléfono sonaba firme y segura, como alguien que sabe lo que hace.

O eso quiero creer.

Maite está descansando en su habitación. Le he preparado una tila, aunque dudo que consiga calmar el tormento que lleva dentro. Le he prometido que encontraremos a su hija, cueste lo que cueste y, aunque mis palabras intentan ser un ancla, siento que el mar nos arrastra hacia el fondo de la oscuridad.

Los nervios me comen por dentro y me cuesta respirar con normalidad. Aun así, intento disimular delante de Maite. No puedo permitirme flaquear, pues ella ya tiene suficiente con lo que está sufriendo. La desaparición de Nekane ha dejado un vacío que se siente en cada rincón. Me aferro a la esperanza, aunque cada vez se siente más lejana. Pero no voy a rendirme, no mientras quede una sola posibilidad de encontrarla.

Llaman a la puerta y salgo corriendo como una exhalación. Un hombre corpulento de unos treinta y muchos años, moreno y con los ojos negros aparece delante de mí.

—Tú debes de ser Cloe. Yo soy Gorka, amigo de Mike. —Siento un repentino alivio que recorre mi cuerpo al saber que ya no estamos tan solas. Por fin algo de luz al final de túnel.

—Gracias por venir. No conozco a nadie en esta ciudad y no sabía a quien recurrir. —Lo invito a pasar hasta el salón y a que se siente en el sofá.

Por lo que observo, es un hombre grande que impone con su presencia seria y sólida. Sus ojos oscuros me escrutan analizando mis movimientos y me tenso. Tiene una barba espesa pero bien cuidada, lo que evidencia que no solo cuida su cuerpo, también su aspecto. El porte que tiene le da un aire a guerrero nórdico de esos que veo en la serie *Vikingos* que tanto me gusta.

—Mike me ha contado por encima lo que ha ocurrido, pero necesito que me des cada detalle que recuerdes. Cualquier cosa puede ser de gran ayuda para encontrarla.

Le cuento lo ocurrido desde que Nekane abandonó la casa para ir a ver al abogado, intento no omitir nada, aunque cada palabra me pesa. También le cuento mis sospechas sobre Unai. Él me escucha con una concentración que casi intimida. No interrumpe, no juzga. Solo asiente de vez en cuando, como si cada dato encajara en un rompecabezas que ya empieza a tomar forma en su mente. Va

cogiendo apuntes en una pequeña libreta que en sus manos parece ridícula, pero que seguro en ella escribe lo más importante para poder descubrir donde está mi chica. Es un hombre que presta atención a cada palabra que sale de mis labios, concentrándose en escribir cada dato significativo en esas hojas de papel.

—¿Algo más que sea relevante para la investigación? —Recuerdo lo que Enol está haciendo y se lo comunico. No quiero dejar nada al azar.

—Enol, nuestro amigo, ha triangulado su reloj digital en el puerto, pero aún no se sabe la zona exacta, está intentando ser lo más minucioso posible. Él también viene de camino. Creo que será de gran ayuda, ya que es un maquina con los ordenadores.

—Toda ayuda es buena, Cloe. De momento, iré a hacerle una visita a Unai. Sé quién es, por aquí nos conocemos todos, y ese chico lleva unos meses dándole más de un quebradero de cabeza a la policía. Está metido en apuestas ilegales, debe mucho dinero a gente con la que no sabe tratar.

Ahora, empiezo a atar cabos con ese cabrito, las deudas lo están asfixiando.

—Puede que quiera extorsionar a Nekane, ahora que ha recibido en herencia la empresa de su padre… —Intento descubrir por qué Unai hace lo que hace, aunque ya me lo imagino.

—Antes de venir, hablé con el abogado. Nekane no puede recibir la herencia hasta que no se case con Unai, es uno de los requisitos que ha puesto su padre.

Se me desencaja la mandíbula ante lo que me revela. Joder, hasta en la tumba tiene que joderle la vida ese desgraciado. Comienzo a pasearme por el salón, nerviosa, pues empiezo a entender lo que pretende ese desalmado.

—Quiere casarse con ella… —murmuro entre dientes.

Me siento derrotada en el sillón. Si la pierdo, si ese hombre se sale con la suya, creo que me moriría. Siento un fuerte dolor en el pecho y me doy cuenta de toda la tensión que estoy soportando estas horas. Flaqueo, noto cómo me derrumbo y empiezo a llorar, pensando en que nunca volveré a verla.

Un cálido abrazo me hace recuperar las pocas fuerzas que me quedan. Por un instante, todo el peso que llevo encima se desvanece. Maite, la madre de mi chica, me agarra por detrás con una ternura que desarmaría a un ejército, ni me había dado cuenta de que había entrado en el salón. Sus brazos, aunque frágiles por el cansancio y la preocupación, se sienten firmes, como si quisieran sostenerme a mí también.

No dice nada, pero no hace falta, su gesto lo dice todo: «No estás sola».

—No te derrumbes, la encontraremos.

—Señora, soy Gorka. He venido a ayudarles a encontrar a su hija. Siento conocerla en estas circunstancias tan desagradables. —Gorka le ofrece la mano y ella se la estrecha devolviéndole una sonrisa de agradecimiento—. Quería preguntarle algo: Por lo que supongo, Unai era amigo de la familia. O al menos lo era de su marido, ya que las intenciones del difunto era casarlo con su hija. ¿Podría aportar algún dato que nos sirva de ayuda?

—Unai y mi niña se criaron juntos. Antes de tener la empresa, mi marido era pescador. Como ya sabrá, la pesca no daba las ganancias necesarias en esa época y decidió emprender en otros negocios más rentables. Habló con el padre de Unai para formar una sociedad, pero este dijo que él no servía para otra cosa, y que moriría en el mar. Por desgracia, así fue. Un trágico destino que no queríamos para él.

—¿Algo más que deba saber? ¿Alguna conversación aislada o sobre negocios que pueda ser relevante?

—Pues… se reunían en el despacho a veces, pero nunca los interrumpía. Mi marido acogió a Unai como a un hijo y, sin preguntar, decidió que podría ser un buen marido para mi niña y que él, en un futuro, llevara el negocio familiar. ¡Qué equivocado estaba! —Maite rompe a llorar al recordar los amargos años que pasaron separadas. La acuno en mis brazos.

—¿Podría tener Unai alguna nave o navío en el puerto? —Gorka sigue cogiendo apuntes concentrado en todo lo que dice Maite.

—Recuerdo que tenían una nave en la lonja donde guardaban los aperos de pesca y en la que tenían una pequeña oficina. Pero creo

que ese edificio está abandonado. Desde que su padre murió, Unai no se ha interesado por la pesca ni por las naves de su padre. No sé si se lo quedó el ayuntamiento o aún está en su posesión, esa parte la desconozco.

Gorka cierra su libreta y se levanta dando un salto. Nos quedamos mirándolo a la espera de que hable. No obstante, no abre la boca.

Este tío impresiona muchísimo. No es solo por su físico, que parece tallado en piedra, ni por la forma en que se mueve con una seguridad que intimida. Es algo más profundo, algo que emana de él como una energía contenida. Da la impresión de que, si quisiera, podría desentrañar el misterio en cuestión de minutos y, sin embargo, se toma su tiempo. Nos observa uno a uno, como si leyera nuestras dudas, miedos y esperanzas.

—Ya tengo suficiente. Voy a investigar esa nave y en cuanto descubra algo os cuento.

—No creo que la tenga retenida ahí. No puede ser tan tonto, ¿no? —Pongo voz a mis pensamientos.

—Está desesperado por conseguir dinero. Cuando estás así, se cometen muchos errores, y con ello no estoy diciendo que esté ahí, solo que podría ser posible. No quiero hablar más de lo que debería. Me marcho, cada minuto en la investigación cuenta.

Nos despedimos del policía quedándonos solas en el salón en un silencio desgarrador. Estamos sentadas en el sofá, agarro la mano de Maite para infundirle el valor que no tengo, puesto que estoy aterrada. Sin embargo, no quiero que se preocupe más de lo que ya está.

Los minutos pasan con una lentitud enloquecedora y no podemos hacer otra cosa más que esperar.



Suena el timbre de la puerta y me sobresalto ante el sonido. Miro a Maite, las dos nos ponemos en pie y corremos a abrirla. La ansiedad que tenemos porque llegue la ayuda que tanto esperamos se hace patente. Me encuentro con un hombre corpulento, fuerte como un toro de lidia, con una espalda ancha y hombros firmes. Su piel es tostada por el sol y unos ojos verdes como las aceitunas tempranas de mi cosecha. Lo observo con mucha atención. El cabello negro como el carbón y unos rizos rebeldes, enmarcan un rostro de infarto.

Me regala una sonrisa pícara que me resulta encantadora, pero a la vez peligrosa, como si detrás de ella escondiera algo más que no sabría definir. Se ve que es un hombre que sabe jugar y que se aprovecha de su encanto. Sabe de su atractivo y disfruta de ello. Se apoya en el quicio de la puerta y me regala una mirada serena.

Me quedo petrificada ante la presencia del tal Mike durante unos segundos, analizando la situación sin saber qué hacer. Me ha impactado la presencia de este hombre.

—¿Me vas a dejar pasar o nos vamos a quedar aquí toda la noche? —Su sonrisa taimada hace que salga de mi ensoñación y le abra la puerta para que entre.

—Lo siento, pasa. Estoy algo despistada por todo lo que está sucediendo. Bienvenido, Mike.

—Por fin conozco en persona a la mujer que ha robado el corazón de mi querida Nekane. Que sepas que estoy muy decepcionado, pensé que algún día ella caería rendida a mis pies. En fin…

Sonrío ante su ocurrencia, pues creo que lo hace para que me relaje y olvide por qué está aquí. Algo difícil de conseguir, aunque reconozco que la idea es buena. Se nota que está acostumbrado a lidiar con estas situaciones.

Maite se acerca como un vendaval.

—¡Qué bien que ya esté aquí! Lo esperábamos con ansias. No sabe la angustia que estamos pasando sin saber el paradero de mi hija.

—Me lo puedo imaginar, señora.

—Soy Maite, la madre de Nekane. Encantada de conocerlo. —Se acerca a él, su mirada es vidriosa pero esperanzadora.

—Un placer, pese a que me hubiera gustado conocerla en otras circunstancias.

Nos acomodamos en el salón esperando a que Mike nos traiga noticias. Maite se frota las manos con nerviosismo y yo no dejo de mover la pierna, incapaz de quedarme quieta. Lo miramos con angustia. Queremos creer que trae respuestas, que ha encontrado algo, cualquier cosa que nos acerque a Nekane. Pero su rostro es una máscara de concentración, y eso nos inquieta aún más.

Al ver nuestras caras decide ser directo.

—He hablado con Gorka. Ya sé que ha estado aquí buscando información. También he tenido contacto todo este tiempo con Enol, que, por cierto, tiene que estar al llegar —al decir esto suena el timbre de la puerta—. Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma. Debe ser él.

Me levanto como un resorte. Delante de mí, aparecen Enol y Asur con rostros preocupados. Yo, en cambio, me relajo ante la ayuda que estamos recibiendo, se nota que la quieren. Los abrazo a los dos como si ya no los volviera a ver más, y ese gesto pudiera contener todo el agradecimiento que llevo dentro. Me separo de ellos con la mirada aguada, pero agradecida.

—Ha llegado la caballería. Espero que tengas café suficiente, el viaje ha sido largo y agotador. —Enol se vuelve a acercar a mí y me da un beso en la mejilla, uno cálido que reconforta bastante.

—Cloe, pronto encontraremos a Nekane. —Asur, tan serio como de costumbre, me da un apretón en el hombro a modo de saludo.

Aunque no lo parezca, también me calma.

Entramos en el salón y los saludos se suceden mientras yo observo el peculiar equipo que hemos formado en tan poco tiempo. Me alegra tener amigos que lo dejen todo sin pensarlo cuando una de nosotras lo necesita.

—Vamos a centrarnos. —Mike nos pone en antecedentes—. Enol descubrió que el reloj de Nekane la sitúa en el puerto, y que no se ha movido en todo este tiempo, ¿verdad?

Mike mira a Enol para confirmar ese dato que descubrimos hace tan solo unas horas.

—Efectivamente.

—Maite nos confirma que en el puerto la familia de Unai tenía una nave. Gorka me ha llamado corroborando que es cierto, pese a que ya no la usan. Con su equipo, está apostado en el lugar. No hay mucho movimiento por el momento, no obstante, sabemos que la tienen retenida allí.

Un sollozo hace que Mike pare de hablar. Todos miramos a Maite, su pánico a perder a su única hija nos hace estremecer. La abrazo para reconfortarla. Tiene que ser duro todo esto para una mujer que ha sufrido tanto durante toda su vida.

—Vamos a recuperarla. —Mi afirmación hace que la tranquilice un poco.

—No sabemos cuántos hombres están ayudando a ese indeseable, por eso iremos con cautela. —El policía sigue contándonos lo que han descubierto—. Aunque Gorka cree que solo hay una persona vigilando a Nekane, no podemos confiarnos.

Han visto salir a Unai del lugar, el muy idiota está bastante tranquilo. Se cree que ha ganado la partida, pero lo que no sabe es que vamos a atraparlo. Mi amigo, también ha apostado policías en su casa para vigilarlo. Es cuestión de tiempo que cometa un error y nosotros estaremos ahí para atraparlo.

—¿Y a qué están esperando? ¿Por qué no han actuado ya? —La desesperación de Enol es la misma que tengo yo, pues estoy deseando volver a abrazar a mi chica.

—Gorka está esperando mis instrucciones para entrar. El operativo ya está montado, un grupo de policías están situados en cada rincón

de la lonja. Mi amigo y yo entraremos por una puerta trasera que hay, ya tenemos los planos de la nave y sabemos dónde está la oficina. Lo más seguro es que la tenga encerrada allí.

—Nosotros vamos contigo. —Enol se adelanta a lo que yo pienso.

—No, sois civiles y no pienso arriesgarme. Ya ocurrió una vez y no va a volver a pasar. Mi decisión esta vez es inamovible—Mike se levanta poniendo fin a una conversación que sería complicada de continuar—. Os quedareis aquí y esperaréis mis noticias —dice de manera firme y autoritaria.

Mike se marcha dejándonos con la incertidumbre de lo que ocurrirá en las próximas horas. Las palabras que ha dicho siguen resonando en mi cabeza, pero no traen consuelo, solo más preguntas: ¿Qué pasará en las próximas horas?

¿Dónde está Nekane?

¿Estamos más cerca o simplemente dando vueltas en círculos?

Agarro la mano de Maite como he hecho en todo este tiempo. No pienso dejarla sola, su dolor debe ser inmenso con todo lo que está ocurriendo.

A la espera de que Mike nos dé noticias, preparo café para todos, mientras que Enol no se separa de su ordenador. Está monitorizando el reloj de Nekane, por lo que me da en la nariz de que va a ser una noche larga.



# Capítulo 21

*Nekane*

Me despierto con el fuerte olor a pescado, penetrante y nauseabundo, como si se hubiera impregnado en las paredes, en mi piel, en cada rincón de este lugar. El hedor me revuelve el estómago, pero ya ni siquiera tengo fuerzas para vomitar. Desde que me tienen retenida aquí, he estado en una especie de seminconsciencia, atrapada entre el sueño y la pesadilla, sin saber cuánto tiempo ha pasado. Estoy agotada, agarrotada, sucia y desanimada.

Cada músculo me duele, cada movimiento es una batalla. La ropa que llevo está pegajosa, húmeda. Me siento como una sombra de lo que era, pero aún queda algo dentro de mí que se resiste a apagarse.

No he conseguido hablar con el gordo seboso que me tiene prisionera. Me observa desde la distancia, su presencia es constante a mi alrededor, como una amenaza silenciosa. Pero sé que hay un resquicio de arrepentimiento en él. Lo he visto en sus ojos, en ese momento fugaz en que evitó mirarme directamente. Tal vez no es tan monstruo como quiere aparentar y hay algo humano aún en su interior. Si es así, tan solo tengo que encontrar la forma de alcanzarlo, de convencerlo a cruzar de bando. Hacerle ver que aún puede elegir, que aún puede redimirse.

Porque si consigo eso, quizás tenga una oportunidad de salir de aquí.

—¿Puedes darme un poco de agua? —Mi voz es ronca.

—El jefe ha dicho que no te dé nada.

—Estoy sedienta —insisto.

El imbécil me mira con cara de orangután cabreado. No pienso callarme. Tengo sed, me meo y estoy cansada de estar aquí. Mis fuerzas comienzan a mermar y no es bueno, no puedo abandonar mi idea de salir de este antro como sea.

—No voy a darte agua. Estate calladita, esto acabará pronto y nos iremos los dos de este asqueroso lugar.

—¿Por qué haces esto? ¿Necesitas dinero? Yo puedo dártelo —intento convencerlo, pero su cara me dice que será difícil.

Bufa como un toro bravo a punto de salir al ruedo. Creo que lo estoy cabreando.

Ese pequeño resquicio de humanidad que creí ver en un inicio se desvanece y, con ello, mi vía de escape. Aun así, no pienso rendirme.

—Señorita, no es cuestión de dinero, es cuestión de principios. Él es el jefe.

Cierro los ojos mortificada. ¡Este tío es gilipollas! ¿No se da cuenta de que está cometiendo un delito? Una de dos, o se cayó de la cuna

cuando era pequeño o es así de nacimiento. Intento cambiar de táctica para ver si consigo llevármelo a mi terreno.

—¿Tienes familia…? ¿Cómo te llamas?

—Para usted soy señor, y no pienso darle esa información, señorita. Será mejor que permanezca calladita, porque ya me está tocando mucho los cojones.

Me mira con rabia, los ojos encendidos como brasas y la mandíbula apretada. Se está enfadando, por lo que será mejor recular. Le haré caso y me mantendré calladita, tragándome las palabras que me queman en la lengua deseando salir, hasta que llegue el inútil de Unai. Mientras tanto, pensaré en cómo escapar de este maldito cuchitril en el que me tienen encerrada.

Observo cada rincón, cada objeto, cada rutina del gordo seboso. Todo puede ser una pista, una oportunidad de huir.

No me rendiré.

No aquí.

No así.

Escuchamos un fuerte golpe afuera, y el imbécil se levanta como un resorte, asustado. Hay alguien intentando entrar en la oficina, puede que sea mi oportunidad para salir de aquí.

Grito con todas mis fuerzas hasta que el gordo asqueroso me pone sus sucias manos en la boca para que me calle.

—¡Cierra el pico, niñata! Nos van a descubrir.

Le muerdo los dedos y, aunque me da un asco tremendo, intento que no me silencie.

—¡Socorro! ¡Ayuda!

Una voz conocida atraviesa la puerta y me relajo al instante. Mike está aquí, su equipo ha venido a por mí. Con las esperanzas renovadas, me remuevo intentando zafarme del gilipollas que me tiene atrapada.

—¡Está rodeado! Abra la puerta o la echaremos abajo —grita una voz potente cargada de intenciones.

El idiota me suelta y comienza a dar vueltas nervioso de un lado a otro de la oficina sin saber qué hacer.

—Abre o será peor para ti. ¿No te das cuenta de que es la policía que viene a rescatarme? No seas idiota y obedece. —Lo miro con

rabia esperando a que reaccione, que vea que tiene todas las de perder.

Parece que me escucha y abre la puerta.

—No voy armado. —El tío sube las manos poniéndolas detrás de su cabeza y se arrodilla en señal de rendición.

Un agente, bastante imponente, le pone las esposas mientras que le lee sus derechos. Mi cuerpo se relaja al instante y suspiro aliviada. Todo ha acabado al fin.

Detrás de él aparece Mike con una sonrisa en los labios.

—¿Me has echado de menos? —Una lágrima traicionera aparece en mi ojo derecho. Miro a mi amigo con angustia—. Ey, pequeña, no llores, todo ha acabado. ¿Dónde está la Nekane guerrera que conozco?

—Unai… ¿dónde está ese cabrón? —No pienso en otra cosa más que en que atrapen al indeseable, que se pudra en la cárcel por lo que me ha hecho.

—No te preocupes por él, ya ha sido arrestado. El muy imbécil ha cantado como un pajarito. ¿Sabes que pretendía casarse contigo oficiando él la ceremonia en un barco? El idiota no sabe que eso no se puede hacer, que no se puede casar a sí mismo. Además, bajo coacción tampoco lo puede hacer. ¿Qué clase de capitán de barco es? —Sonrío al fin.

—Uno con muy pocas luces. Anda, desátame que estoy deseando salir de este lugar.

—A sus órdenes, mi capitana.

Mike me hace el saludo militar con su eterna sonrisa pícara en los labios y me desata de las ataduras que me había hecho Unai. Muevo las muñecas doloridas e intento levantarme, pero un repentino mareo hace que vuelva a sentarme en el suelo.

—Despacio, pequeña, podrías caerte. Agárrate a mí, voy a llevarte al hospital a que te reconozca un médico. No me gusta nada la herida que tienes en el pómulo. —Me mira con preocupación.

—No es nada que no se cure con un poco de hielo o una bolsa de guisantes congelados. Llévame a casa, estoy agotada y deseando ver a mi chica y a mi madre, estarán muy preocupadas.

—De eso nada. Te pienso llevar al hospital, aunque tenga que llevarte en brazos. Le dije a tu novia que te llevaría sana y salva, y eso pienso hacer. —El muy cabezota no me deja que le replique. —Por cierto, es muy guapa. Una lástima que la hayas elegido, esperaba que algún día tú y yo… —Me mira de manera insinuante.

—Ni lo sueñes Mike, sabes que jamás estaría contigo. —Pone su cara de falsa tristeza y me saca una pequeña risa—. Pero dime, ¿ella está bien? Tengo que llamarla. Tiene que saber que no me ha ocurrido nada, que estoy perfectamente. —Comienzo a hiperventilar, pues la situación me sobrepasa. Necesito que hablar con ella.

—Respira, pequeña. En el camino la llamamos para que sepa que estás en buenas manos.

Mike me da suaves masajes en la espalda con la palma de su mano, en movimientos lentos y circulares que parecen deshacer los nudos que llevo acumulados desde que me secuestraron. El contacto es cálido, firme pero delicado, como si supiera exactamente dónde se esconde mi tensión. Me relajo en pocos minutos, el mundo parece detenerse, y el peso que cargo se hace más llevadero.

Cierro los ojos, dejando que ese gesto me envuelva como una manta tibia. Mi respiración se vuelve más profunda, más pausada. El silencio a nuestro alrededor se convierte en un refugio, y por primera vez desde que pasó todo, siento que puedo permitirme bajar la guardia.

Tengo que estar en condiciones para hablar con ella. No puedo permitir que me vea rota, desbordada. Necesita que sea fuerte, que le transmita seguridad, aunque por dentro esté hecha pedazos.

—Muy bien pequeña, ahora salgamos de aquí.



# Capítulo 22

*Cloe*

Camino por la casa sin rumbo fijo como un fantasma que no encuentra consuelo. Los nervios de no saber que está pasando me está matando.

Maite sigue sentada en el sofá, inmóvil, con una taza de tila entre las manos. La sostiene como si fuera un amuleto, como si ese calor tenue pudiera protegerla del dolor. Su mirada está fija en un punto indefinido, perdida en pensamientos que no se atreve a compartir.

No ha dicho una palabra en los últimos minutos, pero su silencio grita todo lo que no puede verbalizar. Espera noticias de su hija, y cada segundo sin respuesta es una herida más.

Gorka nos llamó hace una hora para comunicarnos que habían detenido a Unai y que iban a por Nekane, la tenía retenida en una nave en la lonja del puerto. Muy previsible. Ya nos dijo Gorka que el muy capullo estaba desesperado por pagar sus deudas, y que esa desesperación le iba a llevar a cometer errores. A pesar de ello, aunque lo hayan detenido, no estaré tranquila hasta ver el rostro de mi recolectora de manzanas, y comprobar por mí misma que está bien.

Asur y Enol conversan tranquilamente sobre el caso. No están nerviosos, saben que Mike la va a traer de vuelta, pero yo estoy que me subo por las paredes. Hasta que no la tenga a mi lado no estaré tranquila.

El teléfono suena y voy corriendo a cogerlo. Al desactivar la pantalla del móvil veo que es Mike.

—¡Por favor, Mike! Dime que está bien.

—¿Cloe? — La voz de Nekane traspasa el teléfono y yo me relajo al instante. Comienzo a llorar como una niña pequeña—. No llores, mi vida, estoy bien.

—¿Eres tú realmente? ¿Mi mente no me está jugando una mala pasada? —Mis piernas se aflojan, pero antes de que caiga al suelo, Enol me sujeta de los brazos. Lo miro agradecida.

Maite, al verme llorar también se acerca a ver qué ocurre.

—¿Es Mike? ¿Mi niña está bien? —No atino a hablar, tan solo puedo asentir con lágrimas en los ojos—. ¡Oh, dios mío! —Asur la lleva al sofá para que no se caiga.

—Ya ha acabado toda esta pesadilla. Vuelvo a casa, pero antes tiene que revisarme un médico. Aunque estoy bien, el idiota de Mike quiere que me examinen por si acaso. Es muy pejiguera. —Suelto una carcajada nerviosa. Mi chica está bien—. Espérame en casa, no tardaré.

—El tiempo que haga falta, cariño.

Mi novia cuelga, ha llegado al hospital. Ahora sí que lloro con más intensidad. ¡Se encuentra bien!

Enol me abraza fuerte, como si quisiera transmitirme que todo ha acabado. El dolor se disipa poco a poco. Me rodea con sus fuertes brazos y me reconforta con ese gesto, también está soltando toda la tensión acumulada de estas horas de angustia. Aunque no lo verbalice sé que él y Asur han pasado por la misma ansiedad que yo.

Lloro, pero de felicidad. Las lágrimas me caen sin control, cálidas, liberadoras, porque por fin esta pesadilla ha acabado.

Las horas pasan y el agotamiento físico y mental que tenemos los cuatro es notable, pero ninguno queremos acostarnos, lo que queremos es abrazar a Nekane.

Escuchamos la puerta abrirse, los cuatro saltamos de nuestros asientos y nos dirigimos en esa dirección deseando verla aparecer.

Veo entrar a Nekane con una sonrisa tímida en sus labios. La recorro con la mirada por si tiene alguna herida de gravedad. Un moratón en el pómulo me indica que ha sido maltratada, y la rabia inunda mi cuerpo. ¿Cómo se ha atrevido ese gilipollas a tocarla? Siento los puños cerrarse por instinto, la sangre hervir por todo mi cuerpo, el corazón latir con furia. No hay perdón para el imbécil que le ha hecho esto.

Ella se da cuenta donde estoy mirando y se acerca a mí, despacio, serena.

—Estoy bien. —Me acaricia la mano con sus dedos.

—Ese moratón…

—No es nada que no se pueda solucionar con un poco de hielo.

La miro con una ternura infinita. El miedo de poderla perder ha hecho reafirmarme en que es la mujer de mi vida y que no quiero separarme de ella.

Acaricio su rostro con veneración sin dejar de mirarla a los ojos.

—Te quiero. —Esas dos palabras salen de mis labios como una súplica.

—Y yo a ti.

Me besa. Un beso tierno, suave, que me toma por sorpresa y al mismo tiempo me envuelve como una caricia largamente esperada. Es un roce cálido que me atraviesa el pecho y me calienta el corazón, como si con ese gesto pudiera borrar todo el dolor, todo el

miedo, todo lo que hemos vivido. Por un instante, el mundo desaparece.

Me separo de ella despacio, con cuidado, temiendo romper la magia del momento. Quiero verla mejor, contemplarla sin prisas, comprobar que realmente está aquí a mi lado. Sus ojos brillan con una luz nueva, tímida pero firme, y yo me pierdo en sus labios que dibujan una pequeña y dulce sonrisa . Una que no necesita palabras, que lo dice todo: «Estoy aquí. Estoy contigo».

Le devuelvo el gesto, sintiendo cómo algo dentro de mí se acomoda en sus brazos. No sé qué vendrá después, ni cómo sanaremos las heridas, pero en este instante lo único que importa es ella. Su presencia. Su mirada. Ese beso que, sin decirlo, lo ha cambiado todo.

—Dejaros ya de arrumacos que nosotros también queremos nuestra parte del pastel. —Enol me separa de mi chica y la abraza con cariño—. Bienvenida, preciosa.

Asur le da un corto abrazo a su estilo. Nekane, al ver a su madre echa un mar de lágrimas, corre hacia ella y la abraza.

—Lo siento tanto, mi niña. Todo esto es culpa mía. Si le hubiera plantado cara a tu padre, esto jamás habría pasado.

Nekane levanta la barbilla de su madre con los dedos para que la mire a los ojos.

—No, madre, nosotras solo somos las víctimas de un ser que no merece ni que lo nombremos. Ya ha acabado esa pesadilla, ahora nos toca vivir.

Mi chica y su madre se funde en un abrazo reparador. Las dos se aferran a un futuro incierto, y entre lágrimas y gestos de cariño, intentan borrar todo ese dolor que han ido arrastrando durante tantos años. En medio de todas estas emociones es fácil ver que han comenzado a perdonarse los errores que nunca debieron ocurrir.

Es el inicio de algo nuevo, más fuerte, más honesto. Porque a veces, el perdón no se pronuncia: se siente.



# Epílogo

*Nekane*
*Alcalá la Real, Jaén. 10 meses más tarde.*

Ya han pasado diez meses desde lo ocurrido en Hondarribia. Unai fue declarado culpable de secuestro y ahora cumple condena en el Centro Penitenciario de Bilbao. Es un pobre diablo desesperado por las deudas que le acucian. En el fondo, me da pena que haya acabado de esa manera, ya que nos hemos criado juntos. Éramos

amigos, pero no sé en qué momento de su vida cambió y se volvió más avaricioso.

Supongo que la influencia de mi padre hizo mella en él. Sus problemas con el juego hicieron que, en un acto desesperado de conseguir dinero, me secuestrara. El problema fue precisamente ese, que estaba desesperado y no pensó lo que hacía y su plan hizo aguas por todos lados. Era tan grande su fragilidad que no aguantó ni un asalto cuando los colegas de Mike lo interrogaron, lo que me benefició bastante, ya que pudieron ir a por mí más rápido. Aunque sé que su plan no hubiera llegado a buen puerto, nunca mejor dicho.

Al final, mi madre y yo decidimos vender la empresa de mi padre, pues no queríamos saber nada de ese infeliz que nos amargó la vida durante tantos años. Su influencia acabó el día que fue enterrado. Ahora, mi madre viaja constantemente con sus amigas, recuperando así el tiempo perdido. Nosotras, aún tenemos mucho que limar en nuestra relación madre e hija, sin embargo, hemos mejorado mucho.

Un calorcito repentino recorre mi pecho reconfortándome al recordar a mi madre el día que me rescataron. Sus lágrimas eran de felicidad absoluta por haber recuperado a su hija.

No puedo borrar el pasado, pero sí construir un futuro nuevo en el que nos demos las dos una oportunidad. Nos lo merecemos.

Dentro de unos días la volveré a ver en Proaza. Ahora que nuestra relación va mejorando, no quiere perder el tiempo y, cada vez que puede, viaja a Asturias para verme.

Estoy tan metida en mis pensamientos que no me percato de que mi chica me abraza por detrás. Me sobresalto apenas un segundo hasta que el aroma me envuelve.

Su perfume suave y envolvente con notas florales e incienso, me recuerda a un jardín botánico en primavera. Es ese olor que siempre me ha calmado, que asocio con ella y con su presencia, con su forma de estar sin invadir y, aunque no la he visto acercarse, no tengo dudas de que es mi Cloe.

Me dejo llevar por ese gesto, por ese contacto que me devuelve al presente.

—¿En qué estabas pensando, preciosa? —Me da un suave beso que me estremece.

Estamos rodeadas de olivos. Es un paisaje profundamente mediterráneo, lleno de historia, calma y belleza rústica. Se alinean en hileras perfectamente espaciadas y sus troncos retorcidos parecen esculturas vivas, testigos del paso del tiempo. Ya se ha recogido la aceituna y el aire huele a tierra seca, hojas verdes y aceite recién prensado. La tranquilidad es absoluta, como si el tiempo se ralentizara entre los árboles centenarios.

—En lo que me ha cambiado mi vida en un año. —Giro el rostro hacia ella y la miro con intensidad.

Llevo días pensando en que nuestra relación debería dar un paso más. Me cuesta expresar mis sentimientos, y no sé cómo se tomará Cloe la decisión que ronda por mi cabeza. La duda me asalta y los miedos vuelan a mi alrededor como una constante en mi vida. Aunque sé que ella siempre será mi refugio, a veces la inseguridad se apodera de mí.

—Hay algo más, ¿verdad? —La miro a los ojos y le sonrío. No sé cómo he podido vivir tanto tiempo sin ella. Creo que tan solo sobrevivía al día a día. Ahora lo sé.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—¿Pero…? — Se separa un poco de mí y veo miedo en su mirada.

—No hay un pero, solo una propuesta. —Mi rostro muestra indecisión y duda. No sé cómo va a reaccionar ante lo que le voy a decir.

—Cariño, sea lo que sea lo afrontaremos juntas, como siempre. — Me agarra por la cintura y me acerca más a ella. Noto su aliento en mi cara y me estremezco, entonces se acerca aún más y me besa.

Un beso tierno que sabe a promesa, a un nuevo comienzo y a esperanza de una vida mejor. No se necesitan palabras, porque con ese roce suave de labios me dice todo: «Estoy aquí, contigo, y quiero quedarme».

—Quiero ser madre —suelto directa como una flecha, sin paños calientes. Espero durante unos segundos su reacción y el temor se apodera de mí—. Y quiero que lo hagamos juntas.

La espera me está matando. Su mirada no me muestra nada en absoluto. No sé en qué está pensando en estos momentos y mi

cerebro comienza a elucubrar pensamientos negativos que no me benefician nada.

—Tendremos que entrenar para ser las mejores mamás del mundo. Levantamiento de biberones, el arte de esquivar juguetes voladores o aprender a leer cuentos con una voz ridículamente aguda. A pesar de eso, estoy feliz, emocionada y lista para esta aventura contigo. ¡Vamos a formar el mejor equipo de supermamás!

Las lágrimas me sorprenden antes de que pueda entender lo que siento. No son de tristeza, no duelen…, son cálidas, suaves, como si mi cuerpo estuviera liberando toda la emoción que no cabe en palabras. Me río entre sollozos, porque no sé si estoy llorando o celebrando, o ambas cosas a la vez.

Siento un nudo en la garganta, pero no me molesta. Es como si mi corazón estuviera tan lleno que necesitara desbordarse por los ojos. Me tiembla la voz, me brillan las pupilas y cada lágrima que cae, parece decir: «Gracias», «gracias», «gracias».

No quiero detenerlas, porque son testigos de algo grande y hermoso. De una alegría tan profunda que me atraviesa. Y, mientras lloro, sonrío. Porque sé que este momento, este sentimiento, es uno de esos que se quedan para siempre.

Nos abrazamos y nos demostramos el amor que sentimos la una de la otra, rodeadas de olivos centenarios, testigos de un amor que traspasa las distancias y los miedos, incluso los silencios.

*Un amor sin permiso*.

***Fin***

# *Agradecimientos*

Con esta historia termino la trilogía de “El poder de una mujer”. Muchos sabéis que en cada una de ellas he puesto mi corazón. En la primera novela, “Cuando la nieve cubra el prado”, desnudé mi alma, contando una verdad que necesitaba salir a la luz. La segunda, fuisteis vosotras, las lectoras las que me alentasteis a seguir escribiendo, así nació “La decisión de Sila”. Y ahora, con “Amar sin permiso” cierro esta trilogía con un buen sabor de boca.

Gracias a todas esas personas que me habéis apoyado durante todo este proceso. Sin vosotros jamás me hubiera lanzado a escribir.

Gracias a las lectoras incansables que están ahí pase lo que pase.

Gracias a todas esas escritoras que como yo, intentan hacerse un hueco en este mundo tan complicado.

Gracias a todos lo que están detrás de este trabajo: Correctores, ilustradores, maquetadores…sin ellos esto no sería posible.

Y no me quiero dejar atrás a esas chicas que con tanto tesón organizan eventos de lectura para que nosotras podamos darnos a conocer.

# *Acerca de la autora*

Rocío Gallego nació en Sevilla en 1980. Es la mayor de cuatro hermanos y una apasionada de las letras. Su afición por la lectura viene desde pequeña, cuando su padre le leía e inculcaba su pasión por los libros. Ahora vive en Córdoba junto a su marido y perrita. Administrativa de profesión, es una gran emprendedora, costurera y escritora por pasión.

## *Puedes seguirla en sus redes sociales:*

**Instagram:** @rociogallegolemus

**Facebook:** @rociogallegolemus

**X:** @chio220504

*Otras novelas de la autora*




• Cuando la nieve cubra el prado
(Trilogía: El poder de una mujer nº 1)
• La decisión de Sila
(Trilogía: El poder de una mujer nº 2)
• Un destino llamado nosotros
Una comedia romántica contemporánea de Strangers to lovers y Small twon

YA A LA VENTA